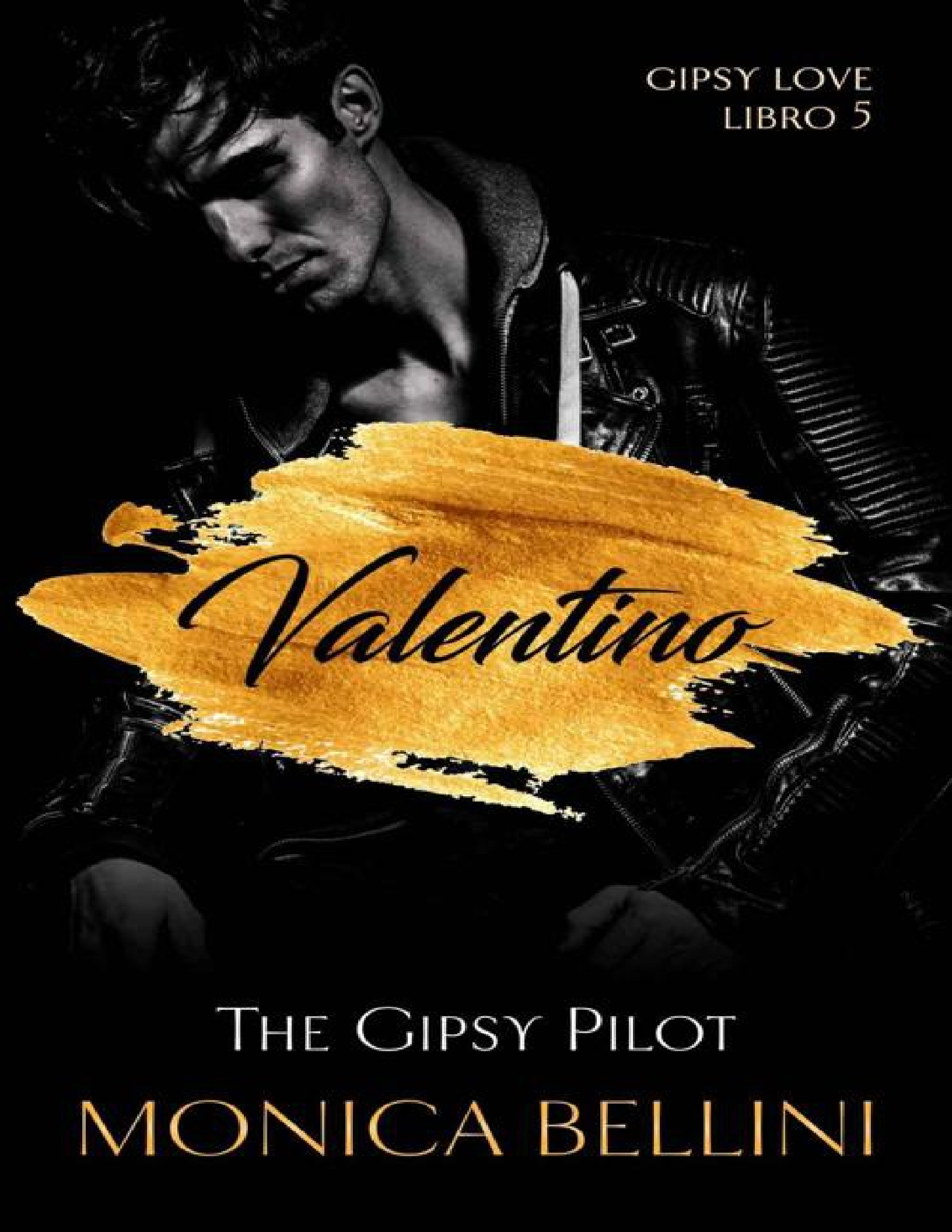




GIPSY LOVE
LIBRO 5

Valentino

THE GIPSY PILOT
MONICA BELLINI

MONICA BELLINI
Valentino - The Gipsy Pilot

GIPSY LOVE - EDICIÓN ESPAÑOLA
LIBRO 5



Edición española: Marzo 2024
© Lisa Torberg (Monica Bellini)
Editor: Edizioni Dolcevita, Italia
editor@edizionidolcevita.com

Edición original © 2023 Lisa Torberg (Monica Bellini)
Edición: Helga y Wilhelm König
Revisión: SW-Korrekturen e.U.
Traducción: Enrique Muñoz
Revisión: Lucia Salas
Disegño de portada: ED-Design, Italia
Imágenes: feedough & Vik_Y / Depositphotos

Todos los derechos reservados.

Todos los textos e imágenes de este libro son material protegido por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso explícito del autor, del titular de los derechos y del editor. La reproducción, aunque sea parcial, sólo podrá hacerse con la autorización escrita del titular de los derechos. Se exceptúan las citas breves en reseñas o artículos. Todos los personajes, acontecimientos y la trama de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia y no es intencionado. Las empresas y organizaciones mencionadas en la novela son ficticias; las marcas registradas pertenecen a sus respectivos propietarios.

ÍNDICE

[Valentino - The Gipsy Pilot](#)

[El libro](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[La serie de libros GIPSY LOVE](#)

[El autor](#)

EL LIBRO

"Me caso con Valentino". La respuesta de Tamara, de diez años, a la pregunta de qué hará cuando sea mayor cambia la vida de dos personas. Se sienten solas e infelices, y no pueden hacer nada para remediarlo.

Los instructores de la Real Fuerza Aérea le dicen a Valentino Reyes, de dieciocho años, que su futuro es brillante. Unos años más tarde, renuncia al trabajo de sus sueños. Hoy, el taciturno Gipsy está a la cabeza del CIS, la empresa de seguridad internacional del holding Cipriani, con veinte mil empleados. Sin embargo, no puede tener a la única persona que realmente significa algo para él, la mujer que ama, porque sus abuelas son hermanas.

Tamara De Marino ignora el odio que recibe de su familia y se concentra en su carrera. Quiere conquistar Hollywood como maquilladora. Lo consigue, pero eso no cambia en nada sus sentimientos por el hombre al que lleva años evitando con éxito. Pero el destino tiene otros planes para ella... y para él. Un encuentro casual convierte las brasas en fuego...



Nota del autor

Condeno enérgicamente cualquier tipo de discriminación y señalo expresamente que los términos gitano y gagé en mis novelas no pretenden ser despectivos en modo alguno.

El término gitano caracteriza la condición del nómada errante.

Los gipsys se definen por su estructura social, su conciencia colectiva diferenciada y la clara demarcación resultante con respecto a los gagé.

Gagé significa "no ser romaní" en la lengua romaní indoaria, que consta de siete dialectos diferentes. Cada grupo étnico gitano (romaníes, sinti, kalé, gitanos, travellers...) utiliza la palabra en su dialecto (Gadže, Gagio, Cagio, Kaggio, Gadjo, en Inglaterra también Gaujo o Gorgio).

Como todas mis novelas, ésta también es un entretenimiento!

Sin embargo, con las novelas de mi serie Gypsy Love espero despertar el interés de mis lectores por este increíble pueblo, sus orígenes en Asia, su cultura y sus diversas costumbres, y disipar prejuicios injustificados.

CAPÍTULO 1

Principios de julio.

Hotel Raphaël, Piazza Navona, Roma, Italia.

El aroma de la lluvia azul flotaba en vaharadas sobre la terraza del restaurante del lujoso hotel. A su llegada, a primera hora de la tarde, Tamara había bajado del taxi, echado la cabeza hacia atrás y contemplado boquiabierta la fachada cubierta de glicinas y enredaderas silvestres. En un instante, había recordado su primera y hasta ahora única estancia aquí, en Roma, la ciudad natal de sus antepasados. Las familias De Marino y Reyes habían emigrado a Londres hacía mucho tiempo. Ella había nacido allí e incluso su hermano Tommaso había nacido en Inglaterra, y era seis años mayor que ella.

"Siempre es maravilloso venir aquí". Su abuela le pasó un brazo por los hombros y la acercó a ella. Estiró el otro brazo y señaló con el índice la cima del obelisco que se veía sobre el tejado de la casa que tenían delante. "Debajo está la fuente, la Fontana dei Quattro Fiumi, donde querías entrar antes".

"Todavía quiero eso, Nonna". Tamara giró la cabeza y miró hacia arriba. "Hace un calor terrible aquí en Roma".

"Quiere competir con Anita Ekberg, mamá". Su padre le dio un codazo y le guiñó un ojo por encima de la cabeza a su madre, que la miró con una sonrisa antes de levantar la vista y contestar a su hijo.

"Tamara será algún día mucho más guapa de lo que nunca fue esta sueca, y además, esto no es la Fontana di Trevi".

Tamara no tenía ni idea de quién era Anita Ekberg, pero recordaba la Fontana de Trevi frente al magnífico palacio. Estaba a sólo un cuarto de hora de aquí y ella la había visto. Pero no podía decirlo ahora porque sus padres regañarían a su abuela si supieran que se había comido allí un cucurucho de helado con tres bolas de stracciatella, zabaglione y fiordilatte. Se suponía que debía estar descansando en su habitación para no dormirse durante la cena, pero las dos mujeres por las que habían venido todos juntos a Roma no querían saberlo.

"Deberías disfrutar siempre de la vida al máximo, Tamara", le había dicho su tía abuela, la hermana gemela de Nonna, cuando las dos habían llamado a su puerta. Nonna había asentido. "Sobre todo en lugares extraños. Sólo estamos aquí en Roma cada cinco años, seguro que no vamos a perder el tiempo con una siesta por la tarde, ¿verdad?".

"¡Brindemos!" La voz de su tío resonó en la terraza. "¡Por las dos mujeres, sin las cuales nuestras familias no existirían! ¡Salud a los setenta!"

Tamara miró con nostalgia las copas de Prosecco espumoso con las que se brindaba. Era la única que tenía que beber zumo de naranja. Se acercó lo más discretamente posible a su hermano y brindó por él.

"¿Me dejas probarlo?"

Tommaso giró la cabeza y la bajó para mirarla. "Dentro de cinco años, cuando los dos cumplan setenta y cinco y volvamos aquí para celebrar sus cumpleaños".

Tamara levantó un pie y pisó uno de sus brillantes zapatos negros. Llevaba un traje azul oscuro y una camisa blanca con corbata gris paloma y, aunque no podía verlo, estaba segura de que sus

calcetines hacían juego con el color. Era vergonzoso lo quisquilloso que era. Y más aún que vistiera y se comportara como un adulto, ¡sólo iba a cumplir diecisiete años dentro de unas semanas! Pero al menos su reacción era normal.

"¿Estás loco?" La exclamación de Tommaso atrajo la atención de todos hacia ambos.

Su padre enarcó una ceja y no dijo nada. De todos modos, nunca hablaba mucho. Sus expresiones faciales eran suficientes para transmitir sus pensamientos, así como sus elogios y su desaprobación, como ahora. Por eso su madre también guardó silencio y se limitó a mover ligeramente la cabeza.

Nonna, por su parte, le guiñó un ojo y levantó su copa. "¿Quieres probar, Tamara?"

Al sorbo, que nadie impidió porque los dos festejados ya eran cabezas de familia antes de la muerte de sus maridos, como era el caso de Gipsys, le siguió otro. Una vez que Tamara se hubo acostumbrado a la extraña sensación de hormigueo en la garganta, bebió otro. Los antipasti estaban servidos. Como estaba sentada junto a Nonna y todo el mundo miraba la comida, le resultó fácil alcanzar su vaso. Tamara estaba sorbiendo de nuevo cuando sonó una voz.

"Siento llegar tarde". Su voz se hizo más grave, pensó ella. Cada vez más alto y con los hombros más anchos. "¡Feliz cumpleaños!" Valentino se acercó a su abuela y la besó en la mejilla. Luego se inclinó hacia el otro lado y repitió el gesto con su tía abuela. Tamara levantó el vaso por encima del borde de la mesa y, con un lento movimiento sobre el mantel, lo acercó a su nonna.

Estaba absolutamente segura de que nadie se daba cuenta de nada, sobre todo Valentino. Estaba a casi un metro de distancia y entre las dos hermanas. Pero ahora se enderezó suavemente, miró por encima de su abuela hacia ella... y le guiñó un ojo.

A Tamara le dio un vuelco el corazón. Era el más simpático, aunque a ella le caían bien todos.

Dante y Damiano, los hijos de Riccardo Cipriani, a quienes su padre y los otros tres amigos debían sus trabajos de responsabilidad y sus sueldos superiores a la media, y que no fueran condenados al ostracismo como gipsys por los forasteros, los gagé. Esto se debía a que todos los forasteros que no pertenecían a su pueblo no tenían ni idea de sus orígenes. Riccardo Cipriani era el mediador al que todos los gipsys europeos admiraban como a un rey sin corona. Resolvía las disputas entre familias, se aseguraba de que nadie tuviera que vivir en la pobreza y de que los niños recibieran una educación en lugar de pedir limosna en las esquinas.

Tamara también se llevaba bien con Tiziano y Stefano, los hijos de las otras dos familias amigas, pero no tanto con la hermana de Stefano, que siempre la trataba como a un bebé. Lo cual era una idiotez, porque su hermano y los otros chicos eran aún mayores y simplemente aceptaban a Tamara y la trataban con normalidad.

"¿Lo has hecho todo?" El tío de Tamara interrumpió el intercambio de miradas entre ella y Valentino, que se sentó en la última silla libre antes de contestar.

"Lo he hecho, papá. Todo lo que necesito ahora es tu firma".

"¿Por qué?"

"Porque aún no soy mayor de edad". Valentino se encogió de hombros antes de dar las gracias con la cabeza al camarero, que le puso delante el plato de antipasti y empezó a comer.

El padre de Valentino se rió y miró al suyo. "No recuerdo que antes fueran tan respetuosos con la ley aquí en Italia, ¿y tú?"

Papá, que era todo lo contrario de su siempre exuberante primo salvo por el hecho de que ambos tenían el pelo negro y los ojos marrones, negó con la cabeza. "No cuando se trata de

campamentos de verano. Al menos eso creo yo, que nunca hemos ido a ninguno. Pero en todos los demás aspectos, cada solicitud aquí requiere al menos el doble de formularios y documentos que aquí en Inglaterra."

Tamara acercó con cuidado la copa, en la que aún quedaban dos dedos de Prosecco, mientras continuaba la conversación. Valentino no volvería a Londres hasta el otoño porque estaba haciendo un curso de verano en la academia militar de Roma. Su tío dijo que se trataba de artes marciales y tácticas. Ella no tenía ni idea de para qué serviría aquello. Dos meses era mucho tiempo. Tantos fines de semana en los que se reunían los domingos con una de las familias cercanas a Riccardo Cipriani, donde todos podían ser ellos mismos, sin él. Antes de que volviera a casa, terminara el instituto y fuera a la universidad como sus otros amigos. Bebió un sorbo. El Prosecco estaba tibio y sólo ligeramente espumoso.

"¿Así que crees que puedes aprender más de los italianos que de la RAF?", le preguntó su padre.

"No, eso no", respondió Valentino a la pregunta de su tío. "Pero los conocimientos adicionales de otra fuerza militar sólo pueden serme útiles antes de incorporarme a la Real Fuerza Aérea".

Tamara levantó la cabeza. Miró al otro lado de la mesa a Valentino, que no se percató de su mirada. Estaba raspando la piel del lenguado con el cuchillo de pescado.

"¿Quieres ser soldado?" Su voz chirriaba.

"Piloto en la RAF. Voy a pilotar aviones de combate y defender nuestra patria". Valentino ni siquiera levantó la vista.

El vaso se le cayó de la mano y se estrelló contra el suelo de la terraza.

De repente, se hizo el silencio. Tamara sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Nonna la abrazó y la besó en la mejilla.

"No ha pasado nada, Tesoruccio. Es culpa mía por poner el vaso tan cerca de ti, cariño".

Tamara moqueó. "Lo siento."

"No llore, signorina". Un camarero se acercó corriendo con una escoba y barrió los cristales rotos en una pala antes de levantarse y mirar a su abuela. "¿Le traigo otra copa de Prosecco, signora?".

"Me encantaría". Su nonna le guiñó un ojo.

"Valentino va a ser piloto y Tommaso arquitecto". Su tía abuela se inclinó hacia delante y miró más allá de su hermana, que era idéntica salvo por la longitud de su pelo.

"Y tú, Tamara, ¿qué vas a hacer cuando seas mayor?".

"Me caso con Valentino."

La anciana la miró un momento con asombro, parpadeó y luego sonrió con indulgencia.

Se hizo el silencio por un momento antes de que estallara la hilaridad.

Su tía Lucrezia, en cambio, apretó los labios como si quisiera tragarse lo que tenía en la punta de la lengua. Luego se aclaró la garganta. "Puedes casarte con cualquier hombre del mundo cuando tengas edad suficiente. Cualquiera menos mi hijo, Tamara".

"¿Y por qué no?" Empujó el labio inferior hacia delante desafiante.

"Porque eres pariente, Tamara."

Quiso preguntar qué tenía que ver aquello con sus sentimientos por Valentino, a quien amaba con todo su corazón, pero ni una palabra escapó de sus labios temblorosos. Los apretó con fuerza. Su abuela cogió su copa, la bajó por debajo del borde de la mesa y vertió en ella la mitad

de su Prosecco. Aquella noche en Roma, Tamara tuvo su primera borrachera.

CAPÍTULO 2

*Exactamente cinco años después, en el mismo lugar.
Hotel Raphaël, Roma, Italia.*

A Tamara no le interesaba la impresionante vista desde la terraza del Hotel Raphaël. El obelisco de la Piazza Navona le resultaba tan indiferente como la imponente cúpula de la Basílica de San Pedro, que también destacaba sobre el cielo oscuro más allá. Los edificios mundialmente famosos de Roma bañados en luz podrían suscitar los oohs y aahs de los extranjeros sentados a su alrededor en mesas elegantemente dispuestas, pero ella sólo quería terminar la velada lo antes posible. Y la noche. Mañana se saltaría el desayuno y caminaría hasta la boutique, a unos diez minutos de distancia. Tenía que tener el vestido que había visto en el escaparate. Papá le había dado el dinero después de que ella diera un pisotón porque la dependienta le había cerrado la puerta en las narices a las siete y media en punto y le había dado golpecitos en la esfera del reloj. Vaca estúpida.

Tamara había querido ponerse el vestido esta noche. Por fin uno con el que no pareciera una niña pequeña, había pensado, imaginando la cara que pondría Valentino en cuanto la viera.

Lo que no ha sido el caso en los últimos años. ¡Eran parientes, por el amor de Dios! Sus familias se unieron para cada ocasión concebible que era motivo de celebración, ¿no? Ja, ja, muy gracioso. Solía ser así, antes de que se graduara en el instituto. Durante años apenas vino a Londres, vivía y trabajaba en una base militar en algún lugar muy al norte, en Gales. Valentino Reyes estaba demasiado ocupado con su carrera en la Real Fuerza Aérea para encontrar tiempo para reuniones familiares. Ni siquiera celebraba su propio cumpleaños con su familia. De hecho, los domingos que Riccardo Cipriani pasaba con sus cuatro colegas más cercanos, que eran sus mejores amigos, en casa de uno de ellos, brillaba por su ausencia desde hacía años, y no sólo él. Dante, Damiano, Tiziano, Stefano y su hermano también se hicieron de rogar. Como si los seis hubieran superado a sus familias desde que terminaron el instituto.

Tommaso no había venido a Roma con ellos esta vez, ya que estaba realizando unas prácticas en un reputado estudio de arquitectura, como todos los veranos, y naturalmente no podía o no quería tomarse unos días libres así como así. Estaba convencida de que lo segundo era lo más probable. Si seguía dedicándose tan intensamente a sus estudios, los terminaría en un tiempo récord. Pero Tommaso era su hermano, al menos lo veía de vez en cuando.

Sin embargo, si Tamara hubiera sabido que Valentino cancelaría el viaje a Roma para el setenta y cinco cumpleaños de sus abuelas en el último momento, se habría quedado en casa. No, no. No lo habría hecho, porque sus padres no se lo habrían permitido. Ni siquiera le permitían quedarse sola en casa una noche entera, y mucho menos varias, y como Tommaso hacía tiempo que se había mudado y pasaba su tiempo libre con Dios sabe quién, no podía convencerle de que no lo hiciera.

Pasar la noche con un compañero de colegio, cosa que otras chicas de su edad hacían a todas horas, no era una opción para Tamara. Los gansos del caro colegio público eran tan infantiles que la mera idea de pasar una hora con uno de ellos la ponía enferma. No le interesaban los nietos de la Reina, los dos príncipes, uno de los cuales ya tenía el pelo ralo con menos de treinta años y el otro, con su barba desaliñada, podía rivalizar con el Leprechaun, la criatura vestida de

verde de la mitología irlandesa. O para algunos futbolistas que intentaban compensar su falta de cerebro con una cuenta bancaria bien llena. Como si el dinero pudiera compensar vivir al lado de un completo idiota. Menos aún le interesaban los estúpidos vástagos de padres esnobs que se escapaban de su internado por la noche y acababan en su casa. Por eso el número de vírgenes en su colegio ya era menor en el primer curso de sexto que el número de chicas de la misma edad que ya habían tenido relaciones sexuales. Lo cual era repugnante. Tamara no tenía intención de tener su primera vez con ninguno de esos chicos imaginarios. Ella quería un hombre para eso. Y uno muy específico. Valentino.

Durante cinco años, todos habían evitado el tema que Tamara había puesto sobre la mesa con una sola frase corta. Nadie hablaba de ello. Ni sus padres, ni los de él, ni su hermano, ni siquiera su nonna y su tía abuela. Por mucho que las dos ancianas hablaran normalmente con Tamara sobre Dios y el mundo, simplemente actuaban como si la hermana de la abuela nunca le hubiera preguntado qué quería hacer de mayor. Por no mencionar el hecho de que nadie habría hecho un problema de su respuesta. Lo más absurdo, sin embargo, era que Valentino tampoco había sacado el tema hasta el día de hoy. Como si se pudiera deshacer algo no hablando de ello.

"¡Levantemos nuestras copas! ¡Por las dos mujeres sin las cuales nuestras familias no existirían! Salud por el septuagésimo quinto". La exclamación de su tío provocó en ella una sensación de déjà vu.

Eso era exactamente lo que había dicho entonces y, de algún modo, todo lo demás seguía igual. Las mismas personas habían volado a Roma y ocupado sus habitaciones en este hotel de lujo, cuya fachada estaba cubierta de lluvia azul intensamente perfumada y de la salvaje vid de la doncella americana. Todos menos Tommaso y Valentino. Y algo más era diferente. Hoy, nadie se aseguraba de que su vaso de tallo largo estuviera lleno de zumo de naranja. En su lugar, ahora brindaba con Prosecco, y arrugaba la nariz tras el primer sorbo.

Miró a su alrededor y llamó la atención de un camarero. "¿Puede traerme una Perrier, por favor?".

"¿Desde cuándo bebes esta agua francesa?" La Nonna la miró asombrada.

"En Saintes-Marie-de-la-Mer, teníamos esto todas las noches".

Su abuela asintió comprensiva. "Ah, olvidaba que este año te permitieron formar parte del círculo íntimo durante la peregrinación. Sí, a nuestro Schlichter le encanta Perrier". Nonna, que estaba sentada a su lado como hace cinco años, se inclinó más hacia ella y bajó la voz. "Pero yo prefiero el Prosecco, como tú la última vez que estuvimos aquí".

Tamara no le contestó. Sus pensamientos no estaban en su abuela ni en su hermana gemela, ni en aquella terraza del centro de Roma. Estaban en el vestido que compraría mañana y que se pondría en la primera ocasión en que volviera a ver a Valentino. Valentino, que no era realmente su primo, no en línea directa, aunque eso no significara nada. Tenía. Lo que fuera.

A estas alturas, Tamara lo sabía todo sobre los matrimonios entre parientes. Los matrimonios entre primos estaban permitidos en la mayoría de los países, incluso dentro del primer grado de parentesco. Lo que no ocurría en su caso. Como sus abuelas eran hermanas, ambas eran primas segundas.

Pero eso era absolutamente irrelevante, porque Tamara sabía una cosa con certeza: no tenía planes de casarse, ni en diez años, ni en veinte, ni siquiera en treinta.

Ponerse un anillo y contraer matrimonio era cosa de mujeres sumisas que preferían que sus maridos les financiaran la vida. O, peor aún, que no tenían ningún deseo de ganarse la vida y ser

independientes. Que no tenían ningún problema en que sus maridos les prohibieran trabajar fuera de casa. En cambio, entre sus cuatro paredes, obedecen como esclavas, se afanan, agachan la cabeza y lo aguantan todo. Incluidas las agresiones sexuales nocturnas. Nada de esto era deseable. Al contrario. Le repugnaba profundamente. Quería ser libre y tener una carrera. En el trabajo de sus sueños, que sólo Tommaso conocía. Y él le había prometido que la ayudaría a conseguirlo.

Tamara bebió un sorbo del agua con gas, maravillosamente fresca, y se estremeció.

"¿Tal vez es un poco demasiado carbonatada para ti después de todo?" Su madre frunció el ceño.

Contestó con un movimiento de cabeza y volvió a dar un sorbo a su copa.

No, ahora no le explicaría lo que había leído en la biblioteca el día antes de salir de Londres. Sus padres pensaban que hacía allí sus deberes porque prefería la tranquilidad. Poco sabían que durante meses había estado aprovechando cada momento después de terminar los deberes y de que le permitieran salir del instituto hasta la hora de cenar para ir a la Biblioteca Británica. En St Pancras, en la sede de la impresionante biblioteca nacional del reino, se dedicó a leer todas las materias. Durante semanas no pudo despegarse de los libros y las películas que trataban sobre la discriminación de las personas por su raza, religión, color de piel o simplemente por el hecho de ser mujeres y no hombres. Lo que había cambiado aún más radicalmente su actitud hacia la autosuficiencia y la independencia, por un lado, y hacia el matrimonio, por otro.

No se casaría, pero tendría relaciones sexuales. En cuanto tuviera edad suficiente. Aunque la edad no tenía nada que ver con el hecho de que incluso las relaciones sexuales estuvieran reguladas por la ley. Porque lo estaba. En Italia, el país de origen de sus padres, del que también era ciudadana, Tamara ya había alcanzado la edad en la que se permitían las relaciones heterosexuales al cumplir los catorce años. Pero en el Reino Unido tuvo que esperar hasta los dieciséis. Aparte de que el añadido de heterosexual la enfadaba, no creía que los sentimientos pudieran, pudieran o debieran ser regulados por leyes. Simplemente porque, en la mente de Tamara, el sexo iba de la mano del amor. Nadie debería hacer algo tan importante sin estar enamorado. Como lo estaba ella: enamorada de Valentino. Lo sabía desde que tenía cinco años, y no había cambiado desde que lo dijo aquí, en esta misma terraza sobre los tejados de Roma, cuando tenía diez. Desde que tenía memoria, sus sentimientos por él habían crecido tanto como ella.

Ni por Dante ni por Damiano, Stefano o Tiziano, que eran algo más que amigos, había sentido nunca nada parecido a lo que Valentino evocaba en ella, incluso cuando estaba lejos. Su último pensamiento de la noche antes de dormirse era él, y el primero cada mañana al despertarse. Aunque de pequeña pensaba que para tener sexo había que casarse. Ahora lo sabía mejor, y a los dieciocho años quería tener su primera vez con él. Con nadie más. Hasta entonces, haría todo lo posible para que él también se enamorara de ella. Cada vez que lo viera. Le dolía que no hubiera venido a Roma a celebrar el cumpleaños de su abuela, pero no podía cambiarlo. Tampoco podía cambiar el hecho de que pertenecieran a la típica familia gitana. Las reuniones entre los De Marino y los Reyes eran la norma. Si no se reunían hoy, volverían a hacerlo dentro de unas semanas o meses. No importaba cuándo, Tamara tenía un plan del que nada ni nadie la disuadiría.

Levantó su copa, que contenía Perrier en lugar de champán, para corresponder al brindis de su padre. No tenía ni idea de que el destino había roto sus sueños en tantos pedazos horas antes que

era casi imposible recomponerlos.

CAPÍTULO 3

Poco antes de medianoche.

Southbank Tower, Southwark, Londres.

Valentino Reyes no tenía ojo para las impresionantes vistas desde el salón del último piso del dúplex de la Southbank Tower. Riccardo Cipriani había comprado el enorme piso en la orilla sur del Támesis hacía unos años, poco antes de que su hijo menor, Damiano, se trasladara también a Oxford para estudiar en la universidad, donde compartía piso con su hermano Dante. Por aquel entonces, Valentino había completado diez semanas de entrenamiento básico en la base de la Real Fuerza Aérea de Halton, en Cheshire, donde se probaba la aptitud general de los reclutas, se separaba el trigo de la paja y se decidía quién podía convertirse en piloto.

Hoy sacudía la cabeza al recordar la exuberante alegría con la que había viajado hacia el norte tras salir como el mejor de la Formación Básica de Aviador. Ni las diez horas de viaje en tren ni los lloriqueos de su madre, incapaz de cortar el cordón umbilical, que le persiguieron hasta su llegada a la base de la isla de Anglesey, habían estropeado su buen humor. A los dieciocho años, había visto su futuro de color de rosa y a sí mismo al mando de un Typhoon, que prefería al Lightning. Eso no había cambiado cuando por fin pilotó uno de esos increíbles cazas por primera vez en solitario, y no en un simulador o con su instructor.

A Valentino le encantaba tener la sensación de control absoluto sobre un reactor, volar a velocidad supersónica y oír el sonido del motor sólo como un eco en la distancia... y odiaba tener el poder de quitar vidas. Fue después de su décimo vuelo en solitario, tras salir de la cabina del Typhoon y quitarse el casco, cuando vomitó al pensar que tarde o temprano tendría que hacerlo por su patria. En la pista de aterrizaje de RAF Valley, la base de la isla galesa que se había convertido en una especie de hogar lejos del hogar.

Valentino aún podía ver la cara de horror de su jefe de escuadrón cuando le dijo que no podía trabajar como piloto de caza. La del Vicealmirante, a quien expresó sus preocupaciones un poco más tarde y pidió pilotar un helicóptero en lugar de un caza. Por último, el guiño comprensivo del Mariscal Jefe del Aire, máximo comandante de la Royal Air Force, al día siguiente. Desde entonces, se había sumergido en la familiarización con los distintos helicópteros de la RAF, y le encantaban todos y cada uno de ellos. De hecho, todos menos los helicópteros de ataque. No quería misiles a bordo que pudiera disparar con sólo pulsar un botón.

Riccardo Cipriani, que había sido tan decisivo en la elección de la profesión de Valentino como los otros cinco amigos que le acompañaban en la sala, le había comprendido. El conciliador, el líder sin corona de su pueblo, al que todos admiraban y que, desde que tenía uso de razón, había sido un segundo padre para él sin quitarle nada a los suyos.

Este hombre increíble que había muerto de forma absolutamente inesperada de un ataque al corazón esa mañana - a la edad de sólo cincuenta y siete años.

"Te necesito ahora". Dante se pasó los dedos extendidos por su rizado pelo negro, que definitivamente llevaba demasiado largo, lo cual era su única rebelión contra la etiqueta. Dante, que aún no había cumplido los veintitrés y era el árbitro de todos los Gipsys. Lo que ninguno de ellos -y menos el propio Riccardo Cipriani- había esperado tan pronto. El hecho de que, a pesar

de todo, hubiera elaborado un plan de contingencia y discutido cada detalle con ellos hacía años sólo demostraba lo previsor que había sido Riccardo y lo acertadamente que había planeado lo imprevisible. "Siempre hay que estar preparado para lo inesperado", había dicho entonces.

Valentino tragó saliva contra la opresión de su garganta y respondió a Dante: "Estamos aquí por ti".

Tiziano asintió en señal de confirmación. "Siempre".

"Eso no hace falta decirlo, Dante, no necesitamos hablar de eso". La voz de Stefano no sonaba menos áspera que la de los demás de tanto llorar. Se aclaró la garganta y miró a Tommaso.

"En absoluto", confirmó las palabras de su amigo.

Valentino volvió a tragar saliva. No sólo les unía la amistad, sino también el parentesco. Las madres de sus padres eran hermanas. Se suponía que estaban en Roma, en el Hotel Raphaël, celebrando el septuagésimo quinto cumpleaños de las hermanas gemelas, las dos viudas que habían sido las cabezas de las familias Reyes y De Marino durante muchos años. En lugar de eso...

Valentino respiró hondo. Sentía que era la primera vez desde que Dante le había llamado poco antes de las nueve. Poco después, había subido al avión que había despegado de la base de Anglesey en dirección sur y que habría tomado de todos modos. Pero en lugar de embarcar en Heathrow en el vuelo programado para Roma con su familia, había tomado un taxi hasta aquí.

Tommaso había llegado poco antes que él desde el estudio de arquitectura donde realizaba sus prácticas de verano y ya esperaba frente a la entrada del moderno edificio, no lejos del Támesis.

Inmediatamente detrás del taxi de Valentino se detuvo otro Black Cab, del que bajaron Stefano y Tiziano. La llamada de Dante les había llegado en Kensington, en el Cipriani's que Riccardo Cipriani había abierto hacía muchos años. El restaurante londinense era tan conocido y popular como el Cipriani's de Roma, fundado por el abuelo de Dante y Damiano.

"Fue un asco pasar el resto de la mañana hablando con ese experto en seguridad sobre los detalles técnicos de los micrófonos, las cámaras de vigilancia y los sistemas de alarma y fingir que todo era normal". Tiziano había sollozado y echado los brazos al cuello de Valentino.

Poco después, cuando salieron del ascensor en el piso veinte y Damiano les abrió la puerta, ninguno de los dos había podido contener las lágrimas. Desde entonces, habían llorado, hablado, abrazado, guardado silencio y vuelto a intercambiar recuerdos de Riccardo.

Afortunadamente, Damiano había pasado la noche aquí y encontró a su padre cuando aún no había salido de su habitación a las ocho para desayunar con él. Le había dicho a la asistente, que normalmente venía sobre las diez, que se tomara el día libre. Luego había llamado a su hermano en Oxford, donde Dante escribía su tesis de licenciatura sin distracciones, y por último al médico de cabecera.

Todo ello siguiendo el plan de emergencia que Riccardo Cipriani había elaborado años atrás, y que estipulaba que sus hijos sólo se pondrían en contacto con ellos cuatro el primer día. Tommaso, Stefano, Tiziano y Valentino. Los futuros gerentes de las cuatro empresas independientes que Dante y Damiano Cipriani querían fusionar en un holding una vez terminados sus estudios, antes de empezar a hacer crecer la empresa todos juntos. Ninguno de ellos estaba preparado para que esto ocurriera mucho antes de lo previsto.

"¿Cuándo quieres informar a los demás?" Valentino miró de Damiano a Dante. Ambos estaban pálidos, con los ojos hinchados y las ojeras oscuras.

Damiano miró a su hermano.

"Estamos haciendo todo según lo previsto". Dante levantó la barbilla y enderezó los hombros. "Tal y como quería nuestro padre. Aunque me cague de miedo tener que ocupar su lugar como mediador". Dante cerró la mano derecha en un puño y la golpeó contra el cristal de la mesa. Y luego repitió la frase de antes. "Te necesito ahora".

Luego se levantó y estiró el brazo hacia delante. Tenía la palma hacia abajo y los dedos separados. Ellos hicieron lo mismo. Cuando sus seis manos se colocaron una encima de la otra, formando un círculo, tan cerca que sus hombros se tocaban, Valentino supo que su vida anterior había terminado. A partir de ahora, todo sería diferente.

CAPÍTULO 4

Seis meses y diez días después. Diciembre.

El día de la muerte de Riccardo Cipriani, cada uno de ellos sabía que todo sería diferente. Pero ninguno de ellos había contado con lo que realmente les esperaba. En eso pensaba Valentino mientras conducía su coche por la puerta de entrada de la base de RAF Valley por última vez, dejando atrás para siempre la isla de Anglesey, el condado de Gales y su vida anterior.

Siguiendo el plan de emergencia de Riccardo Cipriani, había puesto fin a su contrato de doce años con la Royal Air Force con un preaviso de seis meses. Dante Cipriani, que había seguido a su padre como árbitro seis meses antes, había reembolsado a la Fuerza Aérea los gastos de su formación. Valentino había dejado atrás su uniforme, sus camaradas y su rango militar de teniente de vuelo. Miró por el retrovisor la puerta de la base militar que se cerraba y tragó saliva contra la creciente nostalgia.

A partir de ahora era un civil. Valentino Reyes. Un piloto cualificado para pilotar varios helicópteros. Un hombre al que ningún tipo de arte marcial le era desconocido. Que trataba su cuerpo como un templo sin descuidar su mente. Que, en todos los años transcurridos desde que se había marchado de casa, había adquirido muchos más conocimientos y pericia de los que hubieran podido imaginar su padre, su madre o su abuela, que llevaba mucho tiempo viviendo en casa de su único hijo.

Sólo sus cinco amigos sabían de lo que era capaz, y él sabía lo que cada uno de ellos había conseguido a lo largo de los años y las habilidades que habían adquirido.

Que habían invertido años de su tiempo libre no en el placer privado, sino en la formación que Riccardo Cipriani había decidido para cada uno de ellos. Que todos hablaban al menos otros dos idiomas además de su inglés e italiano nativos.

Que no utilizaban sus móviles, tabletas y portátiles para jugar, sino que eran capaces de utilizar los aparatos electrónicos para protegerse a sí mismos y a los demás, e incluso podían programarlos hasta cierto punto.

Que entrenaban intensamente todos los días en el gimnasio, al que sólo tenían acceso ellos y sus entrenadores, se ejercitaban juntos, boxeaban uno contra otro en el ring y dominaban los seis MMM a un nivel que muchos campeones envidiarían.

O que sabían manejar diversas armas igual de bien que habían recibido formación en gestión de personal.

Que Stefano no sólo era un cocinero fabuloso, como cabía esperar de un graduado de la mundialmente conocida escuela de élite francesa Le Cordon Bleu, sino que no era menos capaz de crear complejos cálculos de costes y negociar increíbles condiciones de pago con los proveedores.

Por no mencionar el hecho de que todos habían recibido una formación intensiva en Derecho internacional, aunque ninguno de ellos había estudiado Derecho en la universidad. Básicamente, no les faltaba nada para realizar juntos la visión de futuro de Riccardo Cipriani, salvo experiencia.

Todos tenían miedo. Eso era lo que se habían confesado durante las videoconferencias nocturnas que habían mantenido en varias constelaciones durante los últimos seis meses, pero

nunca sólo ellos dos. Cada uno de ellos, incluido Dante, que por fuera parecía estoico y seguro de sí mismo. Por mucho que Dante Cipriani hubiera parecido condescendiente y aburrido el día que había recibido el pergamino de su título como el mejor de su curso en Oxford, nadie supondría que por la noche tenía lágrimas en los ojos. Igual que hacían todos cuando hablaban de Riccardo -y cómo había esperado que nunca hicieran exactamente eso. Eran Gipsys, y los Gipsys no lloraban.

Valentino vio frente a él las desafiantes torres de defensa del puente Britannia, que cruzaba el estrecho de Menai, el estrecho que separaba Anglesey de la ciudad de Bangor, en Gales continental. Cuando llegó al final del puente, pronunció el nombre de Dante y esperó a que el ordenador de a bordo estableciera la conexión telefónica. Su amigo, que a partir de mañana sería también su patrón, contestó antes del segundo timbrazo.

"¿Estás listo?"

"No, no lo estoy. Estoy en el coche y acabo de dejar atrás el Puente Britannia, pero a cada metro que me acerco a Londres, sólo quiero dar la vuelta, conducir de vuelta a la base y rogar al Mariscal Jefe del Aire que anule mi misión."

Dante no contestó. Valentino le oyó suspirar y respirar hondo. Probablemente estaba pensando en lo que podía decir. Debería. Quería hacerlo. Valentino se le adelantó.

"Pero no voy a hacerlo, Dante. Como tú y los demás, sé lo que se avecinaba desde hace años. Y aunque está sucediendo mucho antes de lo que pensaba, estoy listo".

Dante exhaló antes de responderle. "¿Así que estás preparado para asumir la responsabilidad de la Seguridad Internacional en Cipriani Holding?"

"No, definitivamente no". Aunque no le apetecía nada reírse, una carcajada que sonaba bastante histérica escapó de sus labios. "Pero voy a hacerlo. ¿A qué hora debo estar mañana en la empresa?"

"¿No hasta mañana?" Pudo ver cómo Dante negaba literalmente con la cabeza. "Te espero en mi despacho en cuanto llegues a Londres. Eso será dentro de cinco horas y media. En seis, ya que probablemente necesitarás repostar y vaciar la vejiga. Hasta entonces".

Dante interrumpió la conversación sin otro saludo, de lo que Valentino no se dio cuenta hasta pasados unos segundos. Bienvenido a mi nueva vida, pensó, y apretó más fuerte la suela del zapato sobre el acelerador. Cinco horas y cincuenta minutos más tarde, entró en el despacho de Dante Cipriani.

CAPÍTULO 5

*Dos años y medio después. Principios de mayo.
Sede del CIS, Colchester, Essex, Inglaterra.*

"¡Más rápido, maldita sea!" Ray Coleman gritó a todo pulmón. Nadie se describía mejor como sargento instructor que él. Se había retirado de la Real Fuerza Aérea con el grado de oficial de tres estrellas. La voz del antiguo mariscal del aire tuvo el mismo efecto en el pelotón, que completaba el curso por tercera vez con el equipo completo, que una Taser. Todos y cada uno de los hombres aceleraron.

Valentino ocultó su sonrisa tras la máscara impenetrable que se había convertido en su rostro cotidiano.

Hace poco, su madre le preguntó si recordaba la última vez que se había reído. No se acordaba. Por supuesto, no se lo había dicho, al igual que había evadido sus preguntas sobre si comía lo suficiente, si dormía lo suficiente y a qué demonios se dedicaba, como siempre. Por no hablar de las constantes insinuaciones sobre una mujer en su vida.

Prácticamente había inhalado el resto del cremoso pastel de ruibarbo y, en cuanto recuperó el aliento, murmuró algo sobre una obligación urgente. Luego había echado la silla hacia atrás, abrazado brevemente a su madre y mirado por encima del hombro a su padre, en busca de ayuda. Le había indicado con un gesto que no se preocupara y que se marchara inmediatamente. Y así lo había hecho, hacía aproximadamente un mes.

Desde entonces, sólo respondía a los mensajes de su madre esporádicamente y con pocas palabras. Afortunadamente, desde su época en la RAF, ella sabía que él no estaba siempre disponible ni al alcance de la mano, y que no le estaba permitido saber exactamente dónde se encontraba. Pero eso no cambiaba el hecho de que lo tratara como a un niño pequeño, aunque tuviera casi veinticinco años. Stefano, Tiziano y Tommaso no tenían ese problema, sus madres eran normales. Pero Valentino se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto a sus amigos. Era plenamente consciente de que debía considerarse afortunado, porque Dante y Damiano sólo recordaban a su madre por fotografías. Además, habían perdido a su padre demasiado pronto.

Sólo habían pasado tres años desde el funeral de Riccardo Cipriani, pero parecía una década. Sobre todo cuando Valentino miraba al hombre que tenía enfrente en el espejo cada mañana mientras se afeitaba. Tenía más arrugas en las comisuras de los ojos que las personas de su edad cuya forma física y resistencia estaban poniendo a prueba aquí.

"¿Qué piensa de ellos, señor?"

Valentino odiaba que Coleman le hablara así, aunque sólo lo hacía delante de extraños. El hombre tenía veinte años más y tantas horas de experiencia de vuelo más que él que nunca le igualaría. Cosa que ni siquiera habría podido hacer si hubiera cumplido el compromiso de los doce años y se hubiera apuntado a otros doce. Ahora volaba con regularidad, pero ni de lejos tantas horas como en el Ejército del Aire, que había abandonado como teniente de vuelo.

Su papel principal era el de director general. Pero en todo el mundo, aquí en la sede británica, como en la sede africana de Ghana, en Italia y en las demás bases más pequeñas, era el comandante. Era el jefe máximo, el gerente responsable de todo el CIS paramilitar, Cipriani International Security, que vestía ropa de camuflaje sin placa ni etiqueta con su nombre y al que

le gustaba ocultar su rostro bajo la gorra de camuflaje. Y que todas las noches se despertaba sudando frío a causa de las pesadillas siempre cambiantes que le producía este deber.

Ahora miró molesto al responsable de operaciones del cuartel general del CIS británico. "Déjate de tonterías, Ray".

Coleman respondió a su gruñido alzando una ceja. Como siempre.

"¿Qué te parecen, Valentino?". Habló tan bajo que ninguno de los reclutas que habían terminado hoy su formación básica pudo oírle.

"Como supongo que, como de costumbre, tu pregunta no cambiará a cuál de ellos le dirás que abandone el local, Colchester y preferiblemente el condado de Essex lo antes posible inmediatamente después de nuestra falsa conversación, me ahorraré la respuesta".

Sólo el ligero temblor en las comisuras de la boca de Ray reveló que el hombre no era un bloque de hielo. Al contrario. Para ser galés, tenía bastante sentido del humor. Lo que demostró ahora cuando dio un paso atrás, se giró para mirarle con un giro de noventa grados, dobló el brazo en un saludo perfectamente militar y las puntas de los dedos casi le tocaron la sien.

"Muy bien, señor."

Al cabo de un largo rato, Valentino sintió ese cosquilleo en la garganta que precede a una carcajada. Se dio la vuelta, apretó los labios y se alejó a grandes zancadas. Quería entregarse a la risa en cuanto llegara a su despacho. Pero incluso antes de llegar al edificio que albergaba el despacho del comandante, su teléfono móvil vibró en su bolsillo. No necesitó mirar la pantalla para saber quién le llamaba. No sólo porque sólo unos pocos números no habían sido silenciados, sino porque recordó lo que había desterrado de su mente desde que se levantó.

"¿Qué pasa, Dante?"

"Quítate la ropa de camuflaje, métete en la ducha y ponte algo sensato. Y para anticiparme a tu pregunta, me importa una mierda si eliges un traje o unos vaqueros, Valentino. Lo único seguro es que estarás en el coche en media hora como muy tarde y rumbo a Londres".

"Pero..."

"¡No quiero oír hablar de eso!" Dante nunca gritó. Ni siquiera ahora, pero el tono de voz no era el de su amigo de la infancia, sino el del conciliador, que además era el mayor de los dos propietarios de Cipriani Ltd y, por tanto, su jefe.

En los últimos treinta y cuatro meses, Dante y Damiano habían duplicado con creces la ya considerable fortuna que les había dejado su padre. Valentino ya se había hecho a la idea de que no solían hablar de unos pocos miles de libras, sino de sumas que tenían al menos cinco ceros. A veces incluso seis. "Ahora tienes veintisiete minutos antes de salir de la sede por la puerta grande, Valentino. Somos una familia y tenemos un decimoctavo cumpleaños que celebrar, ¿te guste o no!".

Valentino consiguió bloquear todos los pensamientos mientras conducía por la A12, acelerando, aflojando, embragando, adelantando, concentrándose en el sonido del motor de 4,8 litros y en la potencia de los quinientos caballos de su Lexus LFA. El coche era una auténtica locura, en muchos sentidos. Demasiado caro, demasiado potente, absurdo en el tráfico urbano y una garantía de que las mujeres se girarían para mirarle tanto si conducía como si se bajaba.

"Como si tu aspecto no fuera suficiente para ligar con quien quieras", había dicho Damiano moviendo la cabeza cuando compró el exclusivo deportivo, sólo seis meses después de que su vida cambiara.

Los sueldos que habían ido ingresando en sus cuentas cada mes desde que empezaron a trabajar oficialmente como directivos de Cipriani Ltd ya habían sido prohibitivamente altos entonces... y habían seguido subiendo desde entonces. Durante meses, todos habían sentido que ni los títulos ni las sumas de cinco cifras con las que se remuneraba su trabajo les pertenecían realmente. Por eso se había puesto manos a la obra los siete días de la semana y había aprendido de los mejores. De sus maestros, que ya habían sido seleccionados por Riccardo Cipriani y contratados en exclusiva por sus hijos inmediatamente después de su muerte por un periodo de un año. Durante doce meses, habían gestionado sus áreas de negocio junto a estos expertos. Hasta que pudieron hacerlo solos.

Valentino no había tardado mucho más de lo necesario en acostumbrarse al potente Lexus. A pesar de su experiencia con el Typhoon, que había pilotado de arriba abajo y de lado a velocidad supersónica, había tardado meses en familiarizarse con el deportivo igual que con el caza. O los distintos helicópteros, que no eran tan rápidos como el jet, pero resultaban mucho más emocionantes de pilotar. Ahora conduce el Lexus mientras duerme, aunque nunca se atreve a cerrar los ojos más de un parpadeo. Le encantaba, y no porque con él pudiera impresionar a las mujeres.

No era Tommaso, que provocaba bragas mojadas y suspiros lujuriosos con la mirada y ligaba con una conejita distinta cada noche. En teoría, porque aunque se burlaban de él por su afán mujeriego, la mayor parte procedía de su imaginación... y los comentarios sarcásticos y jocosos eran probablemente lo único que de algún modo encajaba con su edad.

No era sólo él, todos habían perdido su juventud desde la muerte de Riccardo Cipriani y habían crecido de repente, asumiendo la responsabilidad de mucha gente. Sus padres, los mejores amigos y confidentes del viejo conciliador, estaban en el plan. Sin embargo, eran propietarios de sus propias empresas independientes y nunca habían tenido un conocimiento detallado de los asuntos internos de la empresa. Sus padres no sabían nada de los grandes cambios que se habían producido desde que Dante y Damiano habían fundado el holding. Sólo los conocían ellos seis. Dante Cipriani, el nuevo árbitro, se rodeó de sus amigos, como antes habían hecho su padre y su abuelo.

Los restaurantes bajo el control de Stefano son ya cuatro en otros tantos países europeos, y está previsto abrir dos más antes de fin de año.

El sector de la seguridad personal y la protección de bienes dirigido por Tiziano se había multiplicado por cinco, tanto en personal como en volumen de negocios. En consecuencia, todos los departamentos de Cipriani Ltd relacionados con la construcción se habían disparado. Sobre todo porque Tommaso, que había terminado sus estudios de arquitectura a una velocidad récord, había diseñado la Torre DDC. Este edificio de aspecto futurista, con su fachada de cristal negro, estaba a un tiro de piedra del rascacielos que tendría más del doble de altura y se asemejaría a un fragmento de cristal, razón por la que se llamaba The Shard. Aún faltaban unos meses para que se terminara, pero ya era aclamado como el nuevo hito de Londres.

Valentino vio la señal de salida, redujo la velocidad y salió de la A12... y sus pensamientos arrancaron al galope. Exactamente en la dirección que había querido evitar.

Pero también apestaba que fuera el único de ellos que nunca podía hablar con nadie de Seguridad Internacional. Por Dios, ni siquiera ellos seis habían hablado mucho del tema cuando Riccardo Cipriani aún vivía, aunque, a diferencia de todos los demás allegados al Árbitro, al menos habían sido informados. Pero ni siquiera Dante y Damiano sabían que las instalaciones

paramilitares de su padre, no lejos de la base militar más antigua de Gran Bretaña, eran más o menos del mismo tamaño que ésta, tanto en superficie como en número de personas. Lo que ya no era el caso.

Una vez que Ray Coleman finalizara la selección de los nuevos reclutas, procedentes de las filas de las fuerzas armadas británicas y de otras fuerzas europeas y norteamericanas, tendrían una vez y media más hombres que la guarnición de Colchester, con sus cuatro mil soldados. Pero los seis mil combatientes, pilotos, hombres rana, guardaespaldas y especialistas en seguridad de Cipriani International Security, la mitad de los cuales estaban destinados en Italia y Ghana, no tenían que respetar las fronteras de la Commonwealth.

También estaban al menos tan bien entrenados como los militares británicos, pero abarcaban muchas más áreas de especialización, todas relacionadas con la seguridad y la protección. Una de las unidades especiales del CIS era un grupo de élite no muy distinto de los SEAL estadounidenses. El personal del CIS actuaba en todo el mundo como guardaespaldas, expertos informáticos para empresas, en la lucha contra la ciberdelincuencia y contaba con un gran número de pilotos y aeronaves de todo tipo, desde aviones de transporte hasta drones. Reforzaban los grupos operativos de Scotland Yard, Interpol, Europol y otras organizaciones policiales de diversos países. Sin embargo, la mayoría de ellos eran militares que se desplegaban en formaciones pequeñas y medianas para adiestrar y apoyar a las unidades militares.

Las áreas de actividad del CIS eran desconocidas para el gran público, pero en los círculos adecuados sus empleados tenían fama de ser los mejores, lo que encarecía sus servicios. Muy caros... y aportaron a Cipriani Ltd un volumen de negocio que los seis, los amigos que se mantenían unidos como la brea y el azufre, ni siquiera habían soñado hace tres años.

Valentino vio de reojo los altos árboles a ambos lados de la carretera y levantó el pie del acelerador. ¡Maldita sea! Aquello era Hackney Marshes, lo que significaba que estaba en el puente sobre el río Lea y el canal navegable. Lo que a su vez le llevó a la irrefutable conclusión de que la casa de sus tíos, primos de su padre, estaba a pocos minutos. La casa de los padres de Tommaso, para ser precisos. Que era uno de sus mejores amigos y al que quería como a los otros cuatro.

Pero que también estaba emparentada con él, ya que sus abuelas eran hermanas gemelas. Lo que, a su vez, fue la razón por la que Valentino tuvo que pisar el freno y hacer que su Lexus diera un giro de ciento ochenta grados allí mismo. Porque no tenía ninguna puta gana de conocer a su familia y celebrar ese estúpido decimoctavo cumpleaños.

¡Mierda! Él y los otros cinco habían celebrado su mayoría de edad emborrachándose mucho. Lo cual era una idiotez, porque al día siguiente te dolía todo y te sentías como una mierda, pero así eran los chicos.

Las chicas, en cambio... Aunque esas celebraciones seguían siendo en cierto modo soportables, ya que sólo se cumplían dieciocho años una vez en la vida. Afortunadamente, sólo Stefano y Tommaso tenían una hermana cada uno, y hoy era definitivamente el último dieciocho cumpleaños en su círculo íntimo. Y el único al que no quería asistir en absoluto. Debería haber pensado en algún tipo de emergencia y haber volado a Ghana o Italia. Pero, de nuevo, eso no habría funcionado porque Dante, al igual que él, estaba desgraciadamente al tanto de todo lo que concernía al CIS. Pero por mucho que Valentino le quisiera y aunque no hubiera casi nada que no hiciera por él, no podía dejar que se enterara.

Ya era bastante difícil reconciliarse consigo mismo. Con las emociones confusas y sus

pensamientos, que cobraban vida propia tras cada encuentro con Tamara y producían una película. Cine de cabeza a un nivel absolutamente adulto. Valentino resopló y golpeó el volante deportivo con la palma de la mano. ¡Mierda!

Tamara era la hermana de Tommaso. Eran parientes. A los diez años, durante la fiesta de cumpleaños de sus abuelas en Roma, ella había anunciado con toda seriedad que se casaría con él cuando fuera mayor. A los diecisiete años, él había puesto los ojos en blanco, y ahora se preguntaba con demasiada frecuencia si ella aún lo deseaba. Aunque no le interesaba en absoluto intercambiar anillos y votos. Desde que la había visto con el vestido negro que llevaba ante la tumba de Riccardo Cipriani, se había imaginado cómo sería bajarle la cremallera de la espalda y liberar el cuerpo cubierto por la tela. ¡Lo cual era simplemente enfermizo! No porque hubiera alguna ley que prohibiera tales cosas entre ellos. Aunque sus padres fueran hermanos y no sólo primos, estaría prohibido. Pero el asombro de su abuela en la terraza del Hotel Raphaël de Roma sólo había sido el preludio de las lecciones que había tenido que soportar. Su madre le había explicado a Tamara por qué nunca podría casarse con él, y más tarde, en cuanto se quedaron solas, las dos mujeres se abalanzaron sobre él. Como si hubiera provocado la frase de una niña pequeña, lo que había hecho que sus mejillas se sonrojaran. ¡No era el cantante de una banda de chicos!

La perorata que siguió en la habitación de hotel de su abuela había durado una eternidad. Palabras como incesto y deslealtad se habían grabado a fuego en su cabeza. Mientras su madre guardaba silencio, su nonna le había contado historias de mujeres exiliadas que habían tenido que abandonar a sus familias y cambiarlas por otra comunidad gitana. Porque en realidad nadie estaba expulsado. La cohesión era una de las máximas prioridades entre los gitanos, pero nadie que se hubiera adaptado a la sociedad del país donde vivía quería destacar. Pero eso era exactamente lo que ocurriría si uno de ellos entablaba una relación con un familiar. No se podía ocultar algo así, y ellos, las familias Reyes y De Marino y los demás que pertenecían al círculo más cercano en torno al Árbitro, tenían que volar bajo el radar por esta razón. "Tú quieres ser piloto, Valentino, así que lo entiendes mejor que nadie", le había dicho entonces su abuela. Como si su elección de carrera tuviera algo que ver con todas esas reglas.

Desde muy pequeños, él y los demás habían interiorizado que no podían hablar con nadie de fuera sobre el hecho de que eran Gipsys. Eso no era asunto de los Gagé, los de fuera. Por eso tenían que comportarse de la forma más discreta posible. Tenían que aprender a mantener la boca cerrada. No involucrarse en ninguna disputa. Lo cual, cuando Stefano había hecho precisamente eso porque un completo idiota, que en realidad no podía saber nada de sus orígenes, había llamado puta gitana a su hermana, casi había llevado a una catástrofe total. El compañero de colegio simplemente había utilizado una palabrota entre cientos para referirse a la chica de pelo negro... y casi se habían metido todos en la cocina del diablo.

Lo que definitivamente le sucedería si no se controlaba. ¡Era simplemente basura! Durante años, Valentino había sido un experto en mantenerse alejado de la mayoría de las reuniones familiares. Lo que había sido relativamente fácil mientras estuvo en las Fuerzas Aéreas debido a la distancia de la base militar, se había vuelto más complicado desde que todos empezaron a trabajar para Cipriani Ltd. El holding tenía su sede en Londres. El holding tenía su sede en Londres. Pero como ni Dante ni Damiano, ni Stefano, ni Tiziano, ni Tommaso ni él tenían trabajos normales y horarios regulares, preferían de todos modos pasar juntos el poco tiempo libre que tenían, y por supuesto hacía años que no vivían con sus padres. Se reservaban una

noche a la semana como amigos, y en cada viaje acompañaban a Damiano como guardaespaldas cuando actuaba en algún lugar del mundo como el misterioso bailaor flamenco Jorge, con el rostro oculto tras una máscara negra.

Las pocas veces que Tamara y él se vieron, Valentino siempre mantuvo las distancias con ella. En una habitación, en la mesa, delante de un árbol de Navidad decorado... y, por supuesto, desaparecía cada vez a la primera oportunidad con una excusa u otra. No para evitar disgustar a su abuela, a su hermana gemela, a su madre, de hecho a toda su familia, sino para mantener el autocontrol. Dios sabe que no era censurable que le gustara Tamara. Aunque... Gustarle era quedarse corto. Sentía algo por ella. Sentimientos irritantes, incontrolables, prohibidos. Lo que significaba que, aunque nunca se lo diría a nadie, se alejaba de las mujeres como el diablo del agua bendita.

No es que no hubiera tenido sexo. Claro que sí. Siempre que se cansaba de dejar su satisfacción exclusivamente en manos de su mano. Pero después, sólo su cuerpo quedaba brevemente satisfecho - su cabeza, en cambio... No importaba qué mujer tuviera delante, debajo o encima de él, nunca veía su cara frente a él, sino la de Tamara. Era un círculo vicioso. Pero ella era tan condenadamente joven que habría estado fuera de los límites sólo por esa razón. Y aunque hoy cumplía la mayoría de edad, eso no cambiaba el hecho de que era la única mujer del mundo en la que no podía pensar y a la que no podía acercarse en absoluto. Tommaso lo mataría si se involucraba con Tamara... Y si no lo hacía, lo haría su abuela. O su madre. O su abuela, o cualquier otro miembro de sus eternamente unidas familias.

Un estruendo surgió de su interior, saliendo de sus labios como un gruñido. Sacudió la cabeza. No había sido capaz de acercarse a ella en años, y no lo haría hoy. Su mente era fuerte y controlaba su cuerpo. No al revés.

CAPÍTULO 6

Residencia de la familia De Marino.

Dalston, distrito de Hackney, Londres Este.

Valentino giró hacia Middleton Road. Apartó su Lexus a un lado de la carretera y aparcó detrás del Aston Martin de Dante, salió, cogió la chaqueta azul oscuro del asiento del copiloto y se la puso. Era su concesión a la elegancia de la ocasión, pero eso no cambiaba el hecho de que llevara un polo gris, vaqueros deslavados a la piedra y zapatillas azules... sin calcetines.

El olor a carne a la brasa le llegó desde el jardín trasero. Se dirigió a la puerta de media altura del muro de ladrillo que rodeaba el jardín delantero y la abrió de un empujón. Valentino se sentía casi tan a gusto aquí como en casa de sus padres. Así que no había razón para no pasear por el exterior de la estrecha franja de césped que rodeaba la casa. No sabía por qué seguía subiendo el corto tramo de escalones de piedra hasta la entrada. Tal vez fuera por los enardecedores sonidos del flamenco que entraban por la inclinada ventana del salón.

O el hecho de que de repente la sintiera. Se le erizó el vello de la nuca. Un escalofrío helado le recorrió la espalda.

El hecho fue que ella le abrió la puerta antes de que él pudiera siquiera poner la mano en el timbre.

Que la miraba como a la séptima maravilla del mundo.

Que sus ojos estaban maquillados de una forma condenadamente sexy.

Que sus pupilas cubrían casi por completo sus iris.

Que su vestido rojo le abrazaba el cuerpo con tanta fuerza que no pudo evitar mirar los duros pezones que empujaban a través de la tela.

No quería ni pensar si llevaba sujetador debajo. Quería comprobarlo con la mano. Por eso dio un paso hacia ella. Y un segundo. Y un tercero. Simplemente porque Tamara retrocedió hacia él sin decir palabra y él la siguió hasta que pudo cerrar la puerta principal tras de sí.

Con una patada, mientras él extendía los brazos hacia ella, ella inclinó la cabeza hacia atrás... y él se inclinó hacia delante y posó sus labios sobre los suyos.

Después, su percepción se perdió en una explosión caleidoscópica.

Colores, luces, un fuerte grito.

Un chillido, para ser precisos. "¡Suéltala ahora y vete!"

Su propia abuela, que era tan huésped en esta casa como él, hizo que el calor inundara sus mejillas. De rabia, no de vergüenza. Pero Valentino no tuvo oportunidad de decir ni una sola sílaba cuando Dante lo agarró por los hombros, lo hizo girar, abrió la puerta principal, lo empujó fuera y lo llevó a su coche.

"Dame la llave, yo conduzco".

Valentino se rió a carcajadas. "¿Tienes miedo de que tenga un accidente? Estoy tan sobrio como tú".

"Estás enfadado".

"A mí mismo". Asintió afirmativamente. "Pero no te preocupes, puedo manejarlo".

"Te gusta".

"¿Quién?"

"Tamara."

"Por supuesto que me gusta. Es la hermana de Tommaso".

"Así no, idiota. Tú la besaste".

Valentino entrecerró los ojos, se lo pensó y negó con la cabeza. "Ella a mí. Sólo quería desearle un feliz cumpleaños".

Era un mentiroso patético. Especialmente con el hombre que era más que un hermano para él. Siempre lo había sido. El que, a pesar de tener sólo veintiséis años, era alabado, honrado y admirado por todos los Gipsys que le habían pedido consejo, como su padre y su abuelo antes que él. Y no porque fuera el primogénito y se hubiera convertido en el árbitro de la sucesión. Dante Cipriani era carismático y un orador nato, aunque era parco en palabras. En su lugar, utilizaba la mirada. Primero para sondear y obtener una visión de conjunto, que conducía a una visión clara. Siempre. Valentino lo había experimentado lo suficiente como para sentir físicamente el momento en que su amigo reconocía todos sus pensamientos y sentimientos con tanta claridad como si estuviera dentro de su cabeza.

Dante dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Apretó los labios y le escrutó durante unos segundos con su mirada penetrante. Luego asintió. No para expresar aprobación. Todo lo contrario, como le hizo entender con cuatro palabras.

"Lo que tú digas, Valentino."

Luego se dio la vuelta y regresó a la casa sin volverse de nuevo.

CAPÍTULO 7

Al mismo tiempo, en la casa de la familia De Marino.

Todo el cuerpo de Tamara se estremeció. Tenía frío y calor al mismo tiempo. Los pelos de sus brazos descubiertos se erizaron como soldaditos de plomo. Sentía como si quisieran arrastrarse a través de su piel, con raíces y todo, y caerse. Le dolía cada poro.

Pero eso no era nada comparado con el escozor y el tirón que sentía en el pecho.

Su tía abuela ya no chillaba, sollozaba.

Valentino había desaparecido.

Tamara se llevó la mano derecha a la cara y se tocó los labios con la punta de los dedos.

La había besado y ahora se había ido.

Por fin se dio cuenta. Él ya no estaba en esta habitación, ya no estaba en la casa. ¡Tenía que detenerlo!

Levantó los talones del suelo, echó a correr y se estrelló contra un muro. Uno hecho de músculos y huesos.

"¿Adónde vas?" Su padre hablaba muy poco, y cuando lo hacía, era en voz baja. Ahora gruñía como un lobo hambriento.

Tamara levantó las manos, empujando contra su pecho: "¡Déjame pasar!".

"¡No!" Su abuela gritó tan fuerte que sus tímpanos amenazaron con estallar.

Tamara voló en redondo, fulminándola con la mirada. "No tienes nada que decirme. Nada de nada. Nada".

La anciana jadeó.

Obviamente, se quedó sin palabras. Pero no su hermana gemela, que se puso las manos en la cadera y se plantó amenazadora frente a Tamara.

"¡Claro que sí! Es tu abuela".

Tamara resopló. "¿Y eso le da derecho a inmiscuirse en mi vida?".

"¡No sólo ella, todos nosotros! Somos una familia".

La respuesta no vino de su tía abuela, sino de su nuera Lucrecia Reyes. Que era su tía. Y la madre de Valentino. La mujer que sólo necesitaba que el halo se materializara sobre su cabeza y se hiciera visible para todos. Que no eran palabras de Tamara. Eran las de su madre, que sonreía en las reuniones con sus amigas y trataba a su cuñada como a su mejor amiga. Pero en cuanto volvían a estar solas, mamá se desahogaba.

Afortunadamente, esto sólo ocurría cada seis u ocho semanas, porque la muerte de Riccardo Cipriani había cambiado muchas cosas. El viejo conciliador y sus amigos más íntimos solían reunirse con sus familias para comer casi todos los domingos. Desde que, tras la muerte de Riccardo, Dante había asumido la responsabilidad de su pueblo y fundado el holding junto con su hermano Damiano, y Tiziano, Stefano, Valentino y Tommaso, el hermano de Tamara, habían asumido cargos directivos de responsabilidad, los seis trabajaban siete días a la semana.

Desde que la hermana de Stefano emigró a América cuando tenía dieciocho años, Tamara ha tenido que soportar durante demasiado tiempo la miseria de los domingos interminables a solas con la generación de los mayores, sobre todo los que se juntaron.

En primer lugar, su tía, que ahora la miraba con los ojos entrecerrados y seguía hablando. "Lo que sea que hayas estado inventando en tu cabeza se acabó para siempre. Te lo dije en Roma, pero obviamente eras demasiado joven y estúpida para darte cuenta de que Valentino estaba fuera de tu alcance. Afortunadamente, nuestro conciliador es un hombre sabio y pone sus deberes por encima de la amistad que le une a mi hijo."

Tamara no entendía las tonterías que decía su tía. Ni siquiera lo intentó. Quería ver a Valentino. ¡Ya!

Empujó a su tía hacia un lado. Chilló. Su padre murmuró algo mientras las dos ancianas hablaban animadamente entre ellas.

Tamara atravesó furiosa el arco que separaba el salón del pasillo y fue directa a los brazos de Dante, que acababa de entrar por la puerta principal desde el exterior. Él la cogió y le agarró los brazos.

De repente se hizo el silencio detrás de ella.

Levantó la mirada, directa al rostro serio de Dante.

"Se ha ido, Tamara."

Sacudió la cabeza. "Eso no puede estar bien".

Dante asintió. "Sí, así es".

Tamara podía sentir las lágrimas en las comisuras de los ojos. Las primeras se desprendieron y rodaron por sus mejillas. Dante le cogió la cara y le secó la humedad con los pulgares. Se inclinó hacia ella hasta que sus narices casi se tocaron. Y entonces, cuando habló, su voz fue un suspiro casi mudo. Tan tranquila que sólo ella podía entenderle.

"Es mejor así. Por el momento. Está tan disgustado como tú, Tamara".

Sentía que se le movían las comisuras de los labios y que le temblaban. "¿Estás segura?"

Dante asintió.

Luego se enderezó y la miró por encima del hombro. "¿Qué te parece si salimos todos al jardín antes de que se chamusquen los filetes y se caliente la cerveza?".

"Gracias", le susurró y permaneció en su posición.

Se quedó allí de pie, frente a la puerta principal, y esperó hasta que el sonido de pasos lejanos a su espalda se desvaneció. Sólo entonces se atrevió a abrir la puerta. Salió y se detuvo frente al último escalón, girando la cabeza primero a un lado y luego al otro. No había rastro del Lexus de Valentino. Realmente se había ido.

Las malditas lágrimas volvieron a brotar.

Como si la hubiera picado una tarántula, se dio la vuelta, cerró la puerta de un portazo y subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Allí se tiró boca abajo en la cama, se agarró a la almohada y sollozó. Le dolía el corazón. La vida era una mierda y las personas más cercanas a ella, que se suponía que debían comprenderla, aún más. Sobre todo su tía abuela y su tía. Pero también su abuela, que siempre había estado al lado de su hermana. ¡Incluso su padre se había entrometido!

Los sollozos se hicieron menos violentos y se convirtieron en mocos. La almohada estaba empapada. La tiró de la cama y se puso boca arriba. Las lágrimas siguieron fluyendo en silencio.

La voz de su abuela entró por la ventana abierta desde el piso de abajo. "¡Tamara, baja, tienes que soplar las velas!".

"Déjala en paz, mamá". Las palabras vinieron de su madre.

"¡Sólo cumple dieciocho una vez!"

"Deberíais haberlo pensado antes de saltar sobre ella".

Una miserable sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Cerró los ojos y escuchó las voces que llegaban a su habitación desde el jardín. Tal vez fuera bueno que fueran tantas y que las conversaciones se solaparan. Pero aunque no entendía las palabras, el tono agresivo con el que hablaban su tía y su tía abuela le producía escalofríos. El padre y el tío de Tamara, en cambio, permanecían en silencio. Igual que su madre, que parecía haber agotado toda su pólvora. Probablemente era sólo temporal antes de que ella desatara más maldad. Los demás intentaban parecer normales. Tamara podía oír la voz de Damiano, y también la de Stefano. Probablemente se habría marchado hacía tiempo después de todo lo que él y su familia habían pasado con su hermana si no se sintiera obligado con sus amigos.

El olor a carne asada flotaba en el aire. Suspiró aliviada. Cuánto había esperado esta noche. Había empezado incluso mejor de lo que se había atrevido a soñar, y con la misma rapidez se había convertido en un desastre absoluto. Se pasó la punta del dedo índice por los labios, bajó los párpados y sintió su contacto. Había sido suave y firme al mismo tiempo. Y entonces sintió la punta de su lengua. Húmeda y cálida y tan increíblemente confusa, hasta que...

"¿De verdad quieres que brindemos por su mayoría de edad sin tu hija?". Fue la pregunta de su tía abuela, pronunciada en voz demasiado alta, lo que sobresaltó a Tamara. Debía de haberse quedado dormida. Estaba casi a oscuras en su habitación, con la única luz parpadeante de los faroles que llegaban desde el jardín hasta el primer piso.

"No, en absoluto". Tamara no podía situar el golpe, pero probablemente su madre había golpeado la mesa con el servidor de tartas para enfatizar sus palabras. "Estaré encantada de servirte un trozo de la tarta, porque sería una pena que se estropeará. Pero desde luego no voy a abrir el champán. Eso lo hará mi hija".

Los ojos de Tamara volvieron a llenarse de lágrimas. Más aún cuando alguien empezó a aplaudir y los demás se unieron.

"Felicidades por tu mayoría de edad, Tamara", gritó Damiano. Luego Tiziano repitió las mismas palabras, después Stefano y finalmente Dante. Todos amigos excepto Valentino, que había huido.

A Tamara se le nubló la vista. Las lágrimas inundaron sus ojos y corrieron por su rostro. Se enterró bajo la manta.

Tamara se despertó con el canto de los pájaros.

Tenía los ojos hinchados.

Su cuerpo se sentía como si acabara de terminar una maratón, o al menos eso creía ella. Le dolían todos los músculos.

Además, llevaba el vestido del día anterior y el sujetador, cuyos aros le dolían mucho.

Se levantó de la cama, se arrastró hasta el cuarto de baño y se duchó.

Mientras se cepillaba los dientes, pensaba en cómo podría salir de casa sin ser vista. Lo que a su vez dependía de la hora que fuera. Le habían dado permiso para dormir en casa debido a su cumpleaños en el colegio. Esta noche volvería a quedarse en el internado, como todas las noches hasta los exámenes que ponían fin a su carrera escolar. Antes de empezar... lo que fuera. Porque sus padres no le pagarían la formación para el trabajo de sus sueños.

Lo mejor que podía hacer era encontrar un trabajo de verano en algún condado lejos de Londres. Necesitaba distancia, quería alejarse de su familia. Y de la familia de Valentino. No quería hablar con ninguno de ellos. Y ella esperaba a que Valentino se pusiera en contacto. Hasta. Más bien si. Él probablemente la evitaría aún más que antes.

Tamara golpeó el armario con el puño. Sacó unos vaqueros, una camisa sencilla y se calzó unas zapatillas blandas. Después comprobó el contenido de la mochila, metió en ella otros dos conjuntos de ropa interior, echó un vistazo a la habitación, fue a la mesilla de noche, sacó el móvil del cable de carga y se metió ambos en el bolsillo exterior. Fue entonces cuando se fijó en el sobre que había caído al suelo. El dorso estaba cerrado con cinta adhesiva. Frunció el ceño, lo cogió y le dio la vuelta. Para Tamara, leyó. Reconoció la letra curvada de su hermano, rasgó el sobre, sacó la hoja de papel y la abrió.

Y entonces se le dibujó una sonrisa en la cara. Tommaso conocía la opinión de sus padres, que ridiculizaban las aspiraciones profesionales de Tamara y las habían tachado de sueño adolescente pasajero durante dos buenos años. Su hermano no era indiferente a sus deseos. Tommaso conocía cada uno de los puntos de la lista que ella había elaborado para alcanzar su meta profesional, y sabía lo caro que era todo, empezando por la formación básica. Y la apoyaba plenamente. Lo tenía escrito, ¡en blanco y negro!

Tamara se quedó mirando la hoja de papel. Tommaso la quería, y ella a él. Con todo su corazón. Su hermano mayor le pagó la formación en las mejores academias de maquillaje, todos los cursos aquí y en el extranjero. Cumplió su segundo mayor sueño, que ahora era el primer y único punto libre de su lista de deseos.

Tuvo que borrar la entrada anterior de la parte superior, que era simplemente un nombre que empezaba por V y terminaba por O, sin sustituirla.

Demostraría a su tía abuela, a su tía intolerante y al resto de la familia de lo que era capaz una mujer gitana. Desde luego, no se casaría con cualquier hombre para llevar su casa y tener sus hijos.

Se convertiría en maquilladora. Gracias a Tommaso, que al parecer creía tanto en ella que estaba dispuesto a invertir en su formación una cantidad demencial de dinero, más de treinta mil libras.

Estudiaba día y noche, entre semana y los fines de semana.

Se presentaba a todas las productoras de series de televisión y películas hasta que tenía un pie en la puerta. No importaba en qué parte del mundo.

No sólo sería mediocre, sino sobresaliente.

Tanto, que con el tiempo se podría leer su nombre en los títulos de crédito de una película.

CAPÍTULO 8

*Cuatro años y medio después. Unos días antes de Navidad.
Groombridge Road, Hackney, Londres.*

Valentino se había despertado hacía sólo unos minutos. Ahora yacía con los ojos cerrados y saboreaba el silencio.

Por mucho que le gustara su trabajo, lo cierto es que no era tranquilo. Ser responsable de decenas de miles de personas y tener constantemente en los oídos el sonido de los motores de reactores, aviones de hélice, helicópteros y vehículos militares -de los cuales los jeeps eran los más silenciosos- iban de la mano. Al igual que el de las distintas armas en los campos de tiro, ya fuera en interiores o al aire libre. Como su compensación favorita era volar, y los pilotos de helicópteros llevaban auriculares en la cabina pero rara vez prestaban atención a la protección acústica cuando estaban cerca de pistas y lugares de aterrizaje, el ruido era su día a día.

El silencio, en cambio, lo asociaba con tiempo libre. Tiempo realmente libre que pasaba lejos de las bases del CIS. Pero rara vez se lo tomaba, no porque los directivos de Cipriani Ltd no tuvieran derecho a vacaciones o fines de semana, sino porque no podía hacer nada con él. Salvo las tardes de los jueves con sus cinco amigos, a los que adoraba. Sólo que estas reuniones eran cada vez menos frecuentes para él, ya que a menudo pasaba semanas enteras en lugares donde su gente estaba en misión, a miles de kilómetros del Reino Unido. Y para él, vacaciones era una palabra que no utilizaba. Volar a algún lugar solo, donde luego tenía que quedarse quieto en una playa y tomar el sol, era algo absolutamente inaceptable. Por no hablar de la vida nocturna que aparentemente conllevaba para la gente normal.

Si quería relajarse por la noche, leía antes de irse a dormir. Novelas basadas en hechos históricos o thrillers políticos. A menudo olvidaba la hora mientras leía libros apasionantes.

Sin embargo, su verdadero tiempo libre eran los días y las noches que pasaba en su casa cuando estaba en Londres. Se había enamorado de la sencilla casa esquinera con fachada de ladrillo y ventanal de marco blanco en la planta baja cuando se la había enseñado el agente inmobiliario. Valentino no había sabido lo que quería hasta que la vio. Sólo el dónde había quedado claramente definido. Debía estar en el barrio de Hackney, donde se había criado. Pero no demasiado al norte, ni siquiera al oeste, porque Dios sabe que no tenía un carácter masoquista y no quería vivir a pocos minutos de sus padres o del primo de su padre y su mujer, la familia de Tommaso. Su segundo requisito era que la propiedad estuviera lo más cerca posible de uno de los parques de Hackney. Como el interés por la propiedad en esta parte del East End seguía creciendo y los precios de los inmuebles subían aún más rápido, pero él no había limitado su presupuesto, la compra se había realizado en un breve espacio de tiempo. Se había mudado y había renunciado a la fiesta de inauguración. A día de hoy, aparte de la señora de la limpieza y algunos comerciantes, sólo sus amigos y su padre conocían la casa. Nadie más.

Cuando ayer por la tarde giró en la tranquila calle bordeada de chalés victorianos de dos plantas, la tensión de las últimas semanas se había desvanecido. Había apartado su Lexus a un lado de la carretera y aparcado bajo un alto castaño. Delante de él había visto los postes de hierro a la altura de la cintura que hacían imposible seguir conduciendo y convertían Groombridge Road en un callejón sin salida. Detrás se extendían los frondosos prados verdes de Well Street

Common.

La amplia ventana de su habitación daba al parque. Lo único que veía era el césped y algún que otro árbol alto; lo único que oía eran las risas de los niños, los ladridos de los perros y las llamadas de sus dueños. Esto último incluso ahora, mientras estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados. Diciembre había traído consigo las habituales temperaturas bajo cero, que sólo subían unos grados durante el día. Lo que le hacía desear poder quedarse en la cama un poco más. El gimnasio no se le acababa. Tampoco el café, aunque añoraba una taza grande del capuchino doble que sólo se permitía en casa. Esto se debía a la máquina italiana totalmente automática que había comprado personalmente en Italia y traído de contrabando al país en el avión de la empresa. Dos, de hecho, porque Damiano había estado en Roma con él y tampoco había podido resistirse. Ahora casi podía sentir el sabor del café en la lengua. Respiró hondo y levantó lentamente los párpados. Cuando estuvieron a medio levantar, volvió a cerrarlos.

Necesitaba que alguien le llevara el capuchino a la cabecera de su cama. Su teléfono móvil sonó precisamente en ese momento tan perspicaz.

Actuó instintivamente, estiró el brazo hacia la mesilla de noche y puso fin al molesto timbre con un movimiento automático sobre la pantalla contestando a la llamada.

"¡Valentino!" Su madre gritó su nombre y casi le estallan los tímpanos. Sus ojos se abrieron de golpe y la parte superior de su cuerpo se sacudió hacia arriba, mareándole. "¡Valentino! Dime que ya estás en Londres y no en ese horrible lugar de Essex donde siempre te escondes".

Se empeñó en señalarle que no se estaba enterrando en Colchester, sino que la base del CIS era el único lugar de todo el reino donde estaba cien por cien a salvo de ella. Porque, afortunadamente, ella no sabía dónde estaba la base ni qué ocurría allí exactamente. Ella -y todas las demás personas que no eran clientes ni empleados de Cipriani International Security.

Por precaución, alejó el teléfono unos centímetros de su oreja y le contestó con voz reservada para ella: "Sé breve, madre, estoy ocupado".

Habría deseado buenos días a cualquier otra persona, después de que lo hubiera hecho el interlocutor. Valentino concedía gran importancia al comportamiento correcto, al respeto y a los modales educados. La gente que le mostraba respeto, como él se lo mostraba a ellos. Su madre no era una de ellas. Sólo lo veía como el mal hijo desagradecido que ella creía que era. Eso era todo.

"Podrías hablar con tu vieja madre respetuosamente".

"Y tú conmigo", murmuró medio en voz alta, esperando que ella lo oyera.

Obviamente lo hizo, porque jadeó audiblemente.

"Mañana hablaremos de cómo se comportan los hijos normales con sus madres".

Puso los ojos en blanco. Por mucho que le hubieran hecho ilusión estos días en Londres, se vestiría inmediatamente y conduciría de vuelta a Colchester si no tenía mañana la reunión con sus amigos, los dos directores generales y los demás altos cargos de Cipriani Ltd. Los seis estarían por fin allí al mismo tiempo y querían combinar negocios y placer y almorzar juntos en el Cipriani's de Kensington. Los seis estarían finalmente allí a la misma hora y querían combinar negocios y placer y almorzar juntos en el Cipriani's de Kensington. A la hora de comer, porque Dante y Damiano tenían una cita con un cliente importante por la tarde. Lo que encajaba perfectamente con los planes de Valentino. Por la tarde, de regreso a la sede de Colchester, se desviaría por la casa de sus padres en Dalston para intercambiar felicitaciones navideñas. Ni que decir tiene que no iba a pasar las Navidades con su familia. Pero su abuela quería verle, y como

era el único nieto, su padre tenía mucho interés en que cumpliera el deseo de su madre. "Tiene ochenta y dos años, Valentino, y sigue fuerte mentalmente. Nadie sabe cuánto tiempo más". Él mismo sabía que tenía que encontrar los pocos minutos para mirarse al espejo sin vomitar.

"¿Ni siquiera crees que vale la pena contestar a tu vieja madre?" Gritó tan fuerte que él pudo estirar el brazo y seguir oyéndola, aunque el altavoz no estaba encendido.

"Deja de quejarte, mamá. Si es eso de lo que querías librarte, ahora cuelgo y pienso si de verdad quiero ponerme a ir a verte mañana".

Pasó un segundo, luego otro. "No te atreverías", resopló.

"No tienes ni idea, mamá. ¿Es eso?"

Acercó el dedo índice a la pantalla para finalizar la llamada cuando ella gritó.

"¡No!" Su dedo se congeló en el aire. "Tu padre me dijo que te recordara el chocolate favorito de tu abuela. Cree que a ella le haría feliz".

Valentino se golpeó la cabeza. ¡Mierda! Maldita sea otra vez. Cuando le había dicho a su padre que saltaría por encima de su sombra y se pasaría por allí, había pensado inmediatamente en lo que le llevaría a su abuela. Incluso había garabateado la palabra Godiva en un post-it y lo había pegado bien visible en el tablón de anuncios frente a su escritorio... y se había olvidado de ello. Todo lo que tenía que hacer era hacer el pedido por Internet y enviar el paquete a su padre. En lugar de eso, tuvo que soportar la voz chirriante que decía cosas sin sentido.

Papá nunca le habría dicho a su madre que le llamara para contárselo. Si lo hubiera hecho, él mismo le habría mandado un mensaje. Pero no lo hizo, porque ni siquiera pensó que su abuela quisiera otra cosa que ver a su nieto.

"No lo hizo, mamá". Valentino habló en voz baja. Pero su voz sonaba tan helada que pensó que se le congelarían los labios al hablar. "La próxima vez que quieras hablar mal de mí, escíbeme un e-mail. Ya no estoy disponible para ti en mi teléfono móvil".

Le hubiera gustado tener uno de esos viejos teléfonos de baquelita y dejó el pesado auricular de golpe sobre el tenedor. En lugar de eso, tiró el móvil a la cama, se quitó el pantalón del pijama y la camisa y se duchó con agua helada durante tres minutos antes de poner el agua tibia.

Valentino amaba la paz y la tranquilidad, por activa y por pasiva. Siempre le había gustado. Uno de sus profesores se lo había descrito a su madre como reflexivo y maduro, diciéndole que todo estaba absolutamente bien con el entonces niño de trece años y que realmente no tenía nada de qué preocuparse. De hecho, debería estar agradecida por su hijo tranquilo e inteligente. Como solía ocurrir, se había sentido muy avergonzado porque la conversación había tenido lugar en su presencia. Aquella noche, le había rogado a su padre que prohibiera a su madre inmiscuirse en su vida.

Por supuesto, nunca había dejado de hacerlo, hasta que él alcanzó la mayoría de edad y emprendió el vuelo. Durante las primeras semanas después de ingresar en la RAF, había rezado en silencio todas las noches en acción de gracias por el hecho de que los particulares no tuvieran acceso a las bases militares de las fuerzas armadas británicas. Por poca intimidad que ofrecieran los barracones, donde él mismo compartía dormitorio por las noches con innumerables camaradas, todo era mejor que los años anteriores. Se había enterado de que su madre se había presentado en la puerta de la RAF Halton para visitarle durante sus diez semanas de entrenamiento básico el último día de la formación básica de aviador. Por desgracia, porque los días siguientes, que tuvo que pasar en casa de sus padres antes de poder desaparecer

definitivamente hacia el norte, a Anglesey, habían sido un infierno.

Por aquel entonces, había llamado a Riccardo Cipriani y le había pedido un encuentro privado. Habían pasado toda una tarde juntos, horas en las que Valentino le había hecho confidencias. Había hablado de su madre, cada vez más insoportable, de su padre, que a sus ojos no tenía agallas cuando se trataba de su mujer, y de su abuela, que desde la muerte de su abuelo se parecía cada vez más a su nuera. Y luego había dado las gracias a Riccardo por haberle puesto al frente de la parte comercial de la empresa, lo que le permitía distanciarse de su madre.

"Ha sido infeliz durante muchos años, pero desde que se dio cuenta de que no seguirías siendo un niño para siempre, las cosas han empeorado", había respondido el conciliador. "Tú eres su hijo y deberías conocer las razones de su comportamiento, Valentino. Cuando traje a Londres a tu padre, a tu tío y a mis otros dos amigos, años antes de elegir la ciudad como residencia principal para mí, Dante y Damiano, tu madre no quería abandonar Italia a ningún precio. Cualquier otra mujer se habría divorciado de ella, pero..."

Valentino se había reído. Su madre era la gitana más temerosa de Dios que conocía. Siempre llevaba consigo el rosario y él la había sorprendido varias veces de niño cuando se arrodillaba delante de su cama y rezaba. La palabra divorcio ni siquiera se le cruzaba por la boca.

"Me odia". Había respondido a Riccardo con un movimiento resignado de la cabeza.

"No, Valentino, te quiere tanto que no soporta perderte".

"Es mi madre, por el amor de Dios. ¡No soy de su propiedad!"

Años después, cuando Riccardo Cipriani ya no vivía, Valentino escribió estas palabras exactas a su madre. En el mensaje de texto con el que él había respondido al suyo al día siguiente del decimoctavo cumpleaños de Tamara, que estaba salpicado de acusaciones y terminaba con ella rezando por él y por su salvación para que no acabara directamente en el infierno.

Desde entonces, evitaba a toda costa el contacto con ella. Y cuando era inevitable que se encontraran, mantenía las distancias con ella y se aseguraba de que nunca estuvieran solos en la misma habitación. Sin embargo, ella se quejaba constantemente en cuanto le veía. Afortunadamente, desde el incidente en casa de sus tíos, cuatro años y medio atrás, eran tan raras que podía contarlas con los dedos de las dos manos. Aunque una seguía libre... hasta hoy. O, mejor dicho, hasta mañana.

Valentino apretó la mandíbula con fuerza y se agarró a la barandilla junto a la puerta del vagón. El chirrido de las ruedas del tubo le estaba volviendo loco. Aquel sonido penetrante le hizo pensar de nuevo en su madre. Así era exactamente como había sonado su voz cuando le había llamado. Que no habría tenido que oír si no hubiera cogido la maldita llamada sin comprobar la pantalla.

Sin embargo, habría olvidado el chocolate por su abuela. A quien respetaba. Cuando su abuelo aún vivía y los dos vivían en su propia casa, probablemente incluso los había querido. Había pasado mucho tiempo con ellos. Pero entonces Nonno había muerto, su abuela se había mudado con ellos, él se había hecho mayor, y cuando tenía casi diecisiete años, aquella frase de boca de Tamara lo había cambiado todo. Y ocho años después...

No importaba. Llorar sobre la leche derramada era inútil, como suele decirse. No se podía deshacer el pasado, había que vivir con las consecuencias. Pero eso no significaba que ahora, a los veintinueve años, no pudiera enterrar al menos temporalmente su rencor contra su vieja abuela y hacerla feliz.

Por ello, había cambiado su ropa informal por prendas urbanas más elegantes y había viajado

en autobús hasta Mile End. Allí había entrado en la estación de metro y tomado la Central Line. En Holborn había cambiado a la Piccadilly Line. Los transbordos y las aglomeraciones eran molestos, pero nunca era buena idea llegar en coche al centro de la ciudad, donde la búsqueda de aparcamiento solía llevar más tiempo que el trayecto. Pero en una tarde tan cercana a la Navidad, podría haber decidido con la misma facilidad hacer cola voluntariamente ante una Apple Store toda la noche antes de que saliera a la venta un nuevo iPhone. Ninguna de las dos era una opción para él, pero tal vez debería haberse arriesgado a quedar atrapado en el tráfico en un taxi en una de las calles sin carril para taxis. Si la tienda no abría a las once, habría llegado a casa a la hora de comer. En cambio, había estado entrenando y trabajando, y el tiempo se le había pasado volando. Si la tienda online tuviera la opción de entrega en el mismo día, ni siquiera habría tenido que salir de casa. Si... no se hubiera olvidado el chocolate. Y punto. No había nada más que decir.

El carruaje se sacudió como un tozudo macho cabrío, el tubo se dobló en una curva, las ruedas chirriaron. Una mujer con un niño pequeño en brazos se puso de pie y fue presionada contra él. El niño aulló. Valentino se preguntó hasta qué punto había que ser idiota para levantarse voluntariamente de uno de los pocos asientos del abarrotado metro antes de que el tren se detuviera. Aunque se lo preguntara, la joven madre no le daría la respuesta, y menos ahora que el tren entraba en la estación de Covent Garden. Respiró aliviado, antes de que la mujer volviera a apretujarse contra él, apoyando el pie en su zapato. No. No. No. Aunque el viaje a casa, a Hackney, durara horas, cogería un taxi.

Dejó pasar primero a toda la gente ajetreada y, al final, fue el primero en salir del histórico edificio de la estación hacia James Street, mientras subía las escaleras por delante de ellos, dando sólo un paso cada dos.

Covent Garden, Ciudad de Westminster, Londres.

La parte de Covent Garden immortalizada por Charles Dickens, que debía su nombre de Clare Market al conde de Clare, parecía vibrar. El mercado de carne fundado en el siglo XVI hacía tiempo que había desaparecido y el barrio estaba dominado por el lujo. A su alrededor y sobre sus cabezas, brillaban y resplandecían luces festivas y árboles de Navidad decorados. Turistas y lugareños se agolpaban ante los escaparates de tiendas exclusivas en las que muy pocos compraban. Valentino se apresuró a pasar junto a ellos por la parte trasera de la ópera, a través de la zona peatonal.

Tres minutos más tarde, abrió de un empujón la puerta de la elegante chocolatería. Valentino no era el tipo de persona que dejaría un filete por chocolate, pero las trufas de chocolate Godiva no tenían parangón. Su abuela le había metido en la boca la primera de esas trufas que se deshacían en la boca cuando ni siquiera sabía hablar correctamente, según decía. No recordaba el día, claro, pero el sabor sublime se le había quedado grabado. Cuando se comió una, inmediatamente cogió otra, y obviamente no fue el único.

La tienda del chocolatero belga zumbaba como una colmena. El intenso olor de las obras de arte chocolateras, que no sólo estaban envasadas sino que también se podían adquirir recién salidas del mostrador refrigerado, flotaba en el aire, y por todas partes la gente alargaba la mano en busca de los productos con el logotipo dorado. El hecho de que el jinete del caballo sobre el nombre Godiva estuviera desnudo había fascinado a Valentino durante muchos años, hasta que

se topó con la leyenda de Lady Godiva en un libro sobre mitos anglosajones. Ahora ni siquiera le dedicaba una mirada. Lo único que quería era comprar una de las trufas de chocolate negro y dorado más grandes, pagar e irse. O dos. Su vida útil era más bien corta, pero conociendo a su abuela, su chocolate favorito nunca sobreviviría a la fecha de caducidad.

Se sentía como una sardina en lata. Le tocaban, le daban codazos y le empujaban por todas partes. Valentino puso los pies en el suelo. Su altura le ayudó a encontrar su objetivo por encima de innumerables cabezas. Se abrió paso entre la gente con suavidad, pero con firmeza, cuando una mujer le agarró por el brazo. Apenas le llegaba a la barbilla y le miraba suplicante.

"Joven, ¿puede bajarme dos de esas cajas rojas? Soy demasiado pequeño".

Valentino asintió sin decir palabra y extendió el brazo. Antes de que la mujer le hubiera quitado el botín, una segunda le pidió ayuda. Cuando se le acercó una tercera, se miró confundido y se dio cuenta de que no iba vestido de vendedor. Claro que no. Sus vaqueros eran negros, al igual que sus zapatos, y su jersey de cuello alto era de lana de cachemira de color burdeos. Por encima llevaba su elegante abrigo largo de corte clásico hecho de lana virgen, su entrada en este viaje a la City. En la base de Colchester y en su vida cotidiana en general, sólo llevaba chaquetas. Pero eso no importaba ahora. Todo el mundo, o más bien todos, tenían que ver que era un cliente por el abrigo.

Puso la caja deseada en la mano de la mujer y cogió una para él. Si estos bombones estaban tan solicitados, se regalaría uno con un café cargado en cuanto estuviera de vuelta en casa. Valentino levantó los ojos de la caja roja de bombones, se apartó de la pared de estanterías y se puso rígido.

No le vio la cara.

No su cuerpo, que estaba cubierto por la gente que había entre ellos.

Sólo pudo ver su brazo levantado y la mano de dedos largos y finos que cogía una tableta de chocolate.

Su cerebro registró la rodaja de naranja en el elegante envoltorio de color naranja dorado. Le encantaba el chocolate con sabor a naranja. No se había dado cuenta, como de muchas otras cosas.

Sólo sabía una cosa. Quién era ella. Cómo se llamaba. Y que su cuerpo seguía reaccionando a su proximidad como una varilla de adivinación a una vena de agua.

Valentino no pensó. Empujó a una mujer sin mediar palabra, agarró por el codo a un hombre que le hizo un gesto con la cabeza y dio un paso atrás... y estiró el brazo.

Incluso antes de que sus dedos tocaran la manga de su abrigo, ella se dio la vuelta de un tirón.

Sus pupilas se dilataron.

Sus fosas nasales se estremecieron.

Sus ojos se encontraron con los de él.

Le brillaban los ojos.

Y entonces dijo una sola palabra con voz cálida y anhelante.

"Valentino".

Se inclinó hacia delante, le levantó la barbilla y le acercó la boca a los labios.

CAPÍTULO 9

Chocolatería Godiva.

Covent Garden, Ciudad de Westminster, Londres.

Tamara había salido de la Academia de Maquillaje Christine Blundell de North Kensington, pero en lugar de caminar hasta la cercana estación de Latimer Road y coger la línea Hammersmith para volver a casa, como de costumbre, había caminado hasta la parada del autobús. En el último momento, antes de que el conductor pulsara el botón para cerrar las puertas, había saltado dentro y se había hundido en el asiento más cercano.

Le encantaban los cursos que impartía la ganadora de un Oscar por el maquillaje de la película *Topsy-Turvy* desde que terminó su formación básica como maquilladora, o MUA para abreviar. Pero hoy estaba entusiasmada. Las técnicas necesarias para los efectos especiales iban más allá del alcance de una maquilladora. Se había pasado horas trabajando con sangre falsa, transformando al modelo masculino en un hombre gravemente herido.

"El resultado del trabajo de Tamara es fenomenal", había anunciado Christine en voz alta. Se había sonrojado y se había alegrado mucho por el elogio. Hasta que un participante del curso, que la había mirado con odio desde el primer día, chocó con ella enfadado y le siseó "sucia gitana" al pasar. Por mucho que deseara ser por fin inmune a aquella hostilidad racista, no lo conseguía. A los veintidós años, hacía tiempo que había madurado y había adquirido una armadura, una piel gruesa que la protegía de los ataques tanto de extraños como de su propia familia. Prefería evitar a su tía y a su tía abuela, las dos mujeres de la familia Reyes, y casi siempre lo conseguía. Sin embargo, no sólo en la academia de maquillaje, sino en el entorno profesional en general, esto desgraciadamente no funcionaba en absoluto. Tenían que encontrar la manera de llevarse bien durante el rodaje, o durante un curso de formación.

Pero quizá sólo se sentía frustrada porque, aunque nunca le había pedido expresamente a Christine Blundell que no mencionara su origen, había dado por sentado que la mujer mayor a la que consideraba su mentora no lo haría. Pero alguien que había dejado su huella en Hollywood hacía muchos años, donde la integración y la aceptación eran la norma y a la gente se le daba una oportunidad independientemente del color de la piel, la raza o la religión, no encontraba nada malo en ello. Así que Tamara no podía culparla, pero tenía que hacer algo con la rabia que sentía en el estómago. Y nada mejor que el chocolate negro con trocitos de naranja sanguina de Godiva.

Pensar en ello había sido suficiente para sobrellevar el angustioso cuarto de hora en el que el autobús se detuvo nueve veces y la gente subió y bajó. En Hammersmith, había sido la primera en salir y había entrado en la estación de metro. Se había apretado el bolso contra el pecho, había visto la cuenta atrás digital para la salida de la línea Piccadilly en dirección a Cockfosters y había bajado literalmente volando las escaleras hasta el andén. Había conseguido saltar al vagón justo cuando sentía la corriente de aire de las puertas neumáticas cerrándose a su espalda. Y luego tuvo que soportar dieciocho interminables minutos de pie en el abarrotado tren y parando en diez estaciones de metro antes de poder bajarse por fin en Covent Garden. Para entonces estaba demasiado agotada para subir las escaleras, pero no habían transcurrido ni cinco minutos cuando abrió de un empujón la puerta de Chocolaterie Godiva.

Su abuela describía los bombones de la Colección de Oro de la chocolatería belga, considerada

una de las mejores del mundo desde hacía casi un siglo, como la segunda mejor cosa que el buen Dios permitía a la humanidad como un pequeño pecado. Lo mejor, en cambio, eran las ventajas físicas de los hombres, a las que no renunció ni siquiera tras la muerte del abuelo de Tamara. Afirmaba regularmente con un guiño. Tamara no quería saber si era cierto o no. No compartía esta predilección con su frívola nonna, pero amaba aún más el chocolate. Empezando por el envoltorio, que hacía de cada producto Godiva una delicia incluso antes de abrirlo. Así pues, se dirigió hacia su chocolate favorito entre las numerosas personas que se agolpaban frente a las estanterías y debió de permanecer allí un minuto o dos antes de levantar la mano.

Tamara hizo una pausa en su movimiento.

Ninguna razón, porque nada parecía haber cambiado en absoluto.

Se oían las voces de la gente de la tienda.

El olor a chocolate que siempre se respiraba aquí.

Y ... El lado izquierdo de su cuerpo se calentó. Sentía como si alguien hubiera colocado una estufa a su lado. Una fuente de calor que también producía extrañas vibraciones.

Tamara se dio la vuelta de un tirón.

Una oleada de electricidad helada e hirviente recorrió su cuerpo.

Atónita, se quedó mirando al hombre que era aún más atractivo, aún más sensual, aún más impresionante de lo que había sido a los veinticinco años, la última vez que se había acercado tanto a ella.

Las yemas de sus dedos empezaron a hormiguear.

Cerró los dedos en puños, se clavó las uñas en las palmas de las manos para sentir algo más que ese increíble anhelo de apoyarse en su pecho y rodearlo con los brazos.

El dolor de no poder hacerlo le hizo llorar.

Y entonces, aunque sabía que no debía hacerlo, que debía darse la vuelta y huir de la tienda, abrió los labios y pronunció su nombre.

"Valentino".

Aún quedaba entre ellos la última vocal cuando él se inclinó hacia delante, le agarró suavemente la barbilla con dos dedos, la levantó y posó sus labios sobre los de ella.

La razón y la sinrazón están muy unidas. Los acontecimientos que habían llevado a su tía a darle la espalda, llamándola la tentación personificada y generando así la ira y el odio que habían dividido a sus familias, eran la prueba. En el fondo, Tamara sabía muy bien que no debía ceder a la suave presión de sus labios. Pero en lugar de apartarse de él, abrió la boca y acercó la punta de la lengua a la de él.

Como una bola de fuego, el calor recorrió desde donde se tocaban hasta el último rincón de su cuerpo. Un deseo primitivo, nunca olvidado, la inundó. Sintió la humedad entre sus muslos, la aceleración de su corazón, gimiendo en su boca mientras Valentino acariciaba la suya con la lengua. Exploró cada rincón, lamiendo y chupando, deslizándose por el interior de sus mejillas mientras le acariciaba la cara. Ella tembló y se estremeció. Levantó los brazos. Se puso de puntillas, se agarró a su cuello y cedió a la suave presión de sus manos, que inclinaron su cabeza para que él pudiera penetrarla aún más profundamente.

"Niña, yo también fui joven y estuve enamorado una vez, pero hay cosas que no se hacen en público...".

"Consigue una habitación", una voz masculina interrumpió a la mujer.

Tamara echó la cabeza hacia atrás.

Valentino le sostuvo la cara con suavidad pero con firmeza. "Déjales hablar. No estamos haciendo nada malo".

Tamara jadeó y le miró horrorizada. "¡Sí, Valentino! Sí, ¡eso es exactamente lo que estamos haciendo!".

Sus pupilas se dilataron, pero ella reconoció los destellos dorados en el estrecho anillo de sus iris marrón oscuro.

Se inclinó más cerca para que sólo ella pudiera oírle. "No, eso no es verdad. Y tú lo sabes".

"Pero..." Se interrumpió. Claro que lo sabía. La Biblioteca Nacional estaba llena de libros y material digitalizado sobre textos jurídicos de todo el mundo. A los quince o dieciséis años, había devorado todo lo que pudo encontrar sobre marginación racial y de cualquier otro tipo y sobre discriminación de la mujer en diferentes culturas. Tras su decimoctavo cumpleaños y el fin de la estrecha relación entre las familias De Marino y Reyes, había vuelto a pasar muchas tardes allí, leyendo innumerables tomos sobre derecho de familia. Así que sí, sabía lo que decía la ley... y lo que decía Lucrezia Reyes. Su tía. La madre de Valentino.

Se mordió el labio inferior y lo soltó. "Está mal".

Vio un ligero tic bajo el ojo de Valentino, pero hasta ahí llegó. Cuando por fin le contestó después de interminables segundos, lo hizo con voz tranquila y controlada, sin responder en absoluto a su observación.

"¿Querías una tableta de esto?" Extendió la mano hacia la estantería y cogió su chocolate favorito.

Ella asintió, corrigiéndose a sí misma. "¿Mejor dos?"

Las líneas de la risa en las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas. "No sabía que te gustaba picar".

Hay muchas cosas que no sabes de mí. Contuvo el suspiro que le salió de la garganta con un carraspeo. "Esta mezcla de chocolate negro y naranja sanguina es el alimento de mi alma".

"¿Comida para el alma?" Frunció el ceño.

"Lo que te ayuda a relajarte después de un día duro".

"¿Has tenido un día duro?"

Ella respondió con un gesto desdenoso. "La verdad es que no. En realidad, era bueno, muy bueno. Hasta que alguien me dijo una estupidez, pero no importa. Sólo lo usé como excusa para venir aquí".

"Primero se besan, ahora charlan y estorban".

Valentino giró la cabeza tan rápidamente hacia el hombre que refunfuñaba a media voz junto a ellos que retrocedió asustado. Tamara agarró espontáneamente el brazo de Valentino y lo sujetó por la muñeca. En lugar de decir nada, tragó saliva. Ella observó fascinada el movimiento de su nuez de Adán y tragó saliva también. Era increíblemente atractivo. Tan varonil. Tan...

"Vamos, Tamara."

Parpadeó y le miró.

"¿Nosotros? ¿Tú y yo juntos?"

"Habla de eso fuera". Sacudió la cabeza casi imperceptiblemente. "¿Necesitas algo más?"

"La verdad es que no. Pero ya que estoy aquí, podría llevarme un paquete de Gold Collection".

Aunque Valentino no dijo nada, ella vio su expresión cambiar. Como si estuviera reprimiendo una pregunta. Así que añadió a modo de explicación: "Para mi abuela. Son sus bombones favoritos".

La miró sin comprender. "Lo sé. A mi abuela, en cambio, le encantan las trufas de chocolate. Por eso he venido".

"Oh."

No supo si él la había oído, porque de repente ya no estaba junto a ella. Le siguió con la mirada y le vio coger dos de las cajas de trufas negras y doradas de una estantería antes de coger la dorada más grande de la de al lado. La levantó y se volvió hacia ella, mirándola interrogativamente. Este fue el momento en que Tamara deseó poder vivirlo una y otra vez en un bucle sin fin. Este momento de normalidad. Valentino y ella juntos en una tienda, como si fueran una pareja comprando regalos de Navidad como tantas otras.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta conscientemente fue de que salían de la chocolatería uno al lado del otro antes de que él se detuviera junto al escaparate y levantara una de las dos bolsas. "Esto es tuyo".

Tamara negó con la cabeza.

Frunció el ceño, se inclinó hacia delante, echó un vistazo a la bolsa, asintió y levantó la vista. "Sí, dos tabletas de tu chocolate favorito y los bombones para tu abuela".

Suspiró: "No me refería a eso".

"¿Pero?" Alzó las cejas interrogante. Cielos, incluso de niña siempre había tenido palpitaciones cuando él estaba cerca de ella. Pero ahora su corazón se aceleraba como un tren expreso sobre las traviesas del ferrocarril.

"¿Así que sólo vas a poner esta bolsa en mi mano y ya está?"

Valentino evitó su mirada. "No es cuestión de querer".

¿Había gruñido así antes al hablar? ¿O había tenido algún problema al mirarla?

"¿Crees que desapareceré si miras hacia abajo, Valentino?"

Levantó la cabeza. Su mirada era confusa, triste y anhelante al mismo tiempo. Expresaba todo lo que ella sentía.

"La voz de la razón me susurra que no debemos complicarlo más de lo que está".

El corazón le dio un vuelco. "¿Y el otro?"

"¿Cuál, Tamara?"

"¿El irrazonable?"

"¿Qué te hace pensar que existen?" Ahora sonaba ronco.

"No estoy segura, pero he pasado mis noches durante años imaginando que no soy sólo yo quien siente algo por ti, sino tú también..." No continuó.

Valentino se rió. Sonaba como el graznido de los cuervos de la torre.

De repente, le lloraron los ojos. Al parecer, la temperatura había bajado ahora que la luz del día había desaparecido.

"Tienes frío". Valentino se colocó frente a ella de modo que quedara entre el escaparate y él.

"Sí, lo será". Sonaba insolente. No le importaba. Mejor así que llorando. Se acercó el bolso al pecho y lo abrió. "Dame mi bolso, por favor, y dime cuánto has pagado. Quiero saldar mi deuda".

"¡Tamara!" Siseó fuerte.

"¿Qué?", le ladró.

"¡Basta!"

"¿Con qué?" Su voz sonaba chillona.

"Fingiéndote daño".

Se le oprimió el pecho.

Bajó la cabeza, mirándose las puntas de las botas. Luego movió la cabeza negativamente justo cuando Valentino levantó la mano.

Su pulso empezó a temblar. Como había hecho en la tienda cuando se plantó delante de ella tan de repente, le agarró suavemente la barbilla y se la levantó hasta que sus ojos se encontraron. Tamara contuvo la respiración.

"La última vez que actué por puro instinto fue hace años. Lo que hice entonces afectó a mucha gente, como ambos sabemos muy bien. Especialmente en nuestras familias. La tuya y la mía. Así que lo que te estoy sugiriendo ahora es completamente irrazonable. Pero no puedo verte de pie frente a mí, congelado, porque no quiero dejarte ir, mientras actúas como si fueras a desaparecer en cualquier momento, aunque ambos sabemos que no lo harás".

El monedero que había estado buscando a ciegas en su bolso y que por fin tenía entre los dedos se le escapó de las manos.

"Eso no es verdad."

"¿Y qué?" Le soltó la barbilla y bajó la mano.

"Que sólo tú actuabas instintivamente entonces. No era así".

"Probablemente podríamos discutir esto durante horas. Y deberíamos hacerlo. Especialmente después de lo que pasó antes..."

Ella le interrumpió frenéticamente. "¿Te refieres al beso?"

Respiró hondo, cerró los ojos y volvió a abrirlos. "Sí. Creo que por fin deberíamos hablar de ello. Pero no aquí con este frío glacial. Vayamos a una cafetería".

Frunce el ceño. "¿Crees que es una buena idea?"

"¿No quieres hablar?"

Tamara se mordió la lengua. ¿Habla en serio? Aceptaría cualquier cosa que él le ofreciera con tal de que lo hicieran juntos. Lo principal era que pudiera mirarlo a los ojos, oír su voz, respirar su aroma.

"Sí, claro que sí. Pero no en cualquier bar del centro. No te imaginas a cuántos conocidos de mis padres ya he conocido aquí. No es buena idea".

"Tampoco estando aquí, por no hablar de lo que ambos hicimos antes..." Se interrumpió y señaló la puerta principal de la chocolatería, volviéndose hacia ella. Con un gesto despectivo, cambió de tema. "Si hubiera venido en coche, te llevaría a casa y podríamos hablar durante el trayecto. Pero cogí el metro para evitar el caos de tráfico prenavideño. ¿Tienes alguna idea?"

Tamara frunció el ceño. "Quizá deberíamos sentarnos en el bar de un hotel. Allí no encontraremos a nadie que nos conozca, ¿no crees?"

En lugar de responder con palabras, la cogió de la mano y empezó a andar. Ella se detuvo de un tirón. Y él también.

"¿Adónde vas?"

"Nosotros", la corrigió él, "al Savoy".

"Estás loco. Esto es mundialmente famoso y el American Bar del Savoy no sólo es popular entre los turistas".

"Y tan escandalosamente caro que los amigos de nuestros padres no irán. Créeme".

CAPÍTULO 10

Valentino seguía cogiéndole la mano con fuerza. A diferencia de él, Tamara se había puesto guantes, pero él aún podía sentir el calor de sus dedos. Se prohibió a sí mismo pensar en cualquier razón por la que pudiera estar mal cogerle la mano cuando se sentía tan bien. Se concentró por completo en aquel momento fugaz, que estratégicamente trató de prolongar. Quería estirarlo como una goma elástica superresistente que no se rompiera ni siquiera bajo una tensión extrema. No es que la ridícula distancia entre la chocolatería y el Savoy le llevara más de unos minutos. Pero era un comienzo para pasar al menos un poco de tiempo juntos, aunque, según su madre, no tuvieran derecho ni a una fracción de segundo.

Durante años había intentado olvidar a Tamara, pero eso era sencillamente imposible. Las conexiones entre ellos eran innumerables. Sus abuelas eran hermanas. Sus padres eran primos. Tommaso, el hermano de Tamara, era uno de sus mejores amigos, con quien se reunía tan a menudo como le era posible, dadas sus frecuentes estancias en el extranjero. Se encontraría con él mañana, así como con los otros cuatro amigos, a los que quería como a hermanos. Todos vivían y trabajaban para Cipriani Ltd. El holding había superado por primera vez los mil millones de libras de facturación el año anterior, lo que había llevado a Dante y Damiano Cipriani a la escena pública como únicos propietarios. Los dos hermanos de raíces italianas aparecían ahora regularmente en los medios de comunicación, y no sólo en los de negocios, lo que hacía cada vez más difícil mantener el secreto de sus orígenes... y les afectaba a todos.

Los seis habían aprendido desde pequeños a separar su verdadera naturaleza, la de los fogosos y emocionales Gipsys, de la que demostraban en el exterior. Dante y Damiano eran empresarios, habían asistido a colegios públicos exclusivos y ambos se habían graduado en la Universidad de Oxford como los mejores de su clase. Stefano, Tiziano, Tommaso y él mismo, los cuatro altos directivos de Cipriani Ltd, no tenían nada que envidiarles. Todos trabajaban mucho más de sesenta, a menudo setenta horas a la semana, y les encantaba lo que hacían. Era estimulante que el plan que Riccardo Cipriani tenía en mente para los seis se hubiera materializado mucho antes de que hubieran salido de su infancia. La realización ya había comenzado con sus padres, los amigos que el conciliador había traído a Londres desde Italia y convertido en empresarios. Así que ninguno de sus hijos había crecido en la pobreza, pero ni siquiera Riccardo Cipriani, que podía permitírselo, había cumplido todos los deseos de sus hijos. Al contrario. Todos ellos apreciaban el valor del dinero, incluso hoy, a pesar de que ganaban más en un año que otras personas en toda su vida.

Sin embargo, Valentino sólo disfrutaba del lujo en su entorno profesional, aparte de su coche, que era realmente caro. Hace seis años. No sentía ninguna necesidad de cambiar su Lexus por un modelo más nuevo. Su casa de Hackney no era una mansión de lujo y los objetos cotidianos, como su bolígrafo favorito o su teléfono móvil, estaban al alcance de todos. Pero no necesitaba mirar los extractos de su asesor de inversiones para darse cuenta de lo privilegiado que era. También le gustaba alojarse en los mejores hoteles del mundo cuando él y los demás hacían de guardaespaldas para el alias de Damiano, el misterioso bailar de flamenco Jorge, famoso en todo el mundo. Disfrutaba de las comodidades de los jets corporativos como pasajero y le encantaba pilotar los distintos helicópteros del CIS. Al igual que, gracias a Dante y Damiano, había aprendido a apreciar los zapatos cosidos a mano y los trajes a medida que podía permitirse

sin pestañear.

Por eso Valentino no echó un vistazo a ninguna de las lujosas limusinas que recorrían a paso de hombre el ancho camino de entrada desde el bulevar Strand hasta la imponente entrada principal del Savoy. Estaba tan ocupado saboreando las increíbles vibraciones que le había provocado ir cogido de la mano de Tamara que sólo reparó en la multitud de gente cuando ella le apartó la mano de un tirón.

Se detuvo bruscamente y se volvió hacia ella. "¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?"

Sacudió la cabeza y asintió: "¿Seguro que es una buena idea?". Señaló hacia el hotel.

Su mirada siguió el dedo extendido de Tamara. Estaban a unos treinta metros de la entrada principal. La marquesina de plata reluciente, coronada por la estatua dorada del conde de Saboya con su armadura medieval, sobresalía y ocupaba toda la anchura del camino de entrada.

Los coches que llegaban llegaban hasta el hotel, daban media vuelta en la rotonda con la fuente, se detenían para dejar bajar o subir a los huéspedes. A continuación, los conductores utilizaban el otro lado de la carretera para volver a la playa.

Un hombre acaba de bajarse de un Rolls-Royce color crema. Se encendieron unas luces intermitentes. Como estaba de cara al hotel, Valentino no pudo verle la cara. No tenía ninguna gana de saber quién era.

"Sea quien sea el tipo, no importa, ¿no crees?"

La mirada de Tamara revoloteó brevemente hacia la entrada del hotel antes de contestar. "Por supuesto, tampoco me refería a él".

Valentino asintió. "Lo sé.

Tamara dejó escapar un suspiro. "Lo siento. Debes pensar que soy una histérica".

Cedió a la sonrisa que se dibujaba en la comisura de sus labios y se inclinó hacia delante. "No sabía que lasocas fueran tan bonitas. ¿Eres de un tipo especial?"

Tamara le golpeó la parte superior del brazo, riendo. "No has cambiado nada, sigues tomándome el pelo como antes".

De repente se puso serio. Un poco, porque los tiempos despreocupados habían quedado muy atrás, pero sobre todo porque él era el culpable de que no se hubieran llevado esa ligereza y felicidad a la edad adulta. Tamara pudo leer sus oscuros pensamientos, porque no dijo nada. En lugar de eso, le cogió la mano que le quedaba libre y tiró de él.

En lugar del llamativo Rolls-Royce, se detuvo un Bentley negro. Un hombre se apea de él y es recibido por una ráfaga de flashes.

Valentino decidió pasar junto a los fotógrafos de la izquierda, donde había un poco más de espacio. Soltó brevemente a Tamara, cambió las dos bolsas de bombones a su otra mano y volvió a alcanzarla. Cuando estuvieron a la altura de la fuente, quedó cegado por el flash de las cámaras. En cuanto sus pupilas volvieron a dilatarse, vio a un hombre canoso que entraba en el hotel por la puerta giratoria de la derecha. Valentino se dirigió a la de la izquierda, puso la mano en la parte baja de la espalda de Tamara y le dio el visto bueno.

Valentino ya había cenado varias veces con Dante y sus clientes en uno de los dos restaurantes del hotel, dirigido por el chef Gordon Ramsay, galardonado con una estrella Michelin. Por tanto, también conocía el mundialmente famoso American Bar, que había protagonizado innumerables películas y novelas... pero ese no era su destino.

Se volvió hacia Tamara, cuyas mejillas tenían un brillo rojizo debido al cambio del frío al calor. Era encantadora. Se mordió las ganas de inclinarse hacia delante y besarla.

"El Savoy es famoso por su té de la tarde. ¿Te apetecen bollos y crema?"

"Aquí hasta un vaso de agua del grifo sabe a oro puro. Por no hablar de que probablemente cueste lo mismo". Su mirada se deslizó por el suelo de mármol blanco y negro a cuadros hasta una de las columnas del vestíbulo.

Valentino rió suavemente, volvió a cogerla de la mano y se dirigió a la entrada del vestíbulo del Támesis. El empleado les informó de que, por desgracia, llegaban demasiado tarde. Los invitados debían tomar asiento a las cinco menos cuarto como muy tarde y tenían hasta las dieciocho para el té de la tarde.

"¿Dónde podemos tomar un café?"

El hombre frunció el ceño y se lo pensó. "El Bar Beaufort está cerrado hoy, pero volverá a abrir mañana. Puede probar en el American Bar, pero no estoy seguro..."

Valentino le hizo un gesto para que se fuera. Tamara le siguió sin decir palabra. Dos porteros de hombros anchos estaban a la entrada del American Bar, donde Winston Churchill era cliente habitual y se decía que Ernest Hemingway solía darse un atracón. Una mujer de mediana edad sentada en una mesita se levantó.

"¿Cuál es su nombre, por favor, señor?"

"No hemos hecho ninguna reserva".

"¿Así que no eres periodista?"

Valentino frunció el ceño. "No."

"Señor, hay una rueda de prensa, pero después nuestro bar volverá a estar abierto, hoy sin reserva. Eso será así dentro de una hora. Mientras tanto, puede pedir algo a su habitación o traer la cena. También estarán encantados de servirle allí un aperitivo. Nuestros dos restaurantes ya están abiertos, pero consulte en recepción si hay alguna mesa disponible. Algunos huéspedes prefieren cenar temprano. Eso es ..."

Valentino sólo había oído una palabra y supo al instante dónde podrían hablar Tamara y él sin ser molestados en absoluto y, desde luego, sin ser vistos por nadie. Asintió con la cabeza a la mujer, que evidentemente estaba dispuesta a dar más información, y se alejó. Tamara se había quitado los guantes al entrar en el hotel. Su mano parecía brillar en la de él. Él ardía por dentro. No podía mirarla sin sentir el deseo de besarla.

Por eso lo que quería hacer era la idea más estúpida del día, de la semana, del mes... Mandó a su molesto subconsciente a la mierda.

Dejó de caminar y se volvió hacia Tamara. "Espérame aquí un momento".

Tamara le miró. "Para ser honesta, no tengo hambre, todavía es temprano".

Respiró hondo. Por supuesto, supuso que él haría lo que el empleado del hotel le había sugerido con respecto a los restaurantes. Si él fuera ella, haría lo mismo.

"Deja que lo haga yo". Tuvo que contenerse para no tocarle con ternura la mejilla sonrojada o rozarle con los dedos el mechón de pelo que le caía sobre la cara por detrás de la oreja. Valentino cogió las bolsas de chocolate. "¿Puedes guardarlas un momento, por favor? Enseguida vuelvo".

No le explicó que quería tener las manos libres para sacar la cartera y firmar la solicitud.

Lo que hizo después de aclarar en recepción que no había ningún problema con que el Savoy estuviera casi lleno y que sólo le podían ofrecer una suite junior. En cuanto depositó su tarjeta de

crédito negra sobre el mármol negro grisáceo del mostrador a la altura de la cintura, todo fue muy rápido.

"¿Dijiste que había problemas con tu equipaje?"

Valentino asintió y se metió la cartera en el bolsillo interior.

"Si usted y su esposa necesitan algo más que los artículos de cortesía que encontrarán en la suite, pueden ponerse en contacto con nuestro personal shopper hasta medianoche y de nuevo a partir de las seis de la mañana, señor Reyes". El hombre colocó dos tarjetas llave sobre el mostrador. "Un botones le acompañará arriba".

Valentino se resistía a rechazar la oferta. No era una oferta, era la costumbre. Querían asegurarse de que los huéspedes no tuvieran ningún problema con todos los botones e interruptores que controlaban las luces, el aire acondicionado, el oscurecimiento y cualquier otra cosa. Pero había algo contra lo que podía trabajar, entre otras cosas porque no tenía ninguna intención de pasar aquí toda la noche, ni siquiera de utilizar la cama.

"Por favor, avisa al servicio de limpieza que no hace falta hacer las camas. No sé si volveremos a salir de la habitación. Probablemente pediremos servicio de habitaciones".

"Por supuesto, señor. Le deseo una agradable estancia".

Pedían té, café o lo que Tamara prefiriera al servicio de habitaciones, y charlaban. Ella seguía viviendo con sus padres. Al menos él no había oído nada en contrario en las conversaciones de los jueves que pasaba en el campo con sus amigos. Valentino nunca preguntaba por Tamara. Ni siquiera por su hermano. Así que sólo sabía lo que Dante, Damiano, Tiziano, Stefano y Tommaso decían de sus familias. Nunca hablaba de la suya, y ninguno de los otros le hacía preguntas. Igual que callaron lo ocurrido en casa de los De Marino el día en que Tamara alcanzó la mayoría de edad. Incluso las personas que no habían estado allí, como los padres de Stefano y Tiziano, sabían lo que había ocurrido. Su madre se había asegurado de ello. Ahora sí que no quería pensar en ella.

El botones se acercó y cogió las llaves. "Le espero junto al ascensor, señor".

Valentino asintió y se dio la vuelta. Tamara estaba más cerca de lo esperado. Probablemente había oído lo que él y la recepcionista habían dicho, porque le dirigió una mirada insegura. Valentino enderezó los hombros y se acercó a ella.

De pie frente a ella, se inclinó hacia delante y habló en voz baja. "Te lo explicaré todo en cuanto estemos solos".

El hecho de que ella asintiera sin replicar le tranquilizó. Le agarró el codo y le tendió la mano para quitarle las dos bolsas.

"¡Pero cariño!" Tamara le sonrió dulcemente. "Yo puedo llevarlos, no pesan tanto". Le lanzó una mirada que sólo podía significar una cosa entre una mujer y un hombre.

El corazón amenazaba con salirse del pecho. No por la sonrisa. Fue esa palabra la que le dejó sin aliento y le hizo desear que nunca se la dijera a otro hombre.

CAPÍTULO 11

Hotel Savoy. City of Westminster, Londres.

Tamara no podía pensar en otra cosa que en el hecho de que se quedarían solos en la suite en cuanto desapareciera el botones. Valentino y ella. Sólo ellos dos.

Por supuesto, no se había quedado en el lugar donde Valentino le había dicho que le esperara. Le había seguido por el vestíbulo hasta la recepción y se había detenido a unos pasos de él. Le había oído explicar al hombre que él y su mujer -¡la había llamado su mujer! - habían vuelto un día antes de lo previsto tras una larga estancia en el extranjero. Que su casa había sido reformada y que hasta mañana no tendrían calefacción y estarían listos para entrar a vivir. Y que, para colmo de males, su equipaje se había perdido al cambiar de avión y la compañía aérea le había informado de que, lamentablemente, no la esperaban hoy. Había mentido sin pestañear y ni siquiera había comentado el precio de la suite, sacando en su lugar una tarjeta de crédito negra.

Tommaso también tenía uno. Su hermano le había explicado que formaba parte de su trabajo como gerente de Cipriani Ltd, igual que los vuelos en los jets de la empresa. Pero esto no eran negocios. Pagar mil quinientas libras por una habitación en el Savoy sólo porque el té de la tarde ya había terminado, un bar estaba cerrado, había una rueda de prensa en el segundo y Tamara no quería cenar tan temprano era una absoluta locura. Excepto que...

"¿Cariño?" Su voz sensual vibró. El cariñoso apelativo llegó hasta ella como una nube, y su cuerpo reaccionó con un temblor. Levantó la cabeza. Él sonreía. El botones, que incluso les había explicado los interruptores de la luz, estaba ahora a su lado en el amplio pasillo sin puertas en forma de L de la suite, al final del cual estaba la puerta. "¿Qué le apetece tomar? ¿Té, café, algo más?"

Tamara dijo lo primero que se le ocurrió. "Un capuchino, por favor".

"¿Algo de comer?"

Sacudió la cabeza.

Valentino se volvió hacia el botones. "Vamos a por un capuchino y un espresso".

"El servicio de habitaciones estará aquí en diez minutos a más tardar, señor."

Valentino deslizó la mano bajo el dobladillo del ajustado jersey de la espalda y sacó un billete doblado del bolsillo de sus vaqueros, que entregó al chico, que difícilmente podía tener más de dieciséis años. Hizo una breve reverencia. "Le deseo una agradable estancia, señor". Giró la cabeza en dirección a ella y volvió a inclinarse. "Señora".

Sus zapatos no hacían ruido en el suelo de piedra. Oyó abrirse la puerta y, poco después, el chasquido de la cerradura al cerrarse desde fuera.

La tensión se desprendió de ella. Abrió los brazos, se dio la vuelta con una floritura y se dejó caer en el sofá de terciopelo marrón junto a su abrigo. Sus manos se aferraron a los mullidos cojines y soltó una carcajada.

"Eso es..." Casi se ahoga de la risa y respira hondo. "Es lo más loco que me ha pasado nunca". Sólo ahora giró la cabeza para mirar a Valentino.

Lo cual era superfluo. Porque él estaba con ella en dos pasos, la levantó y la abrazó. Ella respiró su aroma. Por el que le reconocería incluso entre cientos. Eso era lo que le faltaba. Le hundió la nariz en el hombro. Sintió los duros músculos de la parte superior de su cuerpo. Se dio

cuenta de que él también se había quitado el abrigo. Fue más consciente de su presencia que nunca. Nunca antes. Desde que era adulta. Una mujer. La versión adulta de la pequeña Tamara, a quien Valentino había amado con todo su corazón, ...

Le cayó como un rayo.

Ella levantó la cabeza para mirarle. Tirando de sus hombros hacia atrás sin romper la conexión entre ellos. Lo que empujó su pelvis hacia delante. Contra él. Ella se congeló. Estaba duro. Su...

Los párpados de Tamara se agitaron. Abrió los labios. No salió ni un sonido. Lamió con la lengua el superior.

La respiración de Valentino pareció detenerse. No movió ni un músculo. No se alejó ni un milímetro ni se acercó. "I..." Se interrumpió, tosió. "Tomé la habitación porque era la única manera de que habláramos en paz". Habló rápido, frenéticamente.

Ella sólo entendía el significado porque podía leer las palabras en sus labios. En los que ella miraba fijamente. Ese labio inferior grueso que contrastaba con su prominente mandíbula. Que se sentía tan increíblemente suave cuando él tocaba su boca...

Tamara lo miró a los ojos. "¿Esa es la versión para mí, Valentino, o la que utilizas para convencerte de que no hay una cafetería, salón de té o bar a unos cientos de metros donde podríamos haber hecho esto?".

Era inevitable. Como la noche de su decimoctavo cumpleaños. Como hoy, cuando de repente se plantó delante de ella en la chocolatería.

No sabía cuál de los dos acertaría antes la distancia entre sus rostros.

Excepto que el impacto de sus bocas la hizo sentir como si fuera a implosionar. La presión del exterior, los labios de Valentino, su lengua, sus dientes, era tan fuerte que su cuerpo se desintegró en millones de partículas antes de recomponerse en una fracción de segundo... y unirse al de él en el proceso. Como si ya no fueran dos objetos separados, sino uno solo. Siempre había pensado que Valentino y ella se habían separado infinitamente hacía mucho tiempo y orbitaban como planetas, a la espera del big bang que los despistara a ambos y los impulsara el uno hacia el otro y los uniera. Pero esto era mucho más. Poderoso. Vehemente. Devastador y justo.

Tamara le rodeó el cuello con los brazos. Absorbió su aroma. Se acercó aún más a él, si es que eso era posible. Sintió... todo. Un gemido escapó de su boca hacia la de él. El beso fue... épico. Tamara no tenía con qué compararlo, especialmente con ningún otro hombre, pero aunque lo hubiera hecho... De los tres besos de su vida, éste fue el más increíble, el más intenso, el más embriagador. Era perfecto. Valentino se había superado. Cada vez. Ella quería más. Más de él. Ella finalmente quería ...

Sonó la campana. Las campanadas del cuarto de hora del Big Ben llenaron su cabeza. La habitación. Y Valentino soltó sus labios de los de ella, jadeó "El café", la soltó y desapareció. Las piernas de Tamara cedieron. Se desplomó sobre sí misma. Sintió algo suave bajo el trasero. Se hundió en el sofá. Se echó hacia atrás. Giró la cabeza.

Valentino se había ido.

Oyó abrirse la puerta de la suite.

Voces silenciosas.

Un "gracias".

Su pulso, ya de por sí acelerado, se aceleró aún más.

Apareció en el pasillo.

Un gemido escapó de sus labios.

Él era... todo. Aún lo era. Incluso después de todas las cosas terribles que habían pasado. Las crueles palabras de su tía. Los suaves sermones de su tía abuela. Los intentos de mediación de su abuela, que había tratado de pegar la estructura hasta entonces inquebrantable de una familia extendida que de repente se había roto en dos. Intentó arreglar lo que no se podía arreglar. Esta unidad se basaba en el estrecho vínculo entre las hermanas gemelas, que habían convencido a sus maridos de que siguieran a sus dos hijos a Londres para evitar separarse. Un solo beso había hecho añicos esta estructura tallada en piedra como la porcelana más fina.

Tamara había llorado. Sufrido. Llorado. Suplicó a su abuela que hablara con su hermana y su horrible nuera, la madre de Valentino. Que la hiciera entrar en razón. Para que se diera cuenta de que no había razón para que Valentino y ella no...

"Tamara." Ella levantó la vista. "No deberíamos haber..." Con un gesto de impotencia, se hundió en la silla tapizada. Extendió la mano. Giró la bandeja con las dos hermosas tazas sobre los platillos a juego en la mesa del sofá para que la grande quedara frente a ella. Cogió la pequeña y la delicada cuchara de plata, removió una vez y la vació de un trago. Tamara olió el aroma del café, pero no la sedujo. Sus padres habrían sacudido la cabeza con incredulidad. Ella era la adicta al café de la familia, la que por las mañanas bajaba corriendo a la cocina con los ojos tapados por el sueño para encender la cafetera. La que tamborileaba impaciente con los dedos si el agua aún no había alcanzado la temperatura de funcionamiento nada más lavarse y vestirse.

"¿No quieres beber tu café?"

Ella no reaccionó.

Extendió el brazo hacia ella y se detuvo en seco. Lo retiró de nuevo.

"Fue un error". Sacudió la cabeza.

Le miró fijamente. La ira le recorría el cuerpo y la llenaba.

"¿Qué fue un error?" Tamara cerró las manos en puños, apretando los nudillos sobre el regazo. "¿Qué hay entre nosotros? ¿Siempre lo ha habido?" Su voz se hizo aún más fuerte, más estridente. "¿Qué convirtió a tu madre en algo sucio, malvado, horrible, reprochable, aunque no lo sea? ¿Es eso lo que quieres decir?"

Valentino tragó saliva. "No deberíamos haber..."

"¿Besarse?", le interrumpió ella, gritando. "¿Es eso lo que quieres decir?" Ella levantó los brazos desesperadamente y los bajó sin poder evitarlo. Su cabeza se movía sola de izquierda a derecha y viceversa. "Cuando hoy, de repente, has estado a mi lado, me has levantado la barbilla y me has besado entre todo el chocolate y toda la gente, he pensado que estabas haciendo exactamente lo mismo...". Tamara no pudo contener el profundo suspiro lleno de dolor que le subió por la garganta. Pero evitó la mirada de Valentino mientras se levantaba del sofá. Se alegró de que su abrigo y su bolso estuvieran al otro lado. Así podría cogerlos, darle la espalda y salir de la suite sin tener que volver a mirarle. Ni tener que decir nada. ¿O decir qué?

¿Debería desearle una buena vida? ¿O tal vez preguntarle por qué demonios la había besado entonces? ¿Lo había vuelto a hacer hoy? ¿La hizo seguirlo hasta aquí después del beso en el Godiva...

¿Seguirlo hasta aquí porque quería hablar con ella? ¿Sólo para besarla de nuevo antes de decirle

que había sido un error?

Tamara voló en redondo con un aullido. "No soy un error, maldita sea ..."

Se golpeó contra su pecho.

La agarró por los hombros.

Su abrigo y su bolso cayeron al suelo.

En sus ojos ardía fuego puro.

Inclinó la cabeza hacia atrás.

Su cara estaba por encima de la de ella.

"Maldita sea, Tamara, no. No y no otra vez. Eres cualquier cosa menos un error. Eres perfecta. Siempre has sido perfecta. Pero ahora eres la mujer más impresionante que conozco. Maldita sea, no debería y sé que me arrepentiré, pero te deseo".

Sollozó.

Ahogó sus sonidos con la boca.

Su lengua se introdujo en ella, envolviéndola.

Le rodeó el cuello con los brazos y se abalanzó sobre él.

Estaba duro. Tan increíblemente duro entre sus piernas.

Tamara no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero lo hizo.

Ella frotó su parte media contra él.

Gimiendo en el beso desesperado y apasionado con el que él la consumía. O ella a él. Los dos el uno al otro.

Un gruñido primario retumbó en el pecho de Valentino, saltando hacia ella, haciendo vibrar su cuerpo.

Se sentía como una de las largas cuerdas de un arpa, que desde que rodó un anuncio sabía que vibraban sin cesar si unos dedos hábiles no interrumpían su movimiento. Se había dejado inventar una arpista que realmente lo era y no fingía tocar el instrumento. Sus manos habían sido esbeltas y elegantes y sus dedos se habían movido por las cuerdas del instrumento como las alas de un colibrí.

Como la de Valentino, que se deslizaba por su espalda bajo el jersey, sobre su piel desnuda, provocándole escalofríos de frío y calor.

Tamara temblaba y se estremecía. Era incapaz siquiera de mover la lengua y abrió los labios. Se oyó un gemido. Sólo se dio cuenta de que era el suyo cuando Valentino se inclinó hacia delante con ella en brazos... y vino a tumbarse en la cama.

¡Dios del cielo! Su respiración era tan superficial que sentía que se asfixiaba. Respiraba frenéticamente. No sirvió de nada. Él era tan increíblemente... hermoso. Sí, ella sabía que a los hombres les gustaban otros atributos, pero no había ninguno que lo describiera mejor.

Su pelo negro ondulado, ahora más largo que cuando estaba en la Real Fuerza Aérea, le caía suelto sobre la frente.

Los pómulos angulosos que le hacían parecer duro e inaccesible.

La piel bronceada por el sol, que revelaba que pasaba mucho tiempo en países donde ahora era verano. O donde hacía calor todo el año. Lejos, no en Europa.

Levantó la mano.

Su mirada oscureció aún más sus ya oscuros ojos.

Las yemas de sus dedos hormigueaban cuanto más se acercaba a su cara.

Le temblaban las fosas nasales.

Se arrodilló sobre ella con las piernas abiertas y se inclinó hacia delante.

Podía ver cada rastrojo. Sabía, y aún sentía, cómo le arañaban la piel alrededor de la boca cuando la besaba. Pero no cómo se sentían cuando los acariciaba.

Ella le puso la punta del dedo índice en la mandíbula y él se agarró de repente a su muñeca. La parte superior de su cuerpo temblaba ligeramente ahora que sólo se sostenía con un brazo.

"Tamara, ¿estás segura de que quieres esto? Un paso más y no podré parar".

No se había dado cuenta de lo increíble que se sentía al ser tan deseada como para que un hombre temiera un movimiento así. No, no cualquier hombre. Valentino. Tamara se sintió como nunca se había sentido en su vida. Añadió un segundo dedo, un tercero, colocó los tres en toda su longitud contra su mandíbula y acarició suavemente.

Se abalanzó sobre ella con un gruñido profundo. Se le apretó el estómago. Palpitó entre sus piernas. Se mojó, movió la pelvis adelante y atrás sobre el colchón, se alegró del roce de la costura del pantalón presionando sus bragas... y se sintió inundada por una oleada de lujuria, hundiéndose en ella.

Cuando volvió a la superficie, y con ella a la capacidad de pensar, estaba desnuda... e incapaz de convertir sus sentimientos en palabras, y mucho menos de expresarlos.

Valentino estaba en todas partes.

Sus manos se deslizaron a tientas por su cuerpo. La tocaron en lugares donde nadie la había tocado antes.

Le agarró los pechos, acariciándole los pezones con los pulgares mientras se tensaban y enderezaban. "Qué guapa". Sin aliento, dejó escapar las palabras. Lamió alrededor de uno, cambió al otro lado.

Su cuerpo zumbaba. Vibraba.

Valentino se metió un pezón en la boca y apretó el otro con los dedos.

Ella gritó. Se abrazó a él. Sintió su piel desnuda sobre la suya.

Músculos duros como rocas en sus brazos.

Su erección en su muslo.

Abrió los ojos. Increíble. Debía de haberse vuelto loca. Cayó rendida a sus caricias porque no se había dado cuenta de que él le había quitado todas las prendas a ella y a él. El jersey, los pantalones, el sujetador, la ropa interior, los calcetines y, por supuesto, las botas de ella y los zapatos de él. No quedaba nada entre ellos.

Sólo aire. E incluso eso era demasiado poco. Y, sin embargo, sintió la necesidad de hacer desaparecer lo que quedaba.

Levantó los brazos.

Las enterró en su pelo.

Le acercó la cara.

Tan cerca que ya no necesitaba su propio aliento porque tenía el de él.

Le lamió los labios con la punta de la lengua.

Empujado en medio. Sentí que se abría.

Sabía que estaba esperando a que ella empujara más mientras movía sus manos arriba y abajo por los lados de sus pechos, excitándola más allá de lo imaginable.

Su pelvis se movió sin que ella hiciera nada.

Su duro pene se metió entre sus piernas.

En la cima, justo en la cima, donde chocaban. Donde palpitaban y se acalambraban.

Una gota húmeda mojó su piel donde su glande la tocó. Se mezcló con su humedad.

Ella gimió contra su boca. "Por favor, por favor, por favor."

Sólo pronunció una palabra. "Condón".

Tamara gimió más fuerte cuando él se sentó, ya no podía sentir la parte superior de su cuerpo y la presión sobre sus muslos aumentó. Se arrodilló junto a sus piernas, sentándose sobre los talones. Ella abrió los párpados entreabiertos. Respiró agitadamente al verle.

Tenía el pecho y el vientre cincelados. Ni un gramo de grasa. Sólo músculos marcados. Perfectos y hermosos. Sólo tanto pelo negro más arriba que la piel brillaba. Una sola línea debajo del ombligo. Debajo de eso...

Extendió la mano hacia él. Larga y gruesa. Duro como la piedra. Con venas oscuras que sobresalían, más oscuras en la punta. Oyó el sonido del desgarró. Sospechó lo que era. No levantó la vista. Fascinada por su pene. Alcanzó la punta, de la que salían gotas brillantes, con el dedo extendido. Le dio unos golpecitos.

Valentino aspiró con fuerza. "Si no quieres que me corra antes, no lo hagas". Su voz sonaba agónica.

Ella se dio cuenta. Él se enamoraría de ella ... Debería temerlo. Después de todas las historias de sus antiguos compañeros, debería. Le vio ponerse el condón sobre el glande y desenrollarlo.

Le miró. Sonrió. Separó aún más las piernas cuando Valentino volvió a inclinarse sobre ella. Posó suavemente sus labios sobre los de ella. Los mordisqueó. La lamió con la punta de la lengua, ella abrió la boca y, al mismo tiempo, él separó sus labios vaginales con un dedo y la penetró. Añadió un segundo. Ella dejó que sus muslos se separaran al máximo.

Cada vez sentía más humedad saliendo de ella.

Escuchó el ruido de sus dedos.

Sus lenguas danzaban una alrededor de la otra con más avidez, más cerca, más deprisa.

Se apartó de ella, y la sensación de vacío fue terrible.

Hasta que sintió los dedos de Valentino en su clítoris.

Su pelvis se movió hacia arriba. Él se frotó sobre ella y la penetró al mismo tiempo.

Suave, sólo con la punta.

Es ahora o nunca.

Tamara ya no podía concentrarse en su boca. Su lengua dejó de moverse. Sus labios se abrieron. Levantó la pelvis de un tirón. Valentino se hundió en ella. Le dolió como el pinchazo de una aguja cuando venció la resistencia.

Estaban inundados de hormonas de la felicidad.

Valentino se quedó helado.

CAPÍTULO 12

En lugar de hundirse más en ella para sentirla por fin por completo, se quedó inmóvil. La respiración de Valentino se agitó cuando levantó la parte superior de su cuerpo lo suficiente para mirarla. Cuando había visto a Tamara delante de él en la chocolatería, no había podido luchar contra la compulsión de besarla. Pero después de entrar en la suite, su cuerpo y su voz interior habían librado una batalla que su subconsciente había perdido. Incluso cuando se besaron. Si el servicio de habitaciones no les hubiera interrumpido, se la habría chupado sin freno. Lo que habría sido la mayor estupidez de su vida, como tenía muy claro. Pero no hizo absolutamente nada para cambiar el hecho de que ambos estaban ahora ...

Se le encendieron las mejillas.

Le brillaban los ojos.

Toda su cara estaba radiante.

Su sonrisa era impresionante y delataba su inseguridad.

No tenía experiencia en ello. Nunca le había pasado. Tal vez a Tommaso, que tenía tantas mujeres que ni siquiera él recordaba sus nombres, razón por la cual, en lo que a él se refería, sólo hablaban de conejitas. Pero sus conversaciones sobre su vida sexual no iban mucho más allá. No eran el tipo de amigos que se definen por comparaciones de penes y el número de muescas en sus postes de la cama. No había duda de que no aliviaban su tensión sexual sólo con pajas. Eso no sería normal en hombres de su edad, ninguno de los cuales tenía pareja. Pero no hablaban de ello. Así que realmente no sabía si alguno de ellos había tenido sexo con una virgen ...

La miró preocupado. "Es lo que sospecho, ¿verdad?"

Tamara seguía sonriendo, su incertidumbre desaparecía. "Estaba. Ya no está ahí".

Le acarició los brazos con las palmas de las manos. Le agarró los hombros. "Cuando tenía quince años, deseé que fueras la primera. Entonces supe que esperaría hasta los dieciocho. Incluso con el primer beso. Lo quería todo de ti, Valentino. Pero sólo conseguí el beso y la maldición de tu madre de condenación eterna después". Su expresión cambió. "Si ella supiera que tú y yo..." Se echó a reír.

Él no pudo evitar unirse. Su pene se deslizó fuera de ella.

Tamara se puso seria de repente. Le llevó las manos a la cabeza y tiró de él con fuerza hasta que sus caras quedaron a un palmo de distancia.

"Normalmente no soy egoísta, pero ahora tengo derecho a serlo. Al menos esta vez. Esperé y deseé esto durante tanto tiempo, hasta que me convencí de que la maldición de tu madre había funcionado. Hasta ayer, incluso hasta esta tarde. Ahora sólo soy feliz, y quiero ser aún más feliz".

Valentino no tenía hermanos. Nunca había pensado que pudiera empatizar con una chica. Sólo con Tamara había sido diferente. Cuando era pequeña, él siempre sabía antes que ella qué helado elegiría en la heladería, y ella tenía muchos favoritos. Así que ahora sabía a qué se refería. Ella quería todo de él, igual que él quería todo de ella.

"No quiero hacerte daño". La besó en la frente.

"No puedes hacer eso, Valentino. Cuando estás cerca de mí, no siento dolor, ni miedo, ni ira. Ahora quiero saber lo que se siente cuando estás completamente dentro de mí. Por favor."

El preservativo estaba en su sitio porque su pene seguía duro a pesar de la brusca interrupción. Pero a petición de Tamara, toda la sangre de que podía disponer la mitad superior de su cuerpo fluyó también hacia abajo. El deseo de hundirse en ella de un solo empujón se volvió abrumador.

Valentino cerró los ojos brevemente. No podía... Le haría daño. Que no era en absoluto lo que él ...

La miró y supo lo que tenía que hacer.

Lo importante ahora no era lo que él quería, sino ella.

Le dio un beso en la punta de la nariz. Luego colocó suavemente sus labios sobre los de ella y se introdujo entre ellos con la punta de la lengua. En el mismo instante, introdujo lentamente el glande en el centro de ella. Tamara reaccionó de forma inesperada. Succionó la lengua con avidez y levantó la pelvis al mismo tiempo.

Los gemidos de Valentino se mezclaban con los de ella. Ella palpitaba a su alrededor. Él reaccionaba, se retiraba y volvía a penetrarla. Tan controladamente como pudo. Los músculos internos de ella se cerraron a su alrededor. Sus dedos se clavaron en el pelo de él y lo desgarraron. El beso se volvió más descontrolado, más frenético. Se agarraron el uno al otro. Sus cuerpos encajaban el uno en el otro tan perfectamente que él perdió el control de sí mismo. Era el paraíso, y un paso más allá. Valentino se acercaba al clímax. Sus pelotas se tensaron como nunca. Su visión se nubló. Vio rayas, precipitándose hacia el abismo negro. Tamara gemía y gimoteaba bajo él. Sus músculos se tensaron cada vez más a su alrededor. Intentó retirarse una vez más, pero fue en vano. Ella lo sujetaba con fuerza. Vio el borde y se sumergió en el infinito. Su pene explotó. Se introdujo en el preservativo a grandes chorros.

Su cabeza se vació, su corazón se llenó.

Sintió. Sintió. Sabía. Reconoció. La amaba.

Se echó hacia atrás, gritando su nombre. "¡Tamara!"

Pulsó a su alrededor, sus uñas se clavaron en su espalda, pronunció temblorosamente su nombre: "Valentino".

Estaba tumbado encima de ella. Sus brazos apenas soportaban su peso.

Le rodeó las caderas con las piernas y le anudó los pies a la espalda. No quería soltarlo, presionando con los talones las duras nalgas de él.

Al igual que él permaneció en ella y se negó a retirarse de ella.

Valentino se despertó apretado contra Tamara. Tenía una pierna sobre los muslos de ella, un brazo le cubría los pechos y su pene se acurrucaba contra su cálida piel. Se estremeció cuando Valentino apretó un poco más la pelvis contra Tamara. Había tirado el preservativo en el baño. Lo recordó, así como los sonidos anhelantes de Tamara cuando le limpió cuidadosamente el centro hinchado con una toalla húmeda antes de volver a tumbarse a su lado. Ella se había acurrucado cerca de él y se había quedado dormida. Había sentido su cálido aliento en el cuello y aquel suave y encantador ronroneo que le había dejado inconsciente. Ahora tenía la cabeza apoyada en uno de sus brazos y sus labios rozaban su piel. Sentía como si le estuviera besando allí, y era lo más hermoso que había experimentado nunca. A sus veintinueve años, se dio cuenta de que nunca se había despertado con una mujer. Valentino nunca lo había deseado, nunca había sentido el deseo de acurrucarse después del sexo. Porque ninguna era Tamara.

Se inclinó hacia delante y la besó en la sien. Eso era lo que quería.

Tamara en su vida. De vez en cuando, al menos.

Porque una relación en el sentido clásico no era una opción, pero no porque la situación fuera complicada. Aunque complicada no describía en absoluto lo que sucedería en cuanto ... La tormenta de mierda tras el beso casi inocente del día de su mayoría de edad sería una suave brisa de verano comparado con lo que ocurriría si ...

Valentino no tenía la menor idea de cómo podría funcionar entre ellos. Ni siquiera sabía si ella no lo veía de otra manera ahora que había tenido su primera vez. Los deseos dejaban de serlo cuando se cumplían, y Dios sabía que él no era un príncipe azul. Tamara lo había puesto en un pedestal desde muy joven y nunca había dejado que un hombre se le acercara, como él sabía ahora. Si no se hubieran encontrado por casualidad en la chocolatería, habrían seguido evitándose, y entonces... En algún momento, Tamara habría conocido a otro y habría tenido su primera cita con él.

Se le subió amargamente a la garganta. Valentino tragó saliva. Apretó la nariz contra su largo y sedoso cabello, aspirando su aroma. Su subconsciente respondió con un zumbido de satisfacción. Durante muchos años, nunca había pensado en la naturaleza de sus sentimientos por Tamara, simplemente porque ella siempre había formado parte de su vida. Hasta el funeral de Riccardo Cipriani, cuando la había visto con el ajustado vestido negro. Valentino sabía que ese era el día en que algo había cambiado. Había empezado a verla con otros ojos. Había pensado en ella durante los últimos meses en Anglesey, después de que, tras la muerte de Riccardo Cipriani, pusiera fin a sus obligaciones contractuales con la Real Fuerza Aérea, avisando con seis meses de antelación. Por la noche, en el dormitorio que compartía con decenas de compañeros. Se había alegrado de no haberse pajeado nunca en su estrecha y dura cama del barracón, a diferencia de otros. Había cosas que sólo hacía cuando estaba solo. Eso no había cambiado hasta el día de hoy. Pero no habría sido capaz de mirarse al espejo si se hubiera pajeado con la imagen de ella delante. Ella era menor, quince años, él tenía veintidós. Entonces tenía la misma edad que ella ahora.

La comprensión de que había sabido exactamente lo que quería a su edad le golpeó con toda su fuerza.

Tamara era adulta. Sus sentimientos seguían siendo los mismos que los de la niña de diez años que había dicho con voz firme que se casaría con él.

Valentino se escuchaba a sí mismo. ¿Matrimonio? No. Eso no era para un hombre como él, ni para una mujer como Tamara. Aparte de la enorme espada de Damocles que pendía sobre ellos, no podrían tener una relación en el sentido tradicional. Era imposible para ambos.

Valentino era responsable de decenas de miles de personas en distintos continentes, estaba a menudo en el extranjero y trabajaba las veinticuatro horas del día, siete días a la semana si era necesario.

Y Tamara no era en absoluto inferior a él. Era ambiciosa, profesionalmente ambiciosa, su meta era una carrera internacional como maquilladora. No sólo para series de televisión británicas, donde era una de tantas. Quería trabajar en películas, en Hollywood. Algo de esto sabía por su padre, que a veces se reunía con su prima en secreto sin que sus esposas lo supieran. Otras cosas las sabía por las conversaciones de sus amigos, que de vez en cuando preguntaban a Tommaso por su hermana, pero sólo cuando creían que no les oía. Pero su oído funcionaba perfectamente, incluso a distancia.

No, Tamara y él nunca se mudarían a una casita con una valla blanca en las afueras de la ciudad ni adoptarían un perro del refugio de animales. Ni siquiera si una relación entre ellos hiciera

felices a sus familias, lo que en realidad no era el caso.

Pero Valentino no quería que aquello acabara tan rápido como había empezado. Movi6 la cabeza muy despacio para no despertarla y la bes6 en la frente. Ella arrug6 brevemente la nariz y sonri6 en sueños. El coraz6n de Valentino se llen6 de calor. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

Realmente necesitaban hablar.

Valentino levant6 el brazo con cuidado y rode6 a Tamara con 6l. Pero su muñeca estaba vacía. Sólo caía un poco de luz por las ventanas. No era de extrañar, la vista daba al Támesis. Valentino quería saber qué hora era. Sac6 lentamente su segundo brazo de debajo de la cabeza de Tamara y lo sustituy6 por una almohada. Era preciosa. Alarg6 la mano para acariciarle la mejilla, y se detuvo antes de tocarla con la punta de los dedos. No quería despertarla, ya lo haría más tarde. Con movimientos lentos, se desliz6 hasta el borde de la cama, se levant6 y mir6 a su alrededor. Su Breitling Aviator estaba sobre la mesilla de noche. La poca luz que entraba del exterior hacía brillar las manecillas del cron6metro. Eran las doce menos siete, el nuevo día aún no había empezado. Respir6 aliviado y entr6 en el cuarto de baño para ducharse. Después despertaría a Tamara. No importaban los compromisos que tuviera mañana, tenían el resto de la noche para hablar.

Apenas diez minutos después, se qued6 mirando a Tamara sin comprender. "¿Quieres irte a casa ahora? ¿Por qué?"

Se sent6 erguida en la cama. Sujet6 la manta sobre sus pechos con ambas manos, como si quisiera mantenerlo alejado de ella.

"Por muy comprensivos que sean mis padres, ¿qué debo decirles si no vuelvo a casa por la noche?"

"¿Que pasaste la noche en casa de un amigo?"

"Valentino, nunca he dormido en otro sitio que no sea mi casa cuando estoy en Londres".

"Entonces diles que estás fuera."

Tamara hizo una mueca. "¿Después de enviarle un mensaje a mamá por la tarde diciéndole que me iba a la ciudad a hacer unas compras y de enviarle un segundo mensaje diciéndole que no esperara para cenar porque llegaré tarde? ¿Debo enviarle ahora un mensaje diciéndole que voy a pasar la noche con un hombre en el Savoy?"

Sacudi6 la cabeza. "Eres la nuera perfecta. A mi madre le encantarías".

Tamara soltó una carcajada. "Si no fuera quien soy, querrás decir".

Se desliz6 más cerca de ella en el borde de la cama, aflojando la toalla que había envuelto alrededor de su cintura después de la ducha.

Tamara baj6 los ojos. Sólo la luz del cuarto de baño, que 6l había encendido, entraba en la habitación. Sin embargo, le bast6 para ver cómo se coloreaban sus mejillas. Cómo se acariciaba el labio con la punta de la lengua.

Al segundo siguiente, la boca de Valentino ya estaba sobre la suya y ella le rodeaba el cuello con los brazos. Esta vez no hubo lentitud ni cautela. Se devoraron con pasi6n indisimulada. Jadeaban y gemían, suspiraban y gruñían. El hecho de que se acordara de sacar de la mesilla de noche el segundo preservativo que había encontrado en la cartera fue un milagro. El edred6n sali6 volando de la cama, y tras 6l una de las almohadas. Tamara no le dio tiempo a asegurarse

de que estaba mojada con los dedos. Le rodeó con las piernas, tiró de él y levantó la pelvis. Un instante después, gritó: "Ahora, por favor, por favor", y se corrió. Él la siguió inmediatamente.

"No puedo dejarte ir ahora". Su respiración entrecortada le hizo pronunciar cada palabra individualmente.

Tamara le acarició con los dedos el pelo de la nuca. "¿Crees que quiero irme? Si no fueras tú, llamaría a mamá y le diría que estoy con el hombre que amo".

Valentino contuvo la respiración. Tragó saliva, levantó la cabeza sin soltar su conexión, la miró. "Yo también te quiero, Tamara". Sus palabras deberían haberle asombrado, pero no lo hicieron. Era la verdad.

Tamara lo acercó y rozó suavemente sus labios con los de él. "No sólo me has hecho feliz una vez esta noche, me has hecho feliz una segunda vez con esas palabras, ¿lo sabes?".

Valentino no contestó. En cambio, la besó con ternura.

Luego salió de ella, rodó sobre su espalda, se quitó el preservativo y le hizo un nudo. Lo dejó en el suelo, junto a la cama, y se puso de lado.

"No va a ser fácil, Tamara".

"¿Quieres decir cuando se lo digamos a nuestras familias?"

"Sí. Quizas. En algún momento. Necesitamos un plan para eso".

Tamara suspiró. "Odio el secretismo, pero, para ser sincera, es exactamente lo que anhelo. Cuando podamos vernos, te quiero para mí".

"¿Sí?"

"Sólo estoy en Londres por un curso, vuelvo a Leeds el fin de semana. Probablemente no conozcas la serie, es un culebrón que lleva unos cuantos años y se rueda en los estudios Versa Leeds. Estoy contratada como maquilladora en el equipo de maquillaje".

"La próxima vez tendrás que contármelo mejor, sólo sé lo que capto cuando Tommaso te menciona a los demás".

"Yo pienso lo mismo. Si mi abuela no viviera con nosotros, mis padres se comportarían de otra manera. Pero su nombre simplemente no se ha mencionado desde entonces".

Sintió el aumento de la ira y apretó los puños.

"Tenemos tanto de qué hablar, Tamara. Dime que podemos volver a vernos mañana por la tarde".

"Te refieres a esta noche, ¿verdad?" Ella abrió los ojos al pronunciar la pregunta. "Dios, ¿qué hora es?"

Valentino se inclinó y cogió el Breitling de la mesilla de noche. "La una y cinco".

Tamara saltó de la cama por el otro lado y corrió al cuarto de baño. Menos de cinco minutos después, estaba sentada en el borde de la cama completamente vestida y abrochándose las botas.

Valentino se puso los vaqueros por encima de los calzoncillos y se los abrochó. "¿Esta noche?". Se paró frente a ella, ella levantó la vista.

"¿Seguirás en Londres mañana? Hoy podría ser tarde, estamos trabajando en los efectos especiales del curso, llevan bastante tiempo".

Pensó en la formación de los nuevos reclutas, a la que quería asistir. En las videollamadas con los jefes de equipo en Ghana. Pensó en estar en la base italiana del CIS a partir del lunes y en lo mucho que tenía que prepararse para ello.

"Si es así, cambiaré la cita, Tamara, en cuanto me avises".

Se levantó y le puso las manos sobre los hombros. "¿Crees que conseguiremos vernos al menos cada pocas semanas?"

Le guiñó un ojo. "¿Crees que será suficiente para ti?"

"Difícilmente", respondió Tamara en voz baja. "Realmente tenemos mucho de qué hablar. Sobre todo, quiero saber más sobre tu misterioso trabajo". Inmediatamente levantó las manos en señal de defensa cuando él frunció el ceño. "Sólo lo que puedas contarme, por supuesto. Lo único que sé es que la empresa de seguridad tiene su sede en Essex y otras en otros países. Ahora coge tu móvil y guarda mi número, porque tengo uno nuevo".

Valentino no le dijo que nunca había tenido un número de móvil de ella, sólo el fijo de casa de sus padres, que bien podría haber borrado. Hacía años que no llamaba a casa de sus tíos. Tecleó los dígitos y estaba a punto de guardar el número de Tamara cuando ésta le cogió el teléfono, lo tiró sobre la cama y le rodeó el cuello con los brazos.

"Y ahora bésame por última vez para que pueda saborear el recuerdo hasta que nos volvamos a ver".

Valentino sonrió cuando salió de la suite. Sonrió a la recepcionista de aspecto somnoliento con la que se registró unos minutos después. Incluso al taxista que le dejó delante de su casa a las dos y veinte. Probablemente también sonreía en sueños, porque soñaba con Tamara. Sentía su cuerpo contra el suyo, olía su aroma, incluso oía la voz apasionada con la que le había llamado cuando llegó. Así que no era de extrañar que durmiera profundamente hasta que le despertó el timbre de su teléfono móvil. Al principio, lo oyó inconscientemente desde lejos y no reaccionó. Pero cuando volvió a sonar, se despertó de golpe. Se incorporó y lo cogió al mismo tiempo, pero hoy comprobó el nombre en la pantalla... y frunció el ceño. Su padre escribía mensajes de texto y rara vez le llamaba, y cuando lo hacía era por la noche. Su cuerpo se tensó incluso antes de responder a la llamada.

"Hola, papá."

"Acaban de llevar a tu madre al hospital en ambulancia. Sospecha de infarto, dijo el médico de urgencias".

Se le aceleró el pulso. Balanceó las piernas sobre el borde de la cama, pero permaneció sentado. No, no la quería y hacía años que le había perdido el respeto. Pero era su madre. "No tiene problemas de corazón. ¿Cómo puede ser?"

Su padre vaciló antes de responder: "Se alteraba terriblemente y se hiperventilaba cuando volvía de las tiendas y abría The Sun. Ya conoces sus rituales".

Valentino reprimió el comentario que tenía en la punta de la lengua. Su madre era egoísta en exceso, y le encantaban los cotilleos. Esto contrastaba con su carácter intolerante y las muchas horas que pasaba en la iglesia fuera de misa. Además de verduras, carne y pescado, compraba el periódico todas las mañanas. En cuanto llegaba a casa, se tomaba un café y leía las primeras páginas, y el resto después de comer.

"Sí, claro", contestó Valentino cuando su padre dejó de hablar. "¿Qué la tiene tan excitada?"

"Tú, Valentino. Tú y Tamara. Los dos cogidos de la mano delante del Savoy."

"¿Perdón?" gritó Valentino.

"Reza para que no muera, Valentino."

Su padre interrumpió la conversación antes de que pudiera preguntar a qué hospital habían llevado a su madre.

Valentino tiró el móvil a la cama de al lado, apoyó los codos en las rodillas, se inclinó y enterró la cara en las palmas de las manos. Estaba aturdido. ¿Cómo podía ser? Pensó en Tamara, en sus padres, en su abuela. Su abuela. Entonces oyó las palabras de su padre alto y claro en su cabeza. "Reza para que no muera, Valentino."

Tenía que llegar hasta él. Tenía que averiguar a qué hospital habían llevado a su madre, porque su padre estaría allí. Necesitaba ese periódico. Y luego tenía que limitar los daños.

En la medida de lo posible.

No lo era.

Lo único positivo era que su madre no había sufrido un infarto, sino un ataque de pánico que le había provocado una fibrilación cardíaca. Su padre le había escrito un mensaje no solicitado con el del hospital más grande de Hackney. No habían hablado de lo que había dicho por teléfono en cuanto Valentino entró en la estéril sala de espera donde su padre se paseaba inquieto. El médico los había tranquilizado a ambos, pero antes de abrir la puerta de la habitación del hospital, les había instado a no alterar al paciente bajo ningún concepto. Valentino hubiera preferido hablar con su madre en cuanto estuviera en casa. Por eso se había detenido fuera de la habitación. Pero ella había insistido a gritos en hablar con él, y luego le había insultado, maldecido y gritado tanto que el médico le había inyectado un sedante.

Esto sucedió después de que comprara The Sun de camino al hospital y viera la foto en cuestión. Los hombres que habían bajado de sus coches y habían sido fotografiados frente al Savoy eran directivos de la FIFA, la federación internacional de fútbol, que la noche anterior habían celebrado una conferencia de prensa en el famoso hotel. Tamara y él se reconocían claramente en la foto. Valentino recordaba perfectamente cómo le había deslumbrado el flash, pero no se le había ocurrido que Tamara y él también podían salir en la foto.

La razón por la que no los habían cortado, no habían reducido el tamaño de la foto, era porque le habrían cortado un brazo al entrenador de fútbol. Dante había calificado de inútil demandar a The Sun que al menos deberían haber pixelado sus rostros. Y Tiziano había añadido que los fotógrafos no se escondían, sino que se les veía desde lejos, así que quien no quisiera salir en la foto tenía que cuidarse.

Valentino había ido directamente del hospital al restaurante Cipriani's de Kensington. Tommaso se había reunido con él y le había pasado un brazo por los hombros. "Mi madre aún no me ha llamado, pero estoy seguro de que no tardará. Mierda, Valentino, no sabía que estabais juntos".

Había levantado la vista, sorprendido. "Nosotros tampoco. Me encontré con Tamara ayer en Godiva, donde las dos estábamos comprando chocolate para nuestras abuelas".

Los otros cuatro habían escuchado su explicación y Damiano la había comentado con una pregunta. "¿Y luego fuiste al Savoy porque está cerca?".

Valentino había asentido. "Exactamente. Hacía siglos que no nos veíamos y queríamos hablar tranquilamente sin que nos reconociera nadie del círculo de conocidos de nuestros padres". Se había reído con dureza. "Ya ves cómo resultó".

Sus amigos habían permanecido serios y en silencio. Hasta que Dante dijo lo que evidentemente todos pensaban, como había deducido fácilmente de sus asentimientos unánimes.

"Sospecho firmemente que esto es sólo el principio, Valentino. Será mejor que salgas de Londres inmediatamente después de la cena".

Valentino se había saltado el almuerzo.

Había viajado a su país y empacado las pocas cosas que podría necesitar en Italia, además de lo que tenía en su cuartel de Colchester. Desde allí volaría directamente a Ghana, donde guardaba todo un armario con ropa adecuada para el clima tropical en el pequeño piso de la base del CIS. Después apagó la calefacción, envió un mensaje a la señora de la limpieza, activó el sistema de alarma y se puso en marcha.

Durante el viaje, se había detenido en la oficina de correos más cercana y había enviado los dos paquetes de trufas de chocolate en un paquete a su abuela. En la última estación de servicio de la autopista antes de Colchester, había salido y aparcado su Lexus en un lugar apartado.

Sólo entonces se permitió pensar en Tamara. En el hecho de que ella le había dicho que le quería, a lo que él había respondido con todo su corazón. Valentino se había sentido aliviado de que ella le hubiera distraído aquella noche después de que él hubiera guardado su número. Por eso no la había llamado. No tenía su contacto, no podía localizarle.

Era lo mejor.

Quizá había otra forma de hacer lo inevitable, pero él no la conocía. Valentino utilizó una aplicación de mensajería que anonimizaba al remitente para escribirle.

Lo siento mucho, Tamara.

Seguro que ya te has enterado de lo que ha pasado. Esta foto casi cuesta una vida humana hoy.

Llámame cobarde, ódiame, me lo merezco. Pero no puedo saltar sobre mi sombra cuando el precio es tan alto.

Lo cual no cambia mis sentimientos, pero obviamente hay muros y límites que ni siquiera el amor puede superar.

Siempre tuyo, Valentino

CAPÍTULO 13

Cinco años y medio después. Finales de julio. Zona fronteriza entre Costa de Marfil y Ghana, África.

Los auriculares de Valentino Reyes, que estaban integrados en su casco de piloto, se rompieron.

"Ya vienen". Matt habló con voz tranquila.

El piloto del Super Puma sonaba como si estuvieran sentados en un restaurante y le dijo que por fin una camarera les había traído la comida. Nada hacía pensar que, como indicaba el cronómetro de su muñeca, llevaban sesenta y siete minutos sentados en las cabinas de los dos helicópteros esperando a que el escuadrón de rescate de la CEI regresara a través de la insegura frontera de la República de Costa de Marfil a territorio ghanés. Con el rehén liberado.

Valentino agarró entre sus piernas flexionadas el extremo ergonómico del joystick, que se parecía a una palanca de juego pero tenía muchas más funciones. Entrecerró los ojos tras sus gafas de piloto espejadas y miró fijamente a través del cristal que iba del suelo al techo de la cabina de su Maverick. Y entonces los vio. Cuatro hombres camuflados, con las ametralladoras preparadas, entraron en el claro. Giraron a la izquierda, a la derecha y en redondo con los cañones de sus fusiles. Finalmente, uno de ellos señaló el camino al resto del pelotón.

Valentino se tensó aún más. Otra descarga de adrenalina recorrió su cuerpo. Ocho hombres, nueve, diez. Cuando el undécimo y el duodécimo hombre entraron por fin en su campo de visión, levantó el puño. "¡Sí!"

Al mismo tiempo, la exclamación de Matt llegó a sus oídos. "¡Lo hemos vuelto a hacer!"

El piloto del helicóptero, que estaba equipado con armas y podía transportar hasta veinticuatro hombres, se refería al civil que dos de sus hombres dirigían entre ellos hacia el helicóptero más pequeño. Hacia él.

Valentino miró a través de la puerta abierta. De un vistazo, se fijó en los elegantes zapatos, el arrugado pantalón de traje sin cinturón y la sucia camisa blanca que colgaba a un lado por fuera. El rostro hundido del hombre contrastaba con las caras bronceadas, camufladas y parcialmente enmascaradas o, naturalmente, casi negras de esta fuerza de élite del CIS. Sólo en África, Cipriani International Security contaba ya con veinte equipos especializados en el rescate de rehenes, y sólo en contadas ocasiones uno de ellos permanecía en la base cuatro días seguidos, o incluso más.

Era temporada alta de secuestros. El año anterior, se les había encomendado la búsqueda de noventa y cinco personas, noventa y tres de las cuales habían sido liberadas con éxito. Dos, sin embargo, habían sido miembros de los gobiernos de varios países secuestrados por la oposición militar respectiva y finalmente liberados tras meses de negociaciones con los gobiernos. Nadie sabía si se había pagado dinero por el secuestro y en qué cuantía. Tampoco se sabía cuántas personas eran realmente secuestradas cada año, especialmente en las naciones africanas situadas justo al norte del ecuador. Los empleados del CIS, cuyo pan de cada día eran los acontecimientos geopolíticos y económicos en el continente negro, suponían que el número de casos no denunciados era de varios miles - y en aumento. Nadie lo cuestionaba, ya que el año acababa de entrar en su segunda mitad y la víctima de secuestro que acababan de liberar ya era la número sesenta y uno. Lo único positivo de esta estadística era que los equipos del CIS especializados en

casos de secuestro habían encontrado y rescatado a todas las víctimas secuestradas. Vivas. Sin duda, Dante añadiría que el volumen de negocio generado tampoco era una desventaja, pero cuando se trataba de vidas humanas, Valentino no podía pensar como un directivo. Su cerebro funcionaba de otra manera.

Los tres hombres estaban a tiro de piedra. Si el rehén liberado no fuera congoleño y, por tanto, de piel oscura, Valentino lo describiría como más pálido que una sábana blanca. Sin embargo, su aspecto era gris ceniciento. Parecía que iba a desplomarse en cualquier momento, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Pero los dos miembros del equipo, encapuchados salvo los ojos, le agarraban por la parte superior de los brazos, arrastrándole más de lo que caminaba. No era para menos. El tipo era banquero y no daba la impresión de que el deporte formara parte de su rutina. Además, habían pasado nueve días desde su secuestro. Probablemente, el hombre ni siquiera se había dado cuenta de que había sido rescatado de sus secuestradores.

Había desaparecido sin dejar rastro del edificio del Banco Central de África Occidental en Abiyán, sede del gobierno de Costa de Marfil en el Golfo de Guinea, tras una reunión que precedió al almuerzo. Sin embargo, los demás participantes en la conferencia de las dos asociaciones bancarias más importantes del continente negro no se dieron cuenta hasta horas más tarde. Nadie había notado su ausencia, ya que otros dos asientos contiguos al suyo habían permanecido vacíos durante el almuerzo. En cuanto se reanudó la reunión, por fin se notó la ausencia del representante congoleño del Banco Central del África Central.

Demasiado tarde para que las autoridades implicadas siguieran una pista que hacía tiempo que se había enfriado. Entre otras cosas, porque las imágenes de las cámaras de vigilancia no revelaban gran cosa. Los secuestradores habían evitado dar la cara. En este caso, tampoco había duda de que habían recibido información privilegiada. Lo que, según la dirección del poderoso banco central, era absolutamente imposible, e impidió que las autoridades oficiales tomaran medidas. A última hora de la tarde del mismo día, Valentino recibió una llamada del asistente personal del Presidente de la República de Ghana. Éste, a su vez, se puso en contacto con él después de que su superior hubiera recibido una petición de ayuda del Presidente de la República del Congo, quien a su vez había sido informado del incidente en Abiyán por el Gobernador del Banco Central Centrafricano. El procedimiento habitual en los casos de secuestro en África, y una enorme pérdida de tiempo. Pero en este caso, los poderes fácticos se pusieron en pie de guerra en cuanto hubo sospechas de secuestro. Porque lo primero que se supo fue que se había pedido un rescate. Lo que, en este caso concreto, aún no había sucedido y, por desgracia, era la norma más que la excepción.

Si los tácticos del equipo del CIS, que habían volado de inmediato, no se hubieran puesto en contacto personalmente con todos y cada uno de los empleados de la sede del banco central de África Occidental en Abiyán, la tibia pista que habían encontrado a partir de la furgoneta en la que se había introducido el hombre se habría enfriado. Como siempre, sus informáticos habían investigado eficazmente a todos los empleados del banco en pocas horas y habían tenido suerte. La persona que había facilitado información interna e incluso había fabricado placas para los secuestradores era una pequeña rueda en la oficina de seguridad... y un completo idiota. Había tirado el dinero que había recibido. El resto había sido un intenso trabajo de investigación, pero al fin y al cabo rutinario. Como siempre, habían elaborado una lista de tareas pendientes, por así decirlo, cuyo último punto era el vuelo desde el lugar de la extracción hasta la base del CIS más

cercana. En este caso, a su cuartel general africano.

Los dos miembros del equipo, que vestían idénticos trajes de camuflaje, subieron al banquero, que ni siquiera pareció darse cuenta de la presencia de Valentino, a uno de los dos asientos centrales de la parte trasera del Maverick. Uno de ellos abrochó el cinturón H al hombre, que parecía estar fuera de sí, y le colocó unos auriculares, que sólo servían como protección acústica, antes de abrocharse también el cinturón de seguridad y alcanzar sus auriculares. El otro cerró la puerta y se abrochó el cinturón en el asiento contiguo al de Valentino. Aunque él y su compañero del asiento trasero pudieron seguir el tráfico de radio entre los dos helicópteros, no hablarían de ello hasta el debriefing de la misión. No es que los congoleños pudieran oír nada, pero el secreto era primordial, ya que era uno de los secretos de su éxito.

Cuanto menos supieran los rehenes liberados sobre los miembros del equipo o detalles sobre sus liberadores y la CEI, mejor. Su norma más importante era que, a ser posible, sólo dos de sus hombres tuvieran contacto directo con los secuestrados. Todos los demás mantenían la cara cubierta y hablaban lo mínimo.

El Maverick reaccionó inmediatamente cuando arrancó el motor. Ambos rotores, el grande por encima y el pequeño en la parte trasera, cogieron velocidad. Finalmente, el helicóptero ronroneó tan silenciosamente como sólo podían hacerlo los del grupo europeo Airbus. A pesar de todo, Valentino podía sentir las gotas de sudor que se desprendían de la parte superior de su columna vertebral. Sin embargo, no tenían nada que ver con el insoportable calor tropical del mediodía, ya que el aire acondicionado funcionaba perfectamente.

Fue esta sensación de inquietud la que le hizo echar un último vistazo al hueco entre los árboles mientras el Maverick con la pintura de camuflaje se alejaba del suelo. Habían encontrado al hombre en un almacén a las afueras de Niablé, y no era la primera persona a la que habían seguido en los últimos años hasta esta localidad marfileña no muy lejos de la frontera con Ghana. Si se quería llamar así a este conjunto de diez aldeas que formaban una unidad entre altos árboles y las típicas calles de arena roja de aquí, con más de cincuenta mil habitantes. Al parecer, algunos de ellos vivían de la delincuencia, mientras que el resto cerraba los ojos y los oídos a lo evidente. Afortunadamente, no todos, aunque el uso de sus drones desempeñaba un papel importante. No es que estuvieran regalando los aviones teledirigidos de alta tecnología con los que operaban. Pero era increíble el efecto que un dron barato tenía en el centro del habla de los hombres jóvenes en particular. Los labios apretados se abrían y, de repente, los secretos dejaban de serlo. A la inversa, esto también se aplicaba a su equipo y a la operación de rescate. Así que todos arriesgaron sus vidas hasta que no estuvieron fuera de su alcance y la razón de las gotas de sudor empapando la tela de su camisa de camuflaje a lo largo de su columna vertebral. ¡Tenían que salir de aquí!

Valentino echó un vistazo a los instrumentos. Por fin. Elevó el Maverick, lo giró ciento ochenta grados, lo inclinó un poco hacia delante y aceleró. Al mismo tiempo, se comunicó con Matt, que ahora despegaba del suelo con el resto del equipo a bordo de su Super Puma, en términos incomprensibles para los extraños.

Cincuenta y cuatro minutos más tarde, los dos helicópteros aterrizaban a doscientos cuarenta kilómetros al este, dentro de la zona restringida a las afueras de la metrópoli de Kumasi. El aterrizaje en la base ghanesa de la CEI, que era también el cuartel general africano, alivió por completo la tensión de Valentino. Aquél era su hogar en el continente negro, y el de sus hombres, con los que esta noche bebería una cerveza británica helada.

Los paramédicos sacaron al congoleño del helicóptero y lo colocaron en una camilla. Le examinarían y tratarían en el centro médico de la base. Gracias a sus muchos años de experiencia, a Valentino no le resultó difícil evitar la mirada del hombre. Pero para él no era más que el piloto, una de las muchas piezas del equipo que había liberado al banquero. Si alguna vez volvía a encontrarse con él, no le reconocería, y Valentino no diría ni una palabra sobre el hecho de que ya habían tenido tratos entre ellos y en qué circunstancias.

Esa era una de las reglas que Dante y él habían establecido hacía mucho tiempo, ya que él mismo no podía prescindir de participar activamente en tales misiones de vez en cuando. Algo que Valentino necesitaba para no entumecerse por completo. La adrenalina de las misiones le daba la sensación de estar vivo, mientras que el resto de su ser se entumecía cada vez más. Desde la noche en que, hacía más de cinco años, se sintió vivo y feliz por última vez.

Valentino lo apagó todo, se quitó el casco y los auriculares, esperó a que se detuvieran las palas del rotor principal y se bajó. Hizo una señal al técnico que le esperaba para que se hiciera cargo. Era imperativo que todos los aviones y vehículos de todas las bases del CIS fueran revisados, mantenidos y repostados tan pronto como volvieran para que estuvieran listos para despegar de nuevo inmediatamente.

Matt se le acercó con una sonrisa y levantó la mano para chocar los cinco. "¿Ducha, interrogatorio, una cerveza?".

Valentino se rió y le dio una palmada en la espalda. "Todo exactamente en el mismo orden, pero te equivocas con la cerveza".

"¿Y eso por qué? ¿Te has unido a los abstemios?".

Valentino le guiñó un ojo. "Al contrario. Una cosa sólo puede ser el principio".

La resolución le espoleó.

Pero en cuanto llegó a sus aposentos y volvió a encender el móvil tras la misión de varios días, aparecieron mensajes de su padre e incluso una llamada de su abuela sin contestar. Antes de que pudiera decidir a quién llamar primero, sonó el móvil.

Era Dante. Lo que le dijo su amigo no tenía absolutamente nada que ver con el trabajo, y fue un shock. Uno que hizo que no sólo sus planes para la noche se evaporaran - sino también los de los próximos días.

Menos de una hora después, el comandante Valentino Reyes, director general de Cipriani International Security, se despidió del oficial de guardia en el cuartel general de la CEI africana. Poco después, se sentó en el asiento del pasajero de un helicóptero gris oscuro que se utilizaba exclusivamente para misiones civiles. Uno de los pilotos de la base le llevó hacia el sur, a Accra, la capital de Ghana, donde aterrizaron en el helipuerto del aeropuerto internacional de Kotoka. Un coche ya estaba esperando y el conductor le llevó directamente a la Terminal 3.

El sol desaparecía aquí, a unos seiscientos kilómetros al norte del ecuador, año tras año, poco antes o después de las seis y volvía a salir por el horizonte más o menos a la misma hora de la mañana. Los días duraban doce horas con ligeras variaciones, al igual que las noches. Cuando Valentino se sentó en su asiento de la ventanilla de la clase preferente del Airbus de British Airways, ya había anochecido. Miró hacia la pista a través de la ventanilla. Ahora lamenta no haber bebido nada. El alcohol al menos habría amortiguado los pensamientos que le surgieron. No, no lo habría hecho, tenía que hacerlo. Valentino lo compensaría antes del despegue. Estiró el brazo y pulsó el botón de las azafatas.

Mientras el avión rodaba hacia la pista, bebió la última gota de whisky antes de deslizar el pesado vaso bajo la cinta elástica del bolsillo del asiento y cerrar los ojos. Tal vez eso, combinado con el poco alcohol, fuera suficiente para no pensar en que estaba volando hacia una boda.

¡Como si eso fuera problema suyo! Ignoró la desagradable voz de su cabeza.

Una boda de la que nunca se había hablado hasta hoy. Al menos no a él. Lo cual era absurdo. No sólo el novio era uno de sus mejores, más antiguos y más cercanos amigos. No, también eran parientes, y Tommaso ni siquiera se había molestado en decirle personalmente que se casaba. El malestar de Valentino ante los presagios de lo que se avecinaba eclipsó su enfado con Tommaso.

¡El problema no es él, es su hermana!

Odiaba esa voz en su cabeza. Sobre todo porque con su afirmación daba en el centro del problema.

Llevaba años evitándola. La evitaba y, sin embargo, como un masoquista no reconstruido, siempre intentaba estar al tanto de ella y de su vida. Lo que le impidió finalmente dejarla ir. Y por lo tanto su perdición. ¿Cómo iba a olvidarla si se veía obligado a averiguar dónde estaba cada vez, o incluso planeaba venir, antes de meterse en la boca del lobo? El círculo familiar. Que evitaba en la medida de lo posible, pero había demasiadas coincidencias entre ellos. Que era en última instancia la razón por la que él no ... ¡No!

Valentino estiró el brazo para llamar a la azafata. Pero ella le leyó el pensamiento, ya estaba a su lado y cogió el vaso usado del bolsillo del asiento. Levanta el vaso. "¿Otro whisky, señor?"

Preferiblemente dos o incluso tres, estaba en la punta de la lengua. En lugar de eso, se limitó a asentir. Se lo terminó y pidió otro. Él, que apenas toleraba el alcohol y ponía contra las cuerdas a sus amigos bebiendo agua en Cipriani's durante sus ya raros encuentros cara a cara. Era piloto, ¡por el amor de Dios! Como mucho se permitía una cerveza después de una misión agotadora, y sólo si podía estar seguro de permanecer en tierra el tiempo suficiente antes de tener que volver a volar. Lo cual era bueno para él ahora. No para su cuerpo, sino para su mente, que se hundía en la niebla. El tercer whisky en media hora desde que subió al Airbus noqueó a Valentino. Su cabeza se hundió hacia un lado. Antes de que los párpados se le cerraran del todo, el cuerpo le pesaba y la respiración se le hacía más lenta. Pero eso no cambió el hecho de que ella se materializó en su cabeza. Tamara. ¡Mierda!

CAPÍTULO 14

Unas horas antes.

A doce mil kilómetros de distancia en una zona horaria diferente.

Estudios Paramount, Melrose Ave, Hollywood, EE.UU..

Tamara De Marino se secó la frente húmeda con la manga de su bata blanca. El calor de pleno verano tenía a California firmemente agarrada. Lo cual era absolutamente normal a finales de julio, pero no el hecho de que el aire acondicionado del estudio donde se estaba construyendo el decorado para las tomas interiores de la elaborada película volviera a no funcionar correctamente. Los técnicos estaban trabajando a toda máquina para encontrar el motivo de la avería y solucionar el problema, sólo que llevaban haciéndolo desde la semana anterior. Sin embargo, la sudoración de Tamara en ese momento se debía probablemente más al hecho de que aún no le había dicho al actor principal, de quien era maquilladora personal, MUA para abreviar, que volaba a Europa a última hora de la tarde.

"Me gusta ese color en tus mejillas". Phil Prescott, que estaba tumbado en lugar de sentado relajadamente en la silla de maquillaje ergonómica tapizada en ecopiel, le sonrió.

"Déjate de muecas". Puso los ojos en blanco y pulsó el interruptor con el pie, lo que activó el sistema hidráulico e inclinó toda la silla un poco más hacia atrás.

"No lo son, Tammy". Dibujó la vocal de su nombre corto, por el que todos aquí la llamaban.

"No me importa cómo lo llares si arruinas mi trabajo, Sonny".

Acentuó su nombre del mismo modo que él hizo con el suyo. La única diferencia era que a ella no le gustaba el menosprecio, a diferencia de él.

Tamara parpadeó dos veces seguidas. Eso siempre funcionaba cuando su cerebro cobraba vida propia y no se concentraba en su trabajo. Apretó los dientes y mojó las puntas de la brocha de maquillaje en los polvos para el rostro, que combinaban perfectamente con la tez de Phil Prescott, antes de levantar la vista e inclinarse hacia delante.

Sonny apretó los labios y le sopló en el cuello. Tamara se estremeció.

Entonces utilizó su voz de "fóllame", que había estado practicando para algunas escenas en las últimas semanas. "Dios, me encantan tus pechos."

Ella se estremeció, pero olvidó la brocha de maquillaje en su mano levantada. Una nube de polvos se extendió por el rostro del actor.

"¡Porca la miseria!"

"Y me encanta cuando hablas italiano". Las comisuras de sus labios se crisparon.

"¡Era una maldición, idiota!"

Le agarró las muñecas con las dos manos al mismo tiempo y tiró de ella para acercarla. Si hubiera llevado tacones, habría caído inevitablemente sobre su regazo. Pero con los zuecos de cuero que llevaba en los estudios, tenía la necesaria

Estabilidad, y no sólo en relación con su cuerpo.

Ella no lo quería. Ya no. Ella había sabido de todos modos que el sexo con él era un error. Pero ella era sólo carne y hueso y Phil Prescott era ...

No había nada malo en él, se defendió en su momento de debilidad. El hecho era que las

mujeres de entre ocho y ochenta y ocho años de todo el mundo flipaban cuando le veían. Y así había sido desde que Phil Sonny Prescott había sido elegido coprotagonista de una historia de amor cuando tenía diecisiete años.

En la película, la actriz protagonista se enamoraba de él, pero se casaba con el millonario heredero, unos años mayor que ella y que se estrellaba en un accidente de avión en la región amazónica hacia el final del drama romántico. Sonny se convirtió en la estrella adolescente de Hollywood con el papel del actor secundario despechado. Y eso a pesar de que no besó a la joven viuda en la escena final, sino que le hizo un gesto con el dedo y se fue paseando por la playa hacia la puesta de sol. Como resultado, la producción encargó inmediatamente una secuela que nunca antes se había planeado, con Sonny en el papel protagonista. Este papel le valió un Oscar con sólo dieciocho años, y a Paramount el mayor éxito de taquilla del año.

"¿Qué tal si finalmente dejas de pelear conmigo, Tammy? En vez de llamarme idiota, podrías pensar en un apodo italiano para la próxima vez que tengamos sexo..."

Tiró de sí misma con ambos brazos al mismo tiempo y empujó contra la parte superior de su cuerpo. La silla de maquillaje profesional ligeramente inclinada hacia atrás no se movió, por supuesto, razón por la cual su cuerpo no cedió y los dedos de Tamara se clavaron profundamente en el pecho de Sonny. Lo que sin duda dolió. Pero en lugar de empujarla hacia atrás, él la agarró por los hombros, la acercó y apretó sus labios contra los de ella. Ella abrió la boca sorprendida y su lengua se hundió en ella. Tamara le dio un mordisco. Sonny gruñó, ella sintió el sabor de la sangre, él la empujó y ella cayó de culo. Confundida, miró hacia arriba.

La hermosa estrella de cine ya no estaba sentada en su sillón de maquillaje, sino de pie a sus pies con las piernas ligeramente cruzadas. Por enésima vez en semanas, se preguntó por qué estaba tan obsesionado con ella cuando podía tener a cualquier mujer del mundo. Pero ahora su boca no estaba curvada en una sonrisa encantadora como solía estarlo cuando la miraba.

Con expresión seria, le tendió la mano. "¡Un simple no habría bastado!".

Dejó que la levantara, pero sólo cuando estuvo de pie frente a él, más o menos a la altura de sus ojos, le respondió con una contrapregunta.

"¿Un simple no, Sonny? ¿Por qué? ¿Habría funcionado mejor que otras cien variaciones desde entonces?"

"¿Tan malo fue el sexo conmigo?" La miró como un cachorro desorientado y le apretó la mano con la segunda.

Aparte de que su cara estaba empolvada en lugares donde no debía estarlo, sus ojos brillaban húmedos. Lo que no podía estar bien, ¿verdad?

Tamara lanzó un suspiro de alivio. ¡Merda! Debería haberse tomado en serio todas las señales antes de la noche en que había cruzado el límite que ella misma se había impuesto.

La forma en que Sonny siempre cerraba la puerta de su camerino desde el primer día de rodaje en cuanto ella entraba a maquillarle. Las flores de orquídea individuales en el tocador, que apenas eran regalos de la producción o incluso del director para la maquilladora del actor principal. La tímida sonrisa de Sonny, para nada preparada para la cámara, que sólo le dedicó a ella. Los retoques cautelosos de los primeros días de rodaje. Los más valientes después. Hasta su invitación a cenar con voz insegura. La primera, la segunda, la tercera. Ella debería haberse mantenido firme y haber seguido negándose en lugar de aguantarle tanto tiempo... y finalmente aceptar.

¡Cielos! Seguía siendo un niño a pesar de sus veintitrés años. Estrella de cine mundialmente

famosa o no. Phil Prescott no sólo no parecía un chico malo, sino que no lo era.

Sonny era exactamente como parecía por fuera. Un surfista californiano amable, educado y casi siempre sonriente, al que un cazatalentos de Paramount había recogido de su tabla de surf en la playa, al final de Main Street, en Santa Mónica, y llevado directamente a los estudios, en lo alto de la colina. Se había hecho famoso y no había cambiado. Ninguno de los muchos efectos secundarios de su fama había afectado a la persona que había detrás del actor. Ni los gritos de las fans ni la alfombra roja frente al Dolby Theatre, ni su estatus de figura de culto, que el Oscar había traído consigo, ni los millones en sus cuentas bancarias. Ni la villa de playa en Malibú ... Donde habían tenido relaciones sexuales.

Sexo romántico, lento, demasiado íntimo. En su dormitorio, con sus impresionantes vistas al océano. En la gran cama con ropa de cama blanca y azul estampada con estrellas de mar y caballitos de mar, que a Tamara le había parecido tan increíblemente normal y le había hecho olvidar que él era una estrella de cine.

Un poco también, porque no era el primer actor famoso al que había maquillado en los últimos años. Y tampoco el primero con el que había... Pero esa era otra historia y no pertenecía aquí. Ni a este momento ni a su vida. Pertenecía al pasado y hacía tiempo que estaba archivada en el cajón donde Tamara guardaba todas sus primeras veces. Incluso la primera...

"No, Sonny. Ella no quería sacar su mano de entre las dos de él, pero no podía dejar que él lo tomara como una señal de que no lo estaba haciendo. Con cuidado, retiró los dedos y apretó los suyos, haciendo lo mismo de forma sincronizada con la otra mano hasta que ambos estuvieron abrazados. Levantó la barbilla y le miró fijamente a los ojos. "Fue una noche especial, que siempre recordaré con cariño".

Le rechinaban las mandíbulas.

Tamara no sabía hasta qué punto era cierto lo que la prensa rosa había escrito sobre él en relación con las mujeres desde su irrupción y todas las demás hipótesis sobre su vida amorosa que circulaban por las redes sociales.

Sin embargo, había conocido a su hermana, que era cinco años mayor que él. La misma edad que ella. Había venido a un rodaje, así que apenas se habían hablado, pero Tamara había percibido la estrecha relación entre los hermanos... e inmediatamente pensó en Tommaso. Su hermano era siete años mayor que ella y no se comportaba de forma diferente con ella. Cariñoso, pero sobre todo protector.

Así que si Tamara hubiera conocido a la hermana de Sonny antes de ceder a su insistencia, habría abandonado su villa de la playa inmediatamente después de la cena. No, ni siquiera habría acudido a él cuando le explicó que un chef privado y el maître, que les había servido la cena de varios platos en la terraza, eran la única forma de evitar a los paparazzi. Nunca se habría arriesgado a hacerle daño, aunque hasta ese momento no se había dado cuenta ni remotamente de que Sonny no la veía simplemente como una muesca en su pata de la cama. E incluso si hubiera ido a cenar a Malibú de todos modos, su encuentro habría seguido siendo amistoso y desde luego no habría derivado en un romance que se había convertido en sexo demasiado tierno.

"¡Cinco minutos!" Ambos se sobresaltaron al oír la llamada del subdirector, que llamó al mismo tiempo a la puerta del guardarropa.

Pero no tuvo que volver a decirle a Sonny que se sentara en la silla de maquillaje, lo hizo él mismo. Profesional hasta la médula. Tamara cogió una borla y retiró el exceso de polvos. Luego encendió la lámpara para poder hacer los últimos ajustes antes de sacudir la brocha de maquillaje

y sumergirla en los polvos. Se acercó a la cara de Sonny con ella mientras él le agarraba la muñeca y buscaba su mirada.

"Me gustas mucho, Tammy". Su voz sonaba áspera, ladeada. Se aclaró la garganta, siguió hablando. "Mucho. Pero aunque mucha gente piensa que alguien de mi edad, que sólo se hizo famoso por su aspecto, tiene que ser necesariamente estúpido, yo no lo soy. Desde el principio supe que no correspondías a mis sentimientos". Se interrumpió, inspirando y expirando profundamente. "Pero de alguna manera esperaba que pudieras olvidarte de él".

Tamara frunció el ceño. "¿Le has olvidado?" Le miró interrogante.

Sonny asintió. "Me refiero al hombre que posee tu corazón".

Fue la señal acústica del plató la que avisó del último minuto antes de que empezara el rodaje y evitó que Tamara tuviera que replicar. Sin embargo, no habría podido decir nada de todos modos. No sólo porque se le había hecho un nudo en la garganta y no tenía voz.

No obtuvo respuesta, aunque era evidente que su estúpido corazón no estaba de acuerdo. Palpitaba tan fuerte que podía sentirlo contra el cuello y la sien. Y cada latido sonaba como una de las cuatro sílabas que se repetían una y otra vez. Va. Len. Ti. No. Va. Len. Ti. No. Va. Len ...

Tamara se apretó con fuerza las palmas de las manos a ambos lados de la frente hasta que el zumbido y las palpitaciones remitieron, y se dio cuenta de que Sonny había salido del camerino. Arrojó el cepillo sobre el tocador, se apoyó en el borde de la mesa con ambas manos y se miró en el espejo.

¡Merda! Había jurado a Glen Harper, el ayudante de producción, que se lo diría a Sonny en persona. Eso había sido hacía seis días, después de que su hermano la obligara a hacer una videollamada la noche anterior para presentarle oficialmente a su novia embarazada. Lo que debería haber sido la guinda del pastel tras una serie de acontecimientos totalmente increíbles, inesperados, a veces dolorosos, a veces felices.

En Pascua, había ofendido a Tommaso con un comentario sarcástico sobre su vida de mujeriego, por lo que éste había abandonado el hogar familiar antes del postre. No sin que antes su madre le dijera que sólo utilizaba a las mujeres para el sexo, lo que significó que la casa no sólo quedó desordenada, sino que los De Marino no se comunicaron entre sí durante semanas. Especialmente ella y su hermano. Algo que Tamara había querido arreglar a finales de mayo.

Cuando miles de gitanos se reunían en Saintes-Marie-de-la-Mer para la romería de su patrona, Sara la Negra, siempre reinaba ese ambiente que tanto le gustaba a Tamara. La música entusiasta de los acordeones y los violines, las telas de colores con que los peregrinos adornaban la estatua de Sara la Negra, la procesión desde la iglesia hasta la playa. Las innumerables lenguas de los romaníes, los sinti, los gitanos, los kalé, en fin, todos los gitanos del continente europeo, que se mezclaban y formaban una unidad de todos los grupos, el pueblo que eran. Allí, en el pequeño pueblo del delta del Ródano, en plena reserva natural, donde los caballos blancos de la Camarga galopaban libremente por las marismas, se dio cuenta realmente de lo afortunada que era. No sólo era querida por sus padres y su hermano, sino que formaba parte del círculo de los Gipsys elegidos, en cuyo centro se encontraba el Árbitro. El hombre que siempre había sido el primogénito de los ciprianis durante siglos, que dirimía las disputas, luchaba contra la injusticia y se aseguraba de que ninguno de los suyos fuera excluido o pasara hambre. Así que no había mejor momento para disculparse ante Tommaso que en el Festival Gitano de Provenza, como llamaban los gagé a este acontecimiento, en el lugar que siempre proporcionaba a Tamara paz

interior.

le había dado. Saber que tenía que evitar a Valentino, que por supuesto protegía y protegía a Dante cada año junto con los otros cinco, había convertido su equilibrio en este lugar mágico en malestar. Por eso, hacía tres años, se había marchado la misma noche de su llegada. Y el año anterior, no había pedido una semana de vacaciones a finales de mayo en los estudios. Pero este año, su añoranza de la Provenza había vencido a su malestar y no había podido participar.

Su ambición y la increíble cantidad de dinero que su hermano había invertido en su formación en las academias de maquillaje más destacadas del Reino Unido y Estados Unidos habían dado por fin sus frutos. Christine Blundell, que años atrás le había augurado un futuro excepcional, la llamó personalmente una tarde. Tamara había seguido especializándose en diversas técnicas específicas del cine, incluso después de haber trabajado ya en dos películas y varias producciones de series en su país natal y una en un pequeño estudio de Hollywood. Siempre había formado parte del equipo de maquilladores responsables del maquillaje y el peinado de los actores. Sin embargo, hasta ahora sólo ha podido utilizar sus especiales dotes de maquilladora en dos ocasiones.

Tamara recibió la oferta de los estudios Paramount para ser la maquilladora personal del actor principal de una película de alto presupuesto, donde también se demandaban sus conocimientos de maquillaje, a través de Christine Blundell, dos días antes de volar a Provenza. Así que cambió su billete de avión a Marsella por otro a Los Ángeles. Había firmado el contrato en los estudios Paramount de Hollywood, lo que significaba que había saltado varios peldaños en la escala profesional y aterrizado directamente en el paraíso de los maquilladores de la industria cinematográfica.

Tamara había querido decírselo a Tommaso en persona en Londres y pedirle disculpas por sus desconsideradas e hirientes palabras en Pascua antes de reanudar su trabajo en Leeds en el equipo de maquillaje de la serie de televisión. Por suerte, el rodaje del final de temporada estaba al alcance de la mano, lo que le permitía rescindir fácilmente su contrato para el interminable culebrón y preparar su traslado temporal a Los Ángeles. Sin embargo, su hermano estaba en Roma para un proyecto de construcción de Cipriani Ltd y no tenía previsto regresar a Londres tan pronto. Se callaba las verdaderas razones. Tamara había tenido la sensación de que el estrecho vínculo que los unía, basado en la confianza mutua a pesar de la diferencia de edad, se había roto el Domingo de Pascua por culpa de su boca descarada y ya no podía repararse, de lo cual sólo ella era culpable. Su hermano aún estaba en Italia cuando ella dejó su trabajo en West Yorkshire y voló a California tras una breve estancia en casa de sus padres en Londres.

Como resultado, Tamara no había visto a Tommaso desde Pascua.

Los escasos mensajes de texto entre ellos eran breves y no había más llamadas telefónicas debido a los diferentes husos horarios y a que ambos estaban muy ocupados en el trabajo. Se había enterado por su madre de que Tommaso se había enamorado perdidamente de la estrella de los Flying Dukes, una acróbata trapecionista del circo Once-upon de Irlanda del Norte. El circo de Belfast, que había saltado recientemente a los titulares debido a las conexiones desconocidas de Dante y Damiano Cipriani con su propietario. Pero Tamara se había enterado después de la llamada de su madre. Se había reído de que su hermano tuviera novia y había supuesto que Florence era una mujer más en la vida de Tommaso, como todas las anteriores.

Nunca habría esperado que su pedante y fóbico hermano no sólo le informara del embarazo de su novia en una videollamada, sino que también invitara a Tamara a su boda en el Once-upon-

Circus de Belfast. Una que se celebraba dentro de dos días. O mañana a última hora de la tarde, porque ella volaría nueve horas contrarreloj. ¡Merda!

Tamara retiró las manos de la mesa de maquillaje, arrojó al maletín de maquillaje los utensilios que necesitaba en el plató durante las breves pausas del rodaje y salió apresuradamente del camerino. En cuanto se interrumpió el rodaje, corredores de plató, técnicos de sonido, técnicos de iluminación y un sinfín de personas más zumbaban a su alrededor, sin dejarles prácticamente ninguna intimidad.

Pero no le quedaba más remedio si quería adelantarse a Glen en el último minuto, antes de que el ayudante de producción cumpliera su advertencia de ayer e informara al propio actor principal de que su MUA personal iba a estar de baja unos días y que alguien la sustituiría temporalmente.

Y ya era demasiado tarde, como se dio cuenta Tamara cuando dobló la esquina y se dirigió a la silla etiquetada como Phil Prescott.

Sonny se paró frente a Oliver Leech, el director, que le habló en voz baja y le agarró el hombro. Él se sacudió la mano. Luego giró la cabeza y la reconoció. La ira y la decepción eran evidentes en su rostro. Tamara dejó con cuidado el estuche de maquillaje y se acercó a él. Él levantó ambos brazos, los extendió delante de él y la detuvo.

"Puedes irte, Tamara." Ella hizo una mueca. Él nunca solía llamarla así, siempre sólo Tammy. "No importa si te quedas unas horas más o no. No pensaste que valía la pena informarme personalmente de que te tomabas unos días libres. Tu sustituta bien podría empezar ahora".

"Mi hermano se va a casar, Sonny. No puedo dejarlo colgado".

Su rostro se volvió serio. "No él, sino yo, obviamente". De repente parecía más viejo y maduro. Resignado.

"¡No voy a hacer eso!" A Tamara se le quebró la voz. Se dio cuenta de que había silencio a su alrededor y todo el mundo miraba a Sonny y a ella. No le importó. "Sólo voy a la boda y volveré en unos días. Definitivamente antes de que se filmen las últimas escenas planeadas aquí en el estudio".

"No me refería a eso, Tamara. Y desde luego no espero que tu hermano posponga su boda por mí o por la película. Pero pensé que éramos el equipo perfecto. Debiste hablarlo conmigo en cuanto te enteraste, no con nadie más".

Tamara observó de pasada que el ayudante de producción se aclaraba la garganta, ante lo cual el director lo fulminó con la mirada y siseó algo antes incluso de que Glen abriera la boca. Sus ojos estaban fijos en Sonny. Dio un paso hacia él, pero él negó con la cabeza, le tendió la mano y le señaló la dirección por la que había venido. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Tamara le siguió con la mirada, atónita. Cuando Glen Harper también se dio la vuelta sin decir palabra, se quedó helada. Oliver Leech, que, a diferencia de otros directores mucho menos famosos, no era en absoluto distante, la saludó con la cabeza, pero con un gesto circular de la mano le transmitió exactamente lo que Sonny había dicho. Debía irse, abandonar el plató.

Por supuesto, ¿qué más? Había desairado a la estrella masculina de la película, que aún tenía pendiente todo el rodaje en África. Debido a las condiciones climáticas de las distintas localizaciones entre la selva tropical y la sabana, el rodaje en exteriores se había programado después del rodaje en estudio, que con suerte terminaría en unos días. Se les informaría de la fecha exacta.

Todos sabían que rodar fuera de los estudios climatizados sacaba el lado desagradable de cada uno, independientemente de si trabajaba delante o detrás de la cámara. Sobre todo cuando se

rodaba en zonas inhóspitas y alejadas de la civilización. Está claro que nadie quería estropear las cosas con Phil Sonny Prescott, cuando ya era imposible rodar una sola escena entre él y Gracy Stone, la actriz protagonista, sin múltiples tomas repetidas. Por eso ya habían aumentado el número previsto de días de rodaje en el estudio. De no haber sido así, Tamara podría haber volado a África vía Belfast y no habría tenido que tomarse ningún día libre. Se dio cuenta ahora al sentir los ojos de la actriz sobre ella, que no le caía bien. Aunque el sentimiento era mutuo. Igual que entre Gracy y Sonny. Los dos eran como el gato y el ratón, lo que se debía a la mujer engreída y sobreexcitada que -según su biografía oficial- era doce años mayor que él y, al parecer, pensaba que caería rendido a sus pies y se metería en su cama. Phil Prescott, en cambio, era el actor más normal y realista que conocía. Hasta el momento. Si Sonny sacaba a relucir sus aires de grandeza, sería un desastre.

Tamara había adquirido suficiente experiencia en el mundo del cine desde que, a los diecinueve años, le permitieron ayudar por primera vez en un plató a la destacada maquilladora Christine Blundell. Sabía cuándo mantener la boca cerrada, por difícil que le resultara. Aunque lo único que quería era disculparse con Sonny. Hoy le había hecho daño dos veces. Primero al hombre que le había confesado sus sentimientos, luego al actor con el que trabajaría durante muchas semanas más, a menos que él exigiera su dimisión y Paramount cancelara su contrato. Lo cual no era ningún problema dadas las circunstancias. Nadie se atrevía a pedir unos días libres durante el rodaje, y menos la maquilladora personal de un actor principal. No importaba la ocasión. La producción había sido más que comprensiva y el asistente le había pedido que no hiciera otra cosa que hablar con Sonny e informarle. Cosa que no había hecho. Porque este asunto privado se había interpuesto entre ellos. Ella había pospuesto constantemente a ambos - y ahora ...

Tamara no se permitió seguir adelante con la idea, ya que sólo habría conducido a más caos. Porque inevitablemente habría seguido tejiendo el hilo como una araña teje su tela... y habría acabado de nuevo con Tommaso. Lo cual no era malo en sí mismo, si él y su boda flash no significaran obviamente que todos sus amigos estarían allí. Los cinco. Todos ellos, incluido el que Tamara no quería ver por nada del mundo. Al que había estado evitando durante años con tanto éxito como él a ella. Ya era bastante malo que él siguiera rondando por su cabeza después de todo lo que había pasado, y que ocupara un lugar en su corazón como uno de esos ocupas ilegales que ocupan un edificio. Sólo que Valentino era aún más testarudo que uno de esos a los que se podía desalojar por medios legales, incluida la fuerza policial si era necesario. Había anidado en sus estúpidos corazones como el huevo de un cuco en un nido al que en realidad no pertenecía. Estaba atrapado allí y se aseguraba de que ningún otro hombre tuviera la más mínima oportunidad con ella.

Tamara no había querido seguir pensando en ello y, sin embargo, había acabado exactamente donde le dolía. Cogió su maletín de maquillaje, salió de la zona del plató y poco después entró en la habitación de la maquilladora jefe, que estaba a cargo del equipo de MUA responsables de todos los actores excepto los dos protagonistas. Sonny la tenía a ella, Gracy Stone tenía a todo un equipo de personas pululando a su alrededor. Desde una asistente personal, una maquilladora, una peluquera, una artista de uñas y una esteticista, hasta un tipo que se encargaba de sus cuentas en las redes sociales y la fotografiaba constantemente.

"No tienes que decirme nada, ya me he enterado". Helen le quitó la maleta, que llevaba impreso en grande el nombre de Sonny, y dirigió a Tamara una mirada pesarosa.

Intentó sonreír y se encogió de hombros. "Las producciones cinematográficas son peores que

los jardines de infancia".

Helen sonrió. "Mala comparación, Tammy. Probablemente porque no tienes que tratar con padres y madres en las reuniones de padres. O en el club de golf, al que tu marido sólo se unió para poder atraer a clientes solventes de otros abogados de divorcios... con tu ayuda, claro".

Tamara sintió que la sonrisa se le dibujaba en la comisura de los labios. Al menos no había perdido por completo el sentido del humor.

"En este momento, me encantaría intercambiar lugares contigo, Helen. O quedarme".

Helen levantó una mano y movió el dedo índice de un lado a otro. "Se hacen películas todo el tiempo, pero tu hermano sólo se casa una vez. Asegúrate de escapar. Tenemos todo bajo control aquí, incluido a Sonny".

"No estoy tan seguro de eso".

Helen tiró de ella hacia su expansivo pecho y la abrazó brevemente antes de dar un paso atrás. "En lo cual tienes razón en un aspecto. El chico está enamorado de ti, por eso voy a ocuparme personalmente de él. No hay ningún peligro de que se enamore de mí, ni de que yo me enamore de él. En lugar de eso, voy a darle un montón de sabiduría maternal. Incluso podríamos rodar las escenas finales de Sonny y Gracy juntos más rápido si no estás allí para distraer a Sonny. O Gracy tiene uno de sus infames ataques de celos porque lo quiere a él y él sólo tiene ojos para ti. En cuanto vuelvas, todo volverá a ir bien".

"Si no se asegura de que me despidan".

Helen se rió. "De ninguna manera, Tammy. Sonny está colado por ti y tienes un talento excepcional en nuestra profesión. Hace sólo unos días, alguien de la dirección del estudio me dijo que están pensando en ofrecerte uno de esos raros contratos para varias producciones."

Tamara abrió mucho los ojos.

Helen la agarró por los hombros y bajó la voz. "Eso no te lo he dicho yo, ¿vale? Ahora lárgate de aquí y mira el lado positivo. Tendrás tiempo de ducharte tranquilamente en casa y no tendrás que estresarte por llegar a tiempo al aeropuerto".

Tamara salió de la habitación, del estudio y poco después del enorme recinto de los Estudios Paramount casi a toda prisa y caminó los pocos minutos que la separaban del feo bloque de hormigón donde había alquilado el minúsculo loft. El calor, el sudor que empapaba por completo su ropa, luego la ducha y finalmente la corriente de aire del aire acondicionado hicieron que todos los pensamientos desagradables sobre su trabajo y Sonny quedaran relegados al fondo de su mente.

Y no volvieron cuando Tamara facturó en el mostrador de British Airways horas más tarde y se enteró de que un tal Tommaso De Marino había conseguido un ascenso a clase preferente. Esto le hizo sonreír y esperar con impaciencia poder abrazar pronto a su hermano.

Tamara embarcó en el Boeing 777 y se dio cuenta de que su asiento estaba rodeado de altos tabiques que le recordaban a un nido. Inmediatamente recordó el huevo de cuco de su corazón, que tenía un nombre. Valentino. Tamara buscó frenéticamente a la azafata y pidió un whisky antes de sentarse. Tenía que ahogar sus pensamientos en alcohol para poder conciliar el sueño lo antes posible en lugar de tener que quedarse pensativa durante el largo vuelo nocturno. En cuanto el avión bajó el pico y se apagó el pictograma del cinturón de seguridad, hizo que le trajeran un segundo whisky. Finalmente un tercero. Sin darse cuenta de que el hombre que siempre había estado en su vida y le había robado el corazón había hecho lo mismo no muchas horas antes. Por la misma razón que ella.

CAPÍTULO 15

*Justo antes de la una de la tarde.
Groombridge Road, Hackney, Londres.*

Los tres whiskies al comienzo del vuelo nocturno de Accra a Londres, la misión de varios días antes y el cambio de un clima tropical a uno británico le habían dejado noqueado. Tanto que, cuando Valentino se despertó, tardó unos minutos en reconocer el dormitorio. Hacía años que no iba a Londres. Su última visita a Europa había sido hacía dos meses. Sólo había volado a Francia porque Dante le había ordenado categóricamente que viniera a Saintes-Marie-de-la-Mer. Valentino apartó las sábanas y balanceó las piernas sobre el borde de la cama. En cuanto la parte superior de su cuerpo siguió el movimiento, un dolor agudo estalló en su cabeza. Se obligó a mantenerla firme mientras se levantaba y avanzaba con cuidado hacia el cuarto de baño contiguo. Automáticamente, abrió el lado derecho del armario con espejo que había sobre el lavabo, buscó el paquete grande de aspirinas, abrió la tapa de plástico y se echó tres pastillas a la boca. El envase de plástico cayó al suelo y el resto del contenido se esparció por el mármol. No le importó. Se agachó y puso la palanca de la grifería en frío. El agua fría corrió por su cabeza, penetrando en sus oídos. Con ambas manos, se echó más agua en la cara y bebió unos tragos con avidez para quitarse el sabor amargo de los analgésicos. Cuando cerró el grifo y levantó la cabeza, el dolor ya no era agudo, sino sordo. Era mejor. Pero eso no cambió su reflejo en el espejo.

Tenía el pelo demasiado largo y parecía despeinado.

El rastrojo ni siquiera pasaba por barba de cinco días.

Sus huesos maxilares se habían vuelto aún más angulosos tras la misión en la zona fronteriza, durante la cual había vivido casi exclusivamente de raciones militares.

Por no hablar de los pómulos, sobre los que se extendía la piel bronceada por el sol africano.

No tuvo que quitarse la camiseta de las axilas ni mirar hacia abajo para darse cuenta de que no tenía ni un gramo de grasa en las costillas. Pero su cuerpo era nervudo y sus músculos pronunciados, por todas partes. No había uno solo que no entrenara en exceso. Inconscientemente, se metió la mano entre las piernas. Su pene semiduro era sin duda el único músculo que descuidaba. Quizá debería hacerlo ahora que estaba en Londres... Dio un respingo y levantó la mano. ¡Mierda!

Por supuesto, en cuanto el Airbus hubo atracado en Heathrow tras el vuelo nocturno de casi siete horas y se abrió la puerta de la cabina, se levantó y salió del avión.

Por supuesto, había pasado el control de pasaportes y sacado su equipaje de la cinta transportadora antes de subirse al primer taxi de la cola fuera de la terminal.

Obviamente, le había dado al conductor la dirección de su casa, al final de Groombridge Road, en Hackney. Si no, no se habría despertado en su dormitorio.

Sin embargo, no recordaba cómo había llegado al piso superior y a su cama. Debían de ser antes de las ocho, ya que el vuelo había aterrizado inesperadamente a tiempo y el viaje en taxi de madrugada sólo había durado poco más de una hora antes de que la hora punta atascara las calles. Lo recordó.

También había desconectado el modo avión de su móvil durante el viaje a Hackney y se había dado cuenta de que no aparecía ningún mensaje nuevo. Comprensible, porque la gente normal seguía durmiendo a las seis. El último mensaje había sido el que había enviado a Dante la noche anterior, confirmando justo antes de embarcar en Accra que llegaría a Londres a tiempo para poder volar juntos a Belfast en el avión de la compañía.

Todo esto le pasó por la cabeza en los pocos metros que separaban el cuarto de baño del dormitorio. Rodeó la cama y corrió hacia la mesilla, estiró el brazo y salvó el móvil en el último momento, antes de que cayera al suelo. Sólo al segundo intento consiguió desbloquear la pantalla con su huella dactilar. Sus ojos captaron la hora. Valentino gimió. Llegaría tarde a la boda de Tommaso, a menos que ocurriera un milagro. No tenía habilidad para eso, a diferencia de Dante, que obviamente lo conocía tan bien que podía empatizar con él. Leer el mensaje de su amigo, que había escrito hacía unas dos horas, fue la mejor decisión que Valentino pudo haber tomado.

El punto fuerte más destacado del director de Cipriani International Security era que no tenía ningún problema en dar órdenes que esperaba que se cumplieran sin comentarios.

Además, Valentino Reyes ya era uno de los más rápidos durante su entrenamiento básico con la RAF, cuando los reclutas eran despertados de sus literas a la hora de dormir por órdenes gritadas y tenían que alinearse ante el instructor con el uniforme completo en pocos minutos.

Así que no era de extrañar que sólo media hora después, bien afeitado pero con el pelo aún húmedo y cargado con una pequeña bolsa de viaje en la que había metido lo imprescindible para una noche, subiera al Black Cab que le esperaba frente a su casa. Nadie habría adivinado que el hombre del traje sastre negro, la camisa blanca y los zapatos italianos cosidos a mano era la persona que había entrado aquella misma mañana en la elegante villa esquinera de Well Street Common, uno de los parques de Hackney. Dio al conductor la dirección de la torre DDC en Southwark.

Por desagradable que le resultara admitir debilidades personales, envió un mensaje a Dante en cuanto el taxi se puso en marcha.

Las locas noticias tras la misión, ni un minuto de descanso, el vuelo nocturno como pasajero (!), tres whiskies. Evidentemente, fue demasiado para mí. Caí en la cama como una piedra y me quedé dormido, como sospechabas. Gracias por la idea, la pondré en práctica. Vuela del tejado del DDC. Nos vemos.

Valentino envió el mensaje y colocó el móvil a su lado. Estaba sentado en el centro de los tres asientos del habitáculo del Black Cab, con las largas piernas estiradas hacia delante. Perdido en sus pensamientos, sacó la corbata enrollada del bolsillo de la chaqueta de su traje, la abrió, acarició la seda gris oscuro con las rayas diagonales negras apenas perceptibles y volvió a enrollarla. La echó hacia atrás y suspiró. Por mucho que quisiera ignorar todos los mensajes de móvil que le habían llegado en los últimos días en los que había estado ilocalizable en el mundo exterior debido a la misión, no tenía más remedio que leerlos al menos.

Mientras el taxi salía de Hackney en dirección sur, se enteró de que a sus padres también les había pillado por sorpresa cuando Tommaso les envió un mensaje de texto de dos frases informándoles de su compromiso y de que se casaba con poca antelación. Ni siquiera sabían que tenía novia. Ni él tampoco, pensó, antes de leer uno de los rarísimos mensajes de su padre. Papá

le informaba de lo que su primo le había contado en privado, de lo que él, a su vez, se había enterado por su hijo con la misma confidencialidad. Florence Salazar, la casi esposa de Tommaso, estaba embarazada.

A Valentino se le hizo un nudo en la garganta. Abrió la boca y aspiró aire con avidez.

¡Maldita sea!

Durante años, había hecho todo lo posible por evitar el contacto directo con cualquier tipo de mierda familiar. No sólo con parientes, especialmente su madre, sino también encuentros fortuitos con los que siempre habían formado parte de la extensa familia en torno a los Cipriani, y que parecían multiplicarse como conejos a intervalos cada vez más cortos. Estaba Carina, la mujer de Dante, y sus hijas gemelas, porque el muy cabrón estaba asquerosamente enamorado y era padre. Al menos Damiano sólo se había casado y estaba metido hasta las cejas en el enorme proyecto benéfico con su mujer, así que al menos no había peligro de que Lynne se quedara embarazada en breve. Por lo que podía ver Valentino, no sabía más de todo esto de las relaciones que Tiziano y Stefano, que afortunadamente seguían compartiendo su soltería. Lo que había sido el caso hacía al menos dos meses, pero cuando se habían conocido en Provenza, Tommaso también había estado soltero, y ahora... Valentino borró ese pensamiento. Prefería pensar en la última vez que se había reunido con sus amigos a finales de mayo en Saintes-Marie-de-la-Mer, donde habían pasado unos días, como todos los años, en un círculo cerrado en torno al conciliador. La seguridad y la protección de Dante Cipriani durante la peregrinación a Sara Negra, donde se reunían miles de gipsys, muchos de los cuales le pedían consejo, era su cometido. Igual que antes eran los guardaespaldas de Damiano cuando actuaba regularmente en los escenarios más famosos del mundo. Pero ahora el bailar enmascarado Jorge ya no era un misterio, tras haber salido del armario al final de su última sensacional actuación en el Royal Albert Hall, en la que Valentino no estuvo presente. Y ahora corría el riesgo de perderse también la boda de Tommaso.

Al igual que no había asistido al funeral de su tía abuela hacía un año porque no estaba disponible debido a una misión, como Dante le había dicho a Tommaso. Nunca habían comentado qué excusa había utilizado su amigo ante su familia, pero en realidad no importaba. Todos eran profesionales en no hablar de sus trabajos, sobre todo del suyo y del de Tiziano. Nadie necesitaba saber qué servicios de seguridad nacional e internacional ofrecía Cipriani Ltd ni quiénes eran sus clientes. Así que todos iban sobre seguro.

A él en particular. Durante años, sólo había conseguido encontrarse con Tamara en circunstancias absolutamente excepcionales, y entonces sólo con la mayor distancia posible entre ellos. Lo cual cambiaría hoy, porque era impensable que ninguno de los dos se mantuviera alejado de la boda de Tommaso.

Valentino dobló el brazo izquierdo, se echó la manga hacia atrás y miró su Breitling. No era una buena idea, ya que el segundero que avanzaba no le ayudaba a calmar el pulso. Tampoco le ayudaba el hecho de que el taxi hacía tiempo que había atravesado el túnel bajo el Támesis y podía ver el Tower Bridge a la derecha y el rascacielos que se asemejaba a un enorme trozo de cristal a la izquierda. Unos minutos más tarde, Valentino echó un vistazo a la habitual aglomeración de gente frente a la entrada de The Shard, que se eleva a trescientos diez metros de altura, antes de que el taxi se detuviera frente a la torre DDC, de espejos negros, que medía aproximadamente la mitad.

Valentino pagó el billete con el lector de tarjetas del habitáculo, cogió su bolso, salió del coche

y entregó al conductor una moneda de dos libras por la ventanilla abierta. Luego se dirigió a toda prisa hacia el edificio, cuyo nombre procedía de las iniciales de los propietarios, Dante y Damiano Cipriani, y era la sede de Cipriani Ltd. No tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para reconocer el inconfundible sonido del rotor de un helicóptero, pero lo hizo de todos modos. Una sonrisa fugaz cruzó su rostro al reconocer el Aston Martin Edition ACH130 gris plateado.

Nunca admitiría ante Dante que le encantaba esta joya, con la que su amigo le había sorprendido el año anterior. Entre otras cosas porque el lujoso helicóptero, que a primera vista no se diferenciaba en nada de cualquier otro Maverick, era oficialmente una aeronave del CIS. Dante fingía que sólo lo había adquirido porque los beneficios de Cipriani International Security eran tan elevados que se veían obligados a invertir para mantener los impuestos lo más bajos posible. Pero ambos sabían que el otro mentía. Dante se había enamorado del helicóptero Airbus personalizado por Aston Martin, igual que amaba su Aston Martin. Sin embargo, lo había comprado para Valentino, lo que quedaba claro por la directiva interna de la empresa a todos los pilotos de que el ACH130 sólo debía pilotarlo el comandante Reyes.

Por eso Valentino no se sorprendió en absoluto cuando Ray Coleman se quitó las gafas de sol y le miró con fijeza desde debajo del casco en la cabina mientras salía del ascensor exprés, pisaba el porche acristalado y llegaba al helipuerto marcado con una H en el tejado de la torre DDC. A estas alturas, el ex mariscal del aire de la RAF rondaba los cincuenta años, su barba y su pelo recortado moteados de gris, su rostro arrugado y era el máximo responsable del cuartel general del CIS en Colchester. Pero ahora no era más que un hombre al que se le había permitido jugar con el mayor de los juguetes.

"Cuando quieras otra vez, Valentino". Con estas palabras, Ray confirmó su suposición después de ponerse el casco con los auriculares integrados y poder oírle.

"Te tomo la palabra". Le guiñó un ojo al piloto mayor a través de la puerta abierta, que se deslizó hasta el asiento contiguo.

Inclinándose ligeramente hacia delante, a pesar de que las palas del rotor que giraban lentamente sobre él nunca podrían tocarle, se quitó la chaqueta y la colocó junto a su bolsa de viaje en uno de los asientos traseros antes de sentarse en el asiento del piloto. A continuación flexionó las piernas y se aseguró de que las suelas de sus zapatos descansaban completamente en el suelo. Sólo entonces agarró el extremo ergonómico de la compleja palanca de control. En ese mismo momento, Valentino pasó automáticamente al modo profesional y se convirtió en piloto.

"¿Autorización para el corredor de vuelo urbano?"

"Emitido, coordenadas introducidas."

"¿Ruta de vuelo presentada?"

"Y confirmado". Ray enfatizó sus palabras con un movimiento de cabeza.

¿"Gasolina"?

"Absolutamente suficiente hasta repostar en Belfast antes del vuelo de vuelta".

"Características especiales, ¿algún incidente?"

Ray sacudió la cabeza y guiñó un ojo a su vez. "Ninguno desde nuestra base de aquí, así que le sugeriría que lo pusiera a mi disposición para un vuelo de prueba lo antes posible".

Valentino seguía riendo, incluso después de que Ray se quitara el casco, saliera del helicóptero, cerrara la puerta desde el exterior y caminara bajo las aspas giratorias del rotor hasta la fachada acristalada del ascensor. Se despidieron con un cortante saludo militar. Valentino aumentó la velocidad de los dos rotores y se puso en contacto por radio con el control de vuelo. En pocos

segundos recibió autorización para despegar. En cuanto los patines del helicóptero se despegaron del techo, lo elevó verticalmente hasta que pudo ver la cima de The Shard a unos cuantos metros por debajo de él. Sólo entonces Valentino inclinó un poco hacia delante el helicóptero, que ronroneaba tranquilamente, y aceleró. En cuanto dejó atrás la zona urbana, aceleró hasta algo menos de doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Intentó disfrutar del vuelo. Respiró el intenso olor del cuero de los asientos. Miró a través de los cristales de la cabina, del suelo al techo, el mar de Irlanda frente a él en cuanto el mar se retiró de tierra firme. Se concentró en la Isla de Man, el paraíso fiscal que tenía delante, hasta que sobrevoló el extremo sur de la isla británica con estatuto especial y se dirigió a la costa norirlandesa. Entonces no tuvo nada para contrarrestar el nerviosismo que empezó en su estómago y se extendió desde allí por todo su cuerpo.

Valentino se alegró cuando por fin se vio obligado a establecer contacto con el control de vuelo de la torre del mayor aeropuerto de Irlanda del Norte, que acalló las confusas voces de su cabeza. Voló en bucle y se aproximó por el norte, fuera de los carriles de aproximación de las dos pistas de aviones. Exactamente a las 17:17, aterrizó su Maverick delante de un hangar de la sección de helicópteros del aeropuerto internacional de Belfast, en Aldergrove.

La boda estaba prevista para las dieciocho. El trayecto desde el aeropuerto hasta el circo situado a las afueras de la capital norirlandesa duraba entre veinticinco y treinta minutos, según le había indicado Dante por mensaje de texto cuando le confirmó que pasaría a recogerle. La limusina ya estaba esperando, algo que Valentino reconoció cuando el conductor bajó del coche aparcado no muy lejos del hangar y levantó el brazo en señal de saludo. En teoría, podría haber llegado a tiempo.

Pero aquí no estaba en una base de la CEI, donde el personal se apresuraba a hacerse cargo de los helicópteros y aviones en cuanto aterrizaban. Él era piloto y responsable de su aparato. Por eso tardó unos quince minutos en hablar de todo con el director del helipuerto, que se le acercó desde su despacho en un rincón del hangar, y entregar su ACH130 a un técnico, que lo introdujo con cuidado en el interior a través de las enormes puertas correderas junto con un segundo hombre. Sólo entonces levantó Valentino su bolsa, que había depositado en el suelo de cemento junto al hangar, y se acercó al coche que debía llevarle de Aldergrove a Belfast.

Valentino Reyes se bajó de la limusina a las 18:04 frente a la entrada principal del impresionante recinto del Once-up-Circus y entró en la carpa del circo unos dos minutos después.

CAPÍTULO 16

Poco después de las dieciocho.

Once-upon-Circus, Belfast, Irlanda del Norte.

El cambio de la brillante luz del sol a la penumbra privó a Valentino de la vista y, extrañamente, del sentido del oído. Por otra parte, enseguida le llegó el olor a serrín y a pescado con patatas fritas, que no era en absoluto lo que había esperado. De todos modos, una boda celebrada en un circo no era compatible con el incienso y el aroma de las velas. Pero como había llegado tarde, estaba seguro de que el cura -o quienquiera que celebrase la ceremonia- estaría de pie en el centro de la pista, delante de los novios, presumiblemente sentados, y hablando cuando él entrase. En cambio, había un extraño silencio, aunque este silencio se intercalaba con ruidos que sugerían la presencia de un gran número de personas, ninguna de las cuales hablaba. Extraño. Pero tal vez estaba demasiado lejos o ...

Valentino entrecerró los ojos, los volvió a abrir y por fin comprendió por qué todo parecía tan oscuro. Se quitó las gafas de sol e inmediatamente se arrepintió.

No tenía sentido especular sobre por qué innumerables pares de ojos miraban en su dirección. La razón era evidente. Agarró con más fuerza el asa de su bolsa de viaje con una mano y la patilla de sus gafas con la otra. En lugar de caminar por el ancho pasillo entre las imponentes gradas hasta el ring y dirigirse hacia todas aquellas personas, algunas de las cuales vestían de forma muy vistosa, se quedó allí como clavado.

Se fijó en Dante y Damiano, que estaban sentados con sus esposas en la fila de asientos situada justo delante del anillo de madera y miraban hacia él. Carina y Lynne sostenían a una de las gemelas. Les saludó con la cabeza. Su mirada se detuvo en Tiziano y Stefano, que estaban muy juntos y le sonreían. Pero probablemente se lo estaba imaginando. Le parecía que sus padres también sonreían, lo cual no tenía sentido. Probablemente su madre estaba apretando los labios con amargura. Los británicos siempre eran puntuales y eran ciudadanos del Reino Unido, como ella le había predicado constantemente hasta que tuvo edad suficiente para escapar de casa de sus padres, pero sobre todo de ella. Años antes había perdido definitivamente su afecto, por lo que él había reducido el contacto con ella al mínimo imprescindible. Aunque eso no impediría que su madre le reprendiera ahora por su impuntualidad, si no estuvieran en este lugar. Normalmente siempre era puntual. Pero hoy...

Expulsó aire de entre sus labios medio apretados, como si pudiera aliviar la increíble presión que sentía en su interior y que nada tenía que ver con la hora. Si había hecho consciente o inconscientemente todo lo posible para llegar tarde seguía siendo una cuestión abierta. Ni siquiera quería discutirlo consigo mismo. No tenía tiempo ni ganas y... ¡Sin rodeos! Lo que le faltaba era la concentración necesaria.

Todo se debió a una persona.

El que se interponía entre una mujer menuda de pelo lino con un vestido color crema y Tommaso. Tommaso, su hermano.

Tamara.

Valentino oyó el sonido de su pulso en el oído. Trató desesperadamente de tragar contra la opresión de su garganta, pero sentía la boca como el Sahara cuando el sol está en su cenit.

Sólo la vio a ella. El resto estaba borroso. Sabía que tenía que seguir adelante y poner fin a aquel silencio opresivo, porque en su subconsciente se daba cuenta de que aquellos idiotas en realidad le habían estado esperando. Valentino quería gritarles que ya estaba allí y que se pusieran en marcha, pero su voz no le obedecía más que el resto de su cuerpo.

Sólo su mirada funcionaba.

Atrapó el pelo largo, casi negro y brillante que jugaba alrededor de su cara en suaves ondas y caía sobre sus hombros.

Le hormigueaban las yemas de los dedos al querer sentir la tela de su vestido, que brillaba bronce bajo la luz de la carpa del circo y se ceñía perfectamente a su despampanante figura.

Curvas con las que soñaba cada noche y que podría haber trazado a ciegas. No había olvidado ni un solo momento de la única noche que les había pertenecido.

Se dio cuenta de que, en realidad, habían pasado más de cinco años desde la última vez que se había acercado a ella conscientemente, y aún tenía su aroma en la nariz y sabía cómo se sentía su piel bajo los dedos. En aquel entonces, el día que había sido el más increíble de su vida hasta la fecha. Las horas en las que se había sentido el hombre más afortunado del mundo, las horas que habían precedido al accidente, las horas que le habían convertido en un hombre insensible. El día que le habría encantado borrar de su memoria. Lo que nunca había conseguido.

Y ahora estaba allí de pie, en el centro del ring, y el haz de luz del foco no parecía iluminar a los novios, sino sólo a ella. Ella era...

Contuvo la respiración.

Apenas tenía nada en común con la joven de dieciocho años cuyos labios había tocado por primera vez diez años atrás. No mucho más con la de veintidós con la que había hecho el amor, sentido el amor, compartido el amor. Pero seguía siendo aquella en la que ambos se habían unido para formar una versión más madura, más impresionante, la mujer que él no habría podido borrar de su corazón ni con ácido.

Aquellos labios en forma de corazón, húmedos, brillantes y ligeramente entreabiertos bajo la nariz perfectamente perfilada. Recorrió cuidadosamente con la mirada el puente de la nariz y se quedó inmóvil.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Frío helado, calor hirviente.

Vio todo lo que sentía en su mirada.

Contra lo que había estado luchando todos estos años.

Que esperaba que hubiera perdido su poder.

Este deseo indescriptible de tomarla en mis brazos y no dejarla ir nunca más, que era aún más fuerte que antes.

Eso le asustó.

Ese deseo omnímodo del que debía huir si no quería arriesgarse a otro escándalo familiar. Porque inevitablemente lo habría, aunque su abuela, que había estado al lado de su nuera tras el infarto de su madre, desde luego no estaba en Belfast.

Sabía por su padre que su madre estaba cada vez más deteriorada y que no había salido de casa desde que murió su hermana. Valentino llevaba mucho tiempo sin ver a su abuela. Por mucho que la hubiera querido de niño, su relación con ella se había vuelto ambivalente desde el día de su septuagésimo cumpleaños en el Hotel Raphaël de Roma. Aquella frase de niña había sido una

pedra que se desprendió de una pared rocosa y provocó un corrimiento de tierras, y en los dieciocho años transcurridos desde entonces no había sido capaz de despejar el camino de los escombros. Peor aún. Debido a los otros dos incidentes que habían convertido a Tamara y a él en el centro de atención, las rocas eran cada vez más grandes y altas. Valentino se alegró de que su abuela no estuviera aquí.

Pero su madre estaba aquí. La mujer que había abierto una brecha entre sus familias con su actitud intolerante y sus arraigadas creencias de tiempos pasados, aunque al final no lo hubiera conseguido. Tommaso y él nunca hablaron de lo sucedido, pero eso no había dañado su amistad. Al igual que su madre no había podido destruir el estrecho vínculo entre su marido y el padre de Tommaso, que, al fin y al cabo, eran hijos de dos hermanas. Pero nada había sido igual desde entonces.

De lo que Valentino se daba cuenta dolorosamente ahora mismo, en este preciso momento. Y al parecer no sólo él.

Vio a Tommaso inclinarse hacia su novia y decirle algo al hombre vestido todo de negro, visible su cuello blanco de sacerdote cuando se volvió para mirar la entrada de la tienda.

Sus miradas se cruzaron en el mismo momento en que Tommaso dio un paso.

Valentino oyó siseos, pero no los entendió.

Vio que una mano se extendía hacia Tommaso.

No se dio cuenta de que era de su madre cuando su padre la apartó bruscamente.

Chilló.

En el mismo momento, Valentino dejó caer su bolso.

Su padre apretó la palma de la mano sobre la boca de su madre y ahogó sus gritos.

Valentino sólo se dio cuenta de lo tenso que estaba cuando sus hombros se hundieron. Miró fijamente a su padre, que asintió con la cabeza antes de sacudirla ligeramente. Se conocían lo suficiente como para que Valentino entendiera la silenciosa seguridad de que lo tenía todo bajo control.

Dobló las gafas de sol y las metió en el bolsillo de la chaqueta, con los ojos fijos en su amigo, que se le acercaba.

Valentino respiró hondo y empezó a moverse.

Se encontraron a mitad de camino.

Tommaso tiró de él en un abrazo, acariciando su espalda, su boca casi tocando su oreja. "Gracias por venir".

Valentino le apartó de un empujón, pero le sujetó por los hombros. "¿Estás loco? No puedo perderme tu boda".

Tommaso le miró muy serio. "Sé lo difícil que es esto para ti".

"¿Qué te hace pensar eso?"

Su amigo se inclinó hacia él y bajó la voz. "Mi hermana no está mejor que tú, Valentino. Los efectos de lo que pasó entre vosotros hace media eternidad no parecen tener fecha de caducidad. Ya estoy harto para siempre. Estoy harto de que os evitéis como a la peste. Se lo dije a Tamara antes, cuando llegó. Es hora de que alguien más de nuestras familias asuma las consecuencias y evite el contacto con vosotros dos si no quiere veros. Y ahora vamos, para que pueda casarme. Porque eso sólo funciona con el padrino".

"Pero yo no..."

Tommaso entrecerró los ojos. "Sí, lo eres".

"No sabía nada de eso".

"Ahora ya lo sabes. Es suficiente".

Abrió los labios cuando la mirada de Tommaso se encontró con la suya y Valentino se dio cuenta de que no tenía sentido replicar.

CAPÍTULO 17

Menos de una hora antes en el mismo lugar.

El jet lag tuvo la culpa. La confusión interior. El miedo a que Sonny no se hubiera referido sólo al momento en que le dijo en el plató, delante de todo el equipo de rodaje, que podía ir. Podía, no debía. Debería haberse sentido diferente. Comprensión. No tan... final.

Tamara se sentía fatal. Una premonición indefinible se cernía sobre su cabeza como una espada de Damocles, y por eso no dejaba de mirar el móvil en busca de un correo electrónico de producción con la notificación de su despido.

Lo que a su vez era la razón por la que no había pegado ojo durante la mayor parte del vuelo nocturno de diez horas. No se podían hacer llamadas, pero sí consultar los mensajes. Ella había hecho caso omiso de los exorbitantes costes del roaming y siguió haciendo precisamente eso, en lugar de dormir.

Como resultado, había bajado del avión en Heathrow con las piernas pesadas y la cara hinchada por la falta de sueño. En los aseos tras el control de pasaportes, se había quedado mirando asombrada su reflejo en el espejo antes de llamar a su madre.

"¿Has aterrizado, querida?"

"Sí, pero hay retrasos con el equipaje. Tú coge el jet con Dante y los demás, yo cogeré un vuelo directo desde aquí a Belfast en vez de que me lleven al otro lado de la ciudad, al City Airport. Hasta luego". Tamara terminó la conversación antes de que descubrieran su mentira piadosa.

Pero su madre la conocía demasiado bien.

La expresión de su cara cuando Tamara llegó al Once-upon-Circus en taxi desde el aeropuerto Aldergrove de Belfast a las cinco y diez lo decía todo.

Los demás habían llegado hacía tiempo. Después de todo, había una gran diferencia entre volar en un avión de la empresa y tener que cambiar de terminal en Heathrow con un carrito que se había estropeado y al que sólo le quedaba un rollo. Y luego preguntarse en el aseo de la zona de embarque para qué servía toda la formación de maquilladora si no podías hacer desaparecer las ojeras. Pero, al parecer, nadie se había dado cuenta cuando entró en la enorme carpa del circo.

Afortunadamente, los saludos y la admiración de los bebés gemelos de Dante y Carina, que habían cambiado increíblemente desde que nacieron y desde la última vez que los había visto, cortaron de raíz cualquier pregunta de su madre.

Por no hablar del hecho de que por fin podría conocer en persona a la Florence de pelo lino y ojos azules brillantes, que se convertiría en su cuñada en menos de una hora, y abrazarla, lo que era imposible durante una videollamada. La mujer que había convertido a su hermano en un tipo permanentemente sonriente que no tenía nada en común con el viejo Tommaso.

"Tengo muchas ganas de conocerte por fin en persona".

Hablaron al mismo tiempo y se cogieron de la mano, riendo, antes de que Florence les condujera hasta una mujer despampanante de pelo negro y ojos oscuros.

"Tamara, esta es Rosaleen, la mejor amiga que podrías desear".

Rosaleen le dio un rápido abrazo y la sujetó por los hombros, sonriendo. "Marc me ha hablado tanto de ti que siento como si te conociera de toda la vida".

Marc Smith. El lobo solitario, como le llamaba la prensa, que siempre había desempeñado un papel importante en el círculo que rodeaba al conciliador, pero eso sólo lo sabían ellos, los enterados. Pero hace unas semanas, un comunicado de prensa sobre los hermanos Cipriani había vuelto a causar revuelo. Marc Smith, al igual que el padre de Florence, era primo de Dante y Damiano Cipriani. Todos ellos eran descendientes de la dinastía del Circo Smith, que se había erigido en el mismo emplazamiento del Once-up-Circus fundado por Héctor Salazar.

Y Rosaleen, la novia de Florence, estaba ahora con Marc Smith, que apenas unos meses antes había estado tan soltero como su hermano. Tommaso, que se había enamorado de Florence. Marc y Tommaso debían de haberse contagiado del mismo virus del amor que ya había atrapado a Damiano aquel año.

"Vamos, te mostraré dónde puedes cambiarte".

Rosaleen agarró a Tamara de la mano, cogió su carrito con la otra y tiró de ella hasta un enorme remolque donde pudo ducharse, lavarse los dientes y prepararse para la ceremonia en la que sería la dama de honor de su hermano.

"Florence y yo vivimos juntos durante años en una caravana extralarga que nos compró Héctor. Pero ahora vivo con Marc en Londres. Así que puedes dormir en mi antigua habitación esta noche, Tamara". Señaló una puerta abierta. "Florence y Tommaso viajan a Ballycastle y pasarán su noche de bodas en casa de los Salazar".

Una caravana no era una experiencia nueva para Tamara, pues ya había dormido en una autocaravana en rodajes en lugares remotos, pero nunca en un circo. Lo tenía en la punta de la lengua, pero Rosaleen se apresuró a marcharse antes de que pudiera darle las gracias. Tamara colocó la maleta a los pies de la amplia cama y la abrió.

Aunque se dio prisa en ducharse, el agua caliente y su gel de ducha hicieron maravillas. Por fin Tamara volvía a sentirse medianamente normal. Sin embargo, dudaba que las sandalias de tacón fino que se había comprado a juego con el vestido fueran la elección adecuada para una boda en una carpa de circo. Antes se había dado cuenta de que el suelo de la pista, cubierto con una gruesa lámina de plástico, estaba cediendo. Probablemente había serrín debajo, porque aunque hacía años que no iba a un circo, era obvio que había números con animales, aunque ella no hubiera visto ninguno. Pero eso no cambiaba el hecho de que las sandalias tuvieran tacón. Pero las zapatillas no iban con el vestido y ella no tenía otro calzado.

Era lo que había. Tamara comprobó por última vez su teléfono móvil, que seguía sin mostrar nuevos mensajes ni correos electrónicos, y lo colocó sobre la cama con la maleta. Cerró la puerta de la caravana de aspecto futurista y plata brillante desde fuera, tal y como Rosaleen le había enseñado, y se dirigió de nuevo a la carpa del circo. Se concentró en las impresiones a su alrededor. Cualquier cosa con tal de no pensar en el hombre enfadado que había dejado atrás en Los Ángeles, o incluso en el otro hombre con el que iba a encontrarse en cualquier momento después de un largo...

Entró en la carpa del circo, dirigió su atención a su hermano y se apresuró hacia la pista.

"Estás fantástica, Tamara. Me alegro de que hayas podido tomarte unos días de descanso". Tommaso la abrazó.

No contestó. Por nada del mundo se habría quedado fuera de la boda de su hermano, pero el miedo a las consecuencias imprevisibles la ahogaba. Tommaso no se dio cuenta y siguió

hablando.

"Por cierto, la ceremonia será corta. El padre Anthony es un sacerdote católico, pero por supuesto no celebrará misa en una carpa de circo. Eso no es importante para ninguno de los dos. Lo importante son los votos y Florence quería casarse en el lugar que hasta ahora ha sido el centro de su hogar. Por eso hoy, después de la ceremonia, habrá una función nocturna, como todos los días, a la que también asistirán invitados de pago".

Tamara le miró asombrada.

Tommaso le guiñó un ojo riendo, la hizo girar y le presentó al cura, que, con su traje negro, sólo se distinguía de todos los hombres que siempre habían sido familia de Tamara por su alzacuellos blanco de sacerdote.

Stefano y Tiziano, sus padres, así como el suyo propio y el de su hermano, su tío. Y todos la habían saludado calurosamente... y la habían escrutado con la mirada. Y no sólo a ella, sino también a los demás hombres que la rodeaban. Lo que debía de deberse al vestido. Tal vez era demasiado ceñido, después de todo. Tamara ni siquiera había terminado de pensar en ello cuando su tía apareció de repente a su lado y le dijo exactamente eso.

Pero con palabras que la dejaron sin aliento. "Veo que aún no conoces el significado de la decencia y los modales".

Afortunadamente, porque su madre se le adelantó con una réplica muy mansa. "Deja en paz a mi hija, Lucrezia. Mejor piensa en tu hijo impuntual".

Mamá lanzó una mirada venenosa a su cuñada, agarró a Tamara por la muñeca, la obligó a mirarla y cambió de tema. "¿Has visto a todos estos hombres despampanantes?".

Tamara se bloqueó. El significado de las palabras que había pronunciado su madre. No la pregunta, que era una distracción. El de la frase anterior. Y, de repente, supo por qué se sentía tan mal.

No eran esas personas del Circo de Once con sus llamativas túnicas de colores, que no ocultaban ser Gipsys y que, por tanto, contrastaban con los demás presentes. Para ellos. No era porque hubieran viajado desde Londres, donde habían vivido durante décadas o donde habían nacido, como Tamara. La generación de sus padres había escuchado la llamada de Riccardo Cipriani a adaptarse a la Gagé y se lo había transmitido a sus hijos. Habían aprendido a no alardear de sus orígenes y a vestirse como los forasteros que no pertenecían a su pueblo, a hablar como ellos, a comportarse como ellos. El Conciliador había tenido buenas intenciones para ellos, y ellos se habían beneficiado de su previsión. Todos ellos. Y aunque Dante Cipriani había decidido revelar el secreto de su ascendencia muchos años después de la muerte de su padre, y desde entonces el interés por Gipsys y su aceptación habían aumentado notablemente, no sólo en Londres, Tamara mantenía un perfil bajo.

Todas las personas con las que trataba profesionalmente, tanto aquí como en Estados Unidos, pensaban que era italiana por el apellido de su padre. Su inglés británico llevó a la conclusión de que su madre era inglesa. Tamara lo dejaba así. Siempre. Todas las reglas que la caracterizaban desde la infancia se habían convertido en algo natural para ella. Una de ellas era la puntualidad, que cada uno de ellos cumplía escrupulosamente. Ante todo, Dante y Damiano, Stefano y Tiziano, así como su hermano... y Valentino.

Llegaba tarde, como la madre de Tamara había señalado a su madre.

El que faltaba.

Por eso había algo que no encajaba desde que llegó, a pesar de que era la primera vez que

estaba aquí.

Tamara se había esforzado tanto por no pensar en él que los comentarios punzantes entre las dos cuñadas, que se evitaban y sólo se hablaban en contadas ocasiones, le habían helado el cuerpo. Pero nadie se dio cuenta.

Tamara parpadeó al darse cuenta de que su madre ya no estaba a su lado. Se giró un poco. A unos pasos, Florence y su hermano hablaban con el cura. Se fijó en Rosaleen, la dama de honor de su amiga. Tommaso les había pedido encarecidamente que no abandonaran el ring. Marc, que también era el padrino de Florence, como ella había sabido cuando se saludaron, se colocó junto a Rosaleen y se inclinó hacia ella. Seguramente quería decirle algo, pero no lo hizo. En lugar de eso, levantó la cabeza. Igual que Tommaso.

Todas las conversaciones cesaron. Se hizo el silencio.

Tamara lo sintió. Sabía que había entrado en la carpa del circo diagonalmente detrás de ella y no tuvo que darse la vuelta para asegurarse.

Por cada persona, había al menos una cuyas vibraciones reconocían. En el caso de los bebés, eran sus madres quienes los reconocían, incluso antes de que pudieran percibir algo más que sombras borrosas. Su abuela siempre había dicho que desde muy pequeña podía localizar la posición de su hermana gemela incluso a través de las paredes, como un murciélago. Y poco antes de morir, le había contado que había habido otra persona en su vida a la que había podido sentir de esa manera, desde el momento en que se conocieron. Su marido, el abuelo de Tamara. Después había hecho algunos comentarios extraños que no tenían sentido y se había quedado dormida. Tamara no había tenido ocasión de preguntarle a su nonna por qué le había dicho eso.

Ahora le pareció sentir la mano de su abuela tocándole suavemente el hombro. Tamara se volvió lentamente y levantó los ojos.

Se sentía como algodón empapado de agua.

Le pesaban los brazos y las piernas. Su cuerpo estaba entumecido, pero al mismo tiempo sentía vibrar cada uno de sus nervios.

Se le secó la boca.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Su estómago se hizo una bola.

Era como si su cuerpo entrara en modo de espera.

Excepto su corazón, que latía rápidamente en su pecho.

Si alguien hubiera afirmado que Valentino sería aún más atractivo, se habría reído de él.

Valentino ya era tan increíblemente masculino a los diecisiete años que ni siquiera Dante, que era un año mayor que él, podía hacerle sombra.

Pero no era por su altura, porque tanto su hermano como los otros cinco rondaban el uno ochenta y cinco.

Y cada uno de ellos tenía el pelo casi negro.

Sus caras eran siempre interesantes.

Ninguno de ellos era normal.

Eran atléticos, bien entrenados, sus hombros eran lo bastante anchos como para que sus espaldas parecieran trapecios perfectamente equilibrados que terminaban en la parte trasera de sus pantalones, igual que los ojos de Tamara. En verano, cuando todos eran mucho más jóvenes

y pasaban los domingos juntos, Tamara siempre había desaparecido en la casa después de comer, cuando los chicos se quitaban las camisas para lavarse unos a otros con la manguera del jardín. Había preferido ofrecerse voluntaria para ayudar a las mujeres a fregar los platos, porque la alternativa le producía escalofríos.

Nunca había mirado directamente a Valentino desde que tenía diez años porque no se lo permitían. La reacción de su tía abuela y las palabras de su tía ante su comentario allá en Roma habían trastornado mucho su pequeño mundo perfecto. Y aunque con los años había descubierto que las ideas de esas dos mujeres y la realidad no coincidían, había seguido comportándose con toda la prudencia del mundo. Lo cual se había vuelto cada vez menos necesario después de que Valentino se alistara en la RAF y apenas acudiera a las reuniones familiares.

Hasta el día de su decimoctavo cumpleaños, cuando había salido brevemente del jardín para subir el volumen del equipo de música del salón... y su mirada se había posado en Valentino a través de la ventana.

Lo que ocurrió a continuación cambió su vida, por primera vez.

Hasta aquella tarde, años más tarde, en que se encontraron por casualidad en el centro de la ciudad y, contra toda razón, hicieron el amor... Tamara se ahogó al pensar en las mejores horas de su vida. Si no lo hacía, se abalanzaría sobre su tía, le rodearía el feo cuello con los dedos y la estrangularía hasta ... Tamara cerró las manos en puños y se clavó las uñas en las palmas.

Las pocas veces que había visto a Valentino desde entonces, o bien había desaparecido en cuanto ella apareció, o bien había salido corriendo. Había presenciado la boda de Dante y Carina en lo alto de las gradas del milenario anfiteatro de Taormina antes de huir, no sólo de la encantadora ciudad, sino de Sicilia. Les había felicitado con un confuso mensaje de texto y se había disculpado por tener que marcharse inesperadamente. En la ceremonia nupcial de Damiano y Lynne, celebrada hacía unos meses en un suntuoso salón del Palacio de Justicia de Londres, había actuado con previsión y les había informado con antelación de que tendría que regresar a los estudios cinematográficos de Leeds inmediatamente después de la ceremonia.

La última vez que Tamara se había acercado tanto a Valentino como para ver el color de sus iris había sido hacía tres años. Por aquel entonces, había volado a Saintes-Marie-de-la-Mer para la romería de la patrona de su pueblo, aun sabiendo que allí estarían él y sus dos familias, incluido el gélido clima entre su madre y su tía. Lo había lamentado profundamente, y se había marchado la tarde del día de su llegada con una excusa balbuceante e inverosímil.

Era como si lo viera por primera vez desde las horas que habían pasado juntos en la habitación del hotel Savoy hacía más de cinco años.

Captó cada milímetro de él como con un zoom.

Sus pómulos altos, sobre los que se extendía su piel bronceada por el sol.

Su prominente mandíbula, bien afeitada, sin duda hacía horas. Porque a pesar de la distancia, creyó ver cada uno de sus oscuros bigotes.

Por encima de esa boca sensual y masculina, cuyo tacto aún podía sentir. Y no sólo eso. Después de tantos años, ni siquiera tenía que cerrar los ojos para recordar su olor.

Tamara respiraba entrecortadamente.

Quería acercarse a él, levantar la mano, acariciarle la barba incipiente.

Pero no fue ella quien se movió, sino su hermano.

Su tía siseó algo y se abalanzó sobre Tommaso.

Su tío Carlos, primo de su padre, retiró a su mujer.

Chilló hasta que su marido ahogó su grito poniéndole la palma de la mano en la boca.

Tamara se sintió avergonzada por esta persona que quería desahogar todo el odio que sentía hacia ella con su hermano en este día tan especial. Tommaso, que se casaba hoy. Que caminaba hacia Valentino, que se le acercaba con pasos igualmente expansivos.

Sus ojos se nublaron mientras ambos se abrazaban.

Tamara parpadeó. Y cuando pudo volver a ver con más claridad, Tommaso y Valentino entraron en el cuadrilátero uno al lado del otro.

Seguía sin poder moverse.

Vi cómo Tommaso presentaba a Florence y Valentino.

Su hermano se volvió hacia el sacerdote. "Ahora estamos listos".

El hombre, que ahora llevaba una estola blanca y dorada al cuello, asintió con una sonrisa benévola. Estaba de pie ante una mesa estrecha cubierta con un paño, sobre la que yacía abierto un grueso libro encuadernado en cuero. Tamara se quedó mirándolo. No recordaba haberlo visto antes.

"Florence y Tommaso, ustedes dos por aquí, por favor". El padre Anthony señaló el lado opuesto de la mesa y continuó. "Y sus padrinos de boda tomarán cada uno su lugar junto a ustedes".

Tamara vio cómo Rosaleen y Marc acataban la petición y se acercó a Florence, comprendió lo que tenía que hacer y movió la pierna con cuidado. Ésta obedeció.

Dio un paso hacia su hermano y se dio cuenta, incluso antes de pisar el acelerador, de lo que Tommaso había hecho contra toda lógica. Le había pedido a Valentino que fuera su padrino también. Junto con ella. Al parecer, Valentino se dio cuenta en el mismo momento que ella. Tamara sintió la sacudida cuando él se puso rígido.

Su mano rozó la de ella.

Parecían saltar chispas, una oleada de electricidad recorría su cuerpo.

Al mismo tiempo, Tommaso gira la cabeza y le guiña un ojo.

A los dos.

Aunque Valentino había puesto suficiente distancia entre él y ella para que no pudieran tocarse accidentalmente, ella era consciente de su proximidad con cada fibra nerviosa. Y sintió directamente las vibraciones que penetraron en su cuerpo cuando él dijo a medias lo que Tamara estaba pensando.

"Prepárate para la reacción de mi madre, Tommaso. Su felicitación por tu boda será única".

Sus palabras le provocaron un escalofrío. Tamara no sabía si era el sonido de su voz o una oscura premonición.

CAPÍTULO 18

Valentino vio los movimientos de los labios del sacerdote, al que Tommaso había llamado Padre Antonio, mientras caminaban hacia el ring, pero no oyó nada. Como si se hubiera puesto el casco de piloto con los auriculares integrados y todos los sonidos a su alrededor hubieran desaparecido, sólo oía lo que se decía por la radio. Sólo que ahora no estaba en una misión para rescatar a una víctima de secuestro, sino en la carpa de un circo donde se iba a casar uno de sus mejores amigos.

Cuya hermana estaba a su lado. La mujer que había formado parte de su vida desde que nació. Porque sus abuelas eran gemelas. Sus padres primos. Por lo que ambas estaban emparentadas. Tamara, por la que, según su madre, sólo podía sentir amor fraternal... y sentía mucho más.

Siempre lo han sido.

Valentino había envidiado a Tommaso por su hermana pequeña. Recordaba haber atormentado a su madre y a su padre con preguntas sobre cuándo tendría por fin un hermano, hasta que su madre se enfadó y le prohibió volver a hablar de ello. Entonces tenía ocho o nueve años. Para entonces, Tamara ya no gateaba por el suelo, sino que se dirigía hacia él con pasos vacilantes, radiante en cuanto entraba en la habitación. Y él corrió hacia ella para cogerla en brazos y darle vueltas. Stefano le había ofrecido a su hermana unos años después. Le había dicho que podía llevársela a casa, ya que Tommaso no renunciaría a la suya por nada del mundo. Valentino se había llevado muy bien con ambos amigos. Y hasta el día de hoy recordaba lo que había sentido cuando Tamara, de diez años, con expresión seria en el rostro, anunció a la familia reunida en el septuagésimo cumpleaños de su abuela que iba a casarse con él. Una oleada de afecto le había invadido, al joven de diecisiete años, antes de que su madre se le echara encima y ni su abuela ni su padre hicieran nada al respecto. Nunca se habría imaginado las consecuencias de aquella frase y lo mucho que cambiarían sus sentimientos por Tamara con el paso de los años. Crecerían. Lo que saldría de ello y cuánta gente sufriría por ello. Especialmente ellos dos.

Valentino quería percibir a Tamara con cada uno de sus sentidos, sentir su cuerpo piel con piel, más cerca del suyo de lo que había estado en años... y sin embargo tan lejos. La que tenía al lado vibraba, aunque estaba tan inmóvil como él. Le colgaban los brazos. Apretó las palmas sudorosas contra la tela del pantalón y miró obstinadamente al frente, intentando concentrarse en la ceremonia nupcial y en las palabras del cura. No lo consiguió.

Estiró lentamente el dedo meñique. El contacto le golpeó como una descarga eléctrica. No sabía por qué estaban tan cerca. Si él se había acercado a ella. O si ella se había acercado a él. Pero lo que sintió fue otro dedo.

Tamara aspiró un suave silbido de aire.

Expulsó el aliento que había estado conteniendo.

Tommaso dijo "Sí" en voz alta.

Tamara interrumpió la conexión.

Valentino levantó la cabeza, que había bajado sin darse cuenta.

Su amigo cogió el rostro de Florence entre las manos, con su larga melena de lino trenzada en una trenza suelta con pequeños pétalos de rosa blanca. Tommaso se inclinó hacia delante, ella se acercó a él, sus labios se encontraron... y Valentino sintió un dolor agudo en el pecho.

Estiró el dedo y golpeó... nada.

Confundido, giró la cabeza. Vio las lágrimas que corrían por las mejillas de Tamara. Quiso acercarse a ella. Besar sus lágrimas y hacerla sonreír. Ver esa sonrisa encantadora que tanto le gustaba. Quería asegurarle que un día ella también encontraría a alguien a quien amar. Sabiendo muy bien que su cuerpo ardería de celos ante la mera idea de que otro hombre se acercara a ella.

Valentino cerró las manos en puños.

Alguien silbó con fuerza.

Estallan los aplausos.

"¡Por los novios!"

Tamara caminó hacia su hermano. Su mirada la siguió hasta que alguien se movió delante de él. La gente se agolpaba en el ring para felicitar a los novios.

Valentino vio a Marc y a la atractiva mujer que estaba a su lado, que abrazaba a Florence. Tenía que ser Rosaleen. La novia de Marc. Valentino hundió la mano izquierda, cerrada en un puño, en el bolsillo del pantalón y se obligó a abrir los dedos de la derecha. Maldita sea. Hace unos meses, Marc aún estaba soltero. Notó que Marc le daba un golpecito en el hombro a Tommaso, que también había estado soltero hasta hacía poco y ahora estaba casado.

También hay que felicitar a Valentino.

No se movió.

En cuanto pasó el apuro, se decidió.

Al mismo tiempo, vio la nuca de Tamara. Rodeó el cuello de Tommaso con los brazos y una oleada de celos lo invadió. Era su hermano.

Valentino inspiró y espiró profundamente. Necesitaba calmarse.

Una mano se posó en su hombro.

Giró la cabeza, reconoció a Tiziano, expulsó el aire que había estado reteniendo, dos palabras detrás de él. "Bonita ceremonia".

Tiziano estaba muy serio. "Como si te hubieras dado cuenta. Puedes tomarle el pelo a otro".

"¿Qué te hace pensar que ..."

Su amigo le agarró por la parte superior de los brazos, agarrándolos con fuerza. "Lo he visto. Dante también. Los padres de Tommaso estaban sentados junto a nosotros en primera fila, los tuyos detrás. Si tu madre..."

"Tú debes de ser Valentino, el último de los firmes". Un hombre de mediana edad, unos centímetros más bajo que él pero con unos bíceps que amenazaban con reventarle las mangas de la chaqueta, le puso una copa en la mano. "Soy Héctor Salazar, el padre de Florence, y esto es Prosecco italiano. Marc trajo unos cartones porque cree que no sabemos beber en Belfast".

Valentino tenía en la cabeza las palabras de Tiziano. Si su amigo había querido decir lo que sospechaba, es decir, que no era el único que les había visto tocarse a Tamara y a él... ¡Tenía que ir a verla! Cosa que Héctor le impidió hacer.

De una bandeja sostenida por una mujer que hizo pensar a Valentino en la vieja adivina de Saintes-Marie-de-la-Mer, el padre de la novia cogió dos copas más, se quedó con una, le entregó la segunda a Tiziano y lo miró. "No recuerdo tu nombre en este momento, pero sé que también eres uno de los mejores amigos de mis primos Dante y Damiano y de mi nuevo yerno".

"Tiziano".

Héctor asintió riendo. "Tú sabrás. Lo único que sé es que soy el hombre más afortunado de aquí". Les guiñó un ojo. "Después de Tommaso, claro". Levantó su copa invitadoramente y

esperó a que levantaran las suyas y chocaran las copas con él. "Por los novios y los pocos sorbos de este zumo espumoso que me permiten antes de la representación. Sería una vergüenza que la pirámide se derrumbara precisamente hoy porque el padre de la novia está borracho y no puede aguantar el peso de la comparsa". Héctor terminó su bebida y depositó el vaso en la bandeja, mirando de Tiziano a él y señalando a la mujer que tenía al lado.

"Marika es nuestra adivina, por cierto. Deberías pedirle que te lea las cartas o la mano después del espectáculo. Es buena prediciendo el futuro de los hombres".

Tiziano sonrió. "¿Sólo hombres?"

Marika le sonrió bajo los párpados entreabiertos y las largas y espesas pestañas. "Tengo un don con los hombres".

Tiziano se rió a carcajadas.

Valentino se preguntaba dónde estarían sus padres. ¿Se arrepentía su madre de su vergonzoso comportamiento antes de la boda? ¿O su padre se había dado cuenta por fin de que no tenía que aguantar siempre sin decir una palabra, sino que, como marido de ella, tenía que intervenir de vez en cuando? La idea de que pudiera ser así le alivió. Dejó vagar su mirada hacia Tommaso y Florencia.

Sus tíos sonreían alegremente junto a su hijo y su nuera, que a los ojos de Valentino era demasiado delgada para estar embarazada. Pero, ¿qué sabía él? No sabía nada de embarazos y hasta ayer no se había dado cuenta de que Tommaso tenía novia. Se encendió un flash. Alguien estaba fotografiando a los novios, a los padres del novio y al padre de la novia.

Así que Héctor ya no estaba con ellos. Valentino giró la cabeza. Tiziano seguía hablando con la adivina. Por el rabillo del ojo, vio a una mujer menuda con un llamativo traje pantalón rosa que hablaba con tres jóvenes enjutos vestidos con trajes ceñidos. Sus cuerpos perfectos no dejaban lugar a dudas de que entrenaban durante horas todos los días para tener ese aspecto. Héctor había hablado de una pirámide y ellos formaban parte de ella. Un cuarto hombre, algo mayor, vestido como ellos tres, pasó por detrás de ellos en dirección a Florence. La abrazó durante unos segundos. De repente, Valentino recordó que Florence era trapezista. Estos hombres eran probablemente sus colegas. Lo que también explicaba por qué Tommaso no lo fulminó con la mirada, sino que le pasó el brazo por los hombros amistosamente antes de presentarle a Tamara, que reapareció de repente de la nada. El hombre le cogió la mano entre las suyas.

Valentino reprimió un gruñido. Contó hasta tres. El tipo no la soltaba. Ella sonrió, dijo algo, él asintió, aún cogiéndole la mano de aquella forma tan íntima. Valentino apretó los dientes. Le dio al tipo un máximo de cinco segundos antes de acercarse y...

"Desdichada tentadora". La voz chillona se acercó. "¡Arderás en el infierno!"

Valentino giró la cabeza, sorprendido.

Un murmullo llenó la carpa del circo y fue en aumento. Alguien jadeó con fuerza.

Valentino miró fijamente a su madre, que se abalanzó sobre el ring con una mirada de odio. "¡Maldito pedazo de mierda!" Gotas de saliva volaron de su boca. Estiró el brazo, pero le faltó un palmo para que alguien le sujetara por el hombro. Ella pasó corriendo a su lado.

Horrorizado, vio a su madre llegar hasta Tamara, agarrarla por el pelo y tirar de ella hacia atrás. No de su padre.

Fue Dante quien cerró la mano en torno al cuello de su madre y tiró con fuerza de ella hacia

atrás.

Tamara jadeó de dolor.

Valentino vio un mechón de pelo entre los dedos de su madre. Quiso salir corriendo, pero la mano en su hombro lo aferró.

"No lo hagas", le gruñó Tiziano al oído.

Valentino miró a su lado y vio a Tommaso acercando a Florence a él. Ella enterró la cabeza contra su pecho. Su amigo levantó los ojos y se encontró con los suyos. Tommaso tenía lágrimas en los ojos.

Valentino se sintió lleno de asco y vergüenza. Quería hundirse en el suelo, sentía que algo dentro de él estallaba. Fusibles que no sabía que existían. Que había controlado su ira todos estos años. Que ahora se desató. No en voz alta y rápidamente. En silencio. Lentamente, levantó un pie, dio un paso. La mano de Tiziano seguía en su hombro.

Sin mirarle, Dante levantó el brazo, con la palma apuntando verticalmente a Valentino. Éste le detuvo con este gesto, sin dejar de agarrar el cuello de la mujer, que ahora gimoteaba, con la mano del otro brazo. Los nudillos de Dante se pusieron blancos mientras giraba la cabeza de ella hacia él. Sus ojos se movían de un lado a otro, su mirada incrédula y llena de miedo.

Valentino notó unos dedos helados que le agarraban, su padre a su lado. La presión de la mano de Tiziano desapareció de su hombro.

Todo estaba en silencio. Valentino no sabía si todos los que se habían reunido en aquel lugar insólito para la boda de Florence y Tommaso eran gitanos. Pero cada uno de ellos parecía sentir el poder de Dante Cipriani.

Era el mediador. Aquel a quien acudían las gentes de toda Europa cuando necesitaban consejo, independientemente del grupo étnico al que pertenecieran. Dante, que nunca juzgaba, sino que escuchaba antes de ofrecer soluciones. Cómo podía comportarse un hombre para restablecer la paz en su familia. Qué opciones tenía para conseguir un trabajo mejor remunerado. Su amigo Dante, que, incluso durante los años en los que no paraba de buscar a la mujer de la que se había enamorado, nunca rechazaba a nadie que quisiera hablar con él. Que nunca perdía la paciencia. Que decía que todo el mundo era bueno.

Cuya mirada obligaba ahora a bajar la de su madre. Quien lentamente abrió los labios y comenzó a hablar con voz helada. "Nunca le habría dicho esas palabras a un miembro de nuestro pueblo. Durante años, Lucrecia Reyes, has estado envenenando las relaciones dentro y fuera de tu familia con tu comportamiento. Ahora has reventado la espalda del camello. Ya está bien. No me dejas otra opción. Te expulso de nuestra comunidad. Vete.

Su madre jadeó. Dante la soltó como si se hubiera quemado con ella. Ella se desplomó.

Valentino se quedó helado, sintiendo que su padre inspiraba bruscamente a su lado. Pero en lugar de ir hacia su mujer, que estaba agazapada en el suelo del ring, con la cabeza inclinada hacia delante, su padre le apretó con fuerza la mano y tiró de Valentino con él. Cuatro pasos atrás, uno más antes de que se detuvieran.

El estridente sonido de un silbato llenó la carpa del circo. "Falta media hora para el comienzo de la función, la taquilla está abierta. En quince minutos abriremos la carpa al público. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Despejad la pista, comprobad las filas de asientos y los que aún no se hayan movido, daos prisa". Valentino volvió la mirada en dirección a la potente voz. Héctor Salazar era un gran actor o no se había dado cuenta de lo que había pasado. Probablemente lo segundo, porque se había cambiado de ropa y ahora vestía una llamativa chaqueta roja con

botones dorados y daba palmas. "Y vosotros, queridos invitados a la boda, aprovechad este momento para visitar nuestros lavabos antes de volver a vuestros asientos. Todos los del Once-upon-Circus queremos festejar a los novios con lo que cada uno sabe hacer mejor, y después brindaremos junto a vosotros por Tommaso y Florence."

Valentino miró fijamente a Héctor, preguntándose por qué no había reparado en la mujer agazapada en el suelo del ring. ¿Quizá la mesa en la que se había celebrado la ceremonia le ocultaba la vista? El padre de Florence estaba de pie delante del telón rojo oscuro que separaba la parte trasera de la carpa del circo de la pista. Ahora se llevó el silbato a la boca y emitió un silbido corto. Valentino vio cómo la pesada tela que tenía detrás se movía y se separaba en el centro. Un payaso alto y ancho se abrió paso y puso una mano en el hombro del maestro de ceremonias. Héctor se dio la vuelta y ambos rieron antes de desaparecer juntos.

Valentino frunció el ceño y apartó los ojos del telón. Si antes había reinado un silencio irreal, ahora innumerables empleados del circo corrían de un lado a otro, gritando confundidos. Dos de ellos levantaron la mesa y se la llevaron.

Vio que Tommaso abrazaba a Florence con ambos brazos, le decía algo y le besaba la coronilla. Ella lo miró y asintió con una sonrisa en los labios.

El padre Anthony apretó contra su pecho el grueso libro encuadernado en cuero.

Valentino se sentía como un espectador mudo que no pertenecía a este lugar. Tenía la cabeza vacía. Permanecía inmóvil, sólo sus ojos se movían.

Vio que Dante se acercaba al cura y le hablaba en voz baja. Él asintió, le respondió algo, se acercó a Tommaso y Florence y les hizo un gesto para que le acompañaran.

Dante se dio la vuelta y se acercó a él. Hacia los dos, porque Valentino sólo ahora se dio cuenta de que su padre seguía agarrado a su mano y permanecía tan silencioso e inmóvil como él, pero con la cabeza inclinada. En cuanto Dante se detuvo frente a ellos, su padre levantó la barbilla. Tenía lágrimas en los ojos.

"Lo siento." Habló con voz entrecortada. "Todo es culpa mía."

Dante negó con la cabeza. "Nadie es responsable de las acciones de los demás, Carlos. No fuiste tú quien hizo algo malo".

"¡Sí!" Su padre le soltó la mano, enfatizando la palabra con un gesto. "Debería haberme separado de ella hace muchos años. En aquel entonces, antes de venir a Londres. Ella no quería dejar su casa, yo la obligué".

"Ambos sabemos que eso no es cierto, Carlos. Ella optó por una vida en una casa grande al lado de un empresario, algo que no tenía en Roma. Siempre la llevabas de la mano y leías en sus ojos todos sus deseos".

"Fue un error. Debería haberla obligado a divorciarse de mí entonces. Hace mucho que no me quiere".

"Yo no soy quien para juzgar eso, pero si ella no se hubiera mudado a Londres contigo, no tendrías un hijo, Carlos".

Valentino tragó saliva. Su padre le miró. Y entonces hizo algo que había hecho por última vez hacía muchos años. Lo acercó, puso la mano en la nuca de Valentino y le apretó la cara contra el hombro.

"Te amo, hijo mío, y lamento haber sido un hombre tan cobarde y débil. Envenenó tu vida".

Valentino levantó la cabeza y se secó los ojos. "Hace mucho que no vivo bajo el mismo techo

con ella, papá".

"Ya sabes lo que quiero decir."

Por supuesto que lo sabía. Su padre estaba hablando de ... ¡Tamara!

Valentino movió la cabeza a la izquierda, a la derecha, girando sobre su propio eje. La pista del circo estaba vacía. Sólo estaban ellos tres en el centro de la carpa del circo. Su madre había desaparecido. No había nadie sentado en las sillas de la primera fila. Ni siquiera en la segunda. Las pocas personas que podía ver pertenecían al circo y estaban ocupadas con los preparativos.

Parpadeó. "Tengo que..."

"Te escucho". Dante le tocó en el codo. "Pero dale tiempo. Rosaleen está con ella".

"¿Dónde están los demás? ¿Tu mujer? ¿Tus hijas?"

"Carina fue a los establos con Lynne. Allí se guardan los macacos, de los que Carina se enamoró cuando estuvimos aquí por primera vez".

"¿Y todos los demás? ¿Stefano? ¿Tiziano?"

"No se pierden, Valentino, deberías saberlo". Dante intentó sonar alegre, pero no pudo.

Se estaba preguntando qué podía decir en respuesta o si debía salir corriendo de la tienda y, en contra de su buen juicio, buscar a Tamara cuando su padre le hizo una pregunta.

"¿Sabes dónde está mi esposa, Dante?"

Valentino se puso tenso.

La cara de Dante se puso rígida. "Hice que los trajeran, Carlos".

Papá señaló la entrada principal de la carpa del circo con una mirada interrogante.

"Todo el camino", aclaró Dante. "Le di dinero para el vuelo de vuelta y me encargué de que viniera un coche a llevarla al aeropuerto. Alguien se aseguró de que subiera al taxi y no hiciera más travesuras".

Su padre palideció. "Tengo que ir tras ella. No debe entrar en mi casa. Nunca más. Mi madre..." Se golpeó la sien con la palma de la mano. "Las dos tuvieron una fuerte discusión hace unos días, después de enterarse de la boda de Tommaso. Yo estaba en el trabajo, no sé de qué iba. Cuando entré en casa, de repente dejaron de hablar. Ninguno quería hablar de lo que había pasado. Pero..." Papá se volvió hacia él. "Tu abuela ha intentado llamarte varias veces desde entonces, Valentino".

Se encogió de hombros. "No estuve localizable durante días, sólo me enteré de la boda ayer por la tarde a través de Dante, papá. Luego tuve el tiempo justo para coger el vuelo nocturno a Londres. La llamaré mañana".

Su padre sacudió la cabeza con vehemencia. "No. Tienes que visitarla. Ella esperaba hablar con los dos antes de la boda de Tommaso. Juntos. Cuando se dio cuenta de que no iba a ser así, me hizo jurar que te llevaría con ella antes de que volvieras a volar al extranjero."

Valentino soltó un suspiro y se volvió hacia Dante. "Sabes que tengo que volver cuanto antes".

"Debe es una palabra fuerte, Valentino. Has cubierto los puestos estratégicos en Kumasi con personas tan excelentes como las de Europa, capaces de mantener conversaciones con clientes de alto calibre y de tomar decisiones en tu interés y en el de la empresa."

No era la primera vez que Dante, que tenía toda la razón, se lo señalaba. Pero su amigo sabía perfectamente por qué prefería estar en África, donde no sólo era el director del CIS, sino también uno de tantos pilotos. Cuando participaba en misiones como rescates de rehenes, podía olvidar su monótona vida de soltero. Y de su emocionalmente perturbada familia, que era la

razón de ello. No podían llamarle ni atormentarle con mensajes de texto, ya que su teléfono móvil permanecía en su alojamiento de Kumasi y sólo se le podía localizar por radio.

Valentino se encogió de hombros. "Tú mandas". Apretó los labios.

"Ahora sólo soy tu amigo y creo que necesitas resolver los asuntos familiares antes que nada. El resto puede esperar".

Valentino asintió. "De acuerdo". Racionalmente, estaba bien, pero su corazón quería asegurarse de que Tamara estaba bien. Quería disculparse por las terribles palabras de su madre. Y anhelaba un abrazo, quería sentir su cuerpo contra el suyo, que estaba tan helado que temblaba por dentro. Sentía como si el frío fuera a congelarle y no fuera a volver a entrar en calor. Pero Dante tenía razón. Ahora tenía que ayudar a su padre, que obviamente temía que su mujer llegara a casa antes que él y descargara su ira contra su anciana madre. Y que parecía haber envejecido años.

CAPÍTULO 19

Veinte minutos antes de medianoche. Residencia de la familia Reyes. Barrio de Hackney, al este de Londres.

Llegaron demasiado tarde.

Lucrecia Reyes había llegado al aeropuerto internacional de Belfast, en Aldergrove, apenas diez minutos antes de que se cerrara el embarque para el penúltimo vuelo del día con destino a Londres. Como no llevaba equipaje, el vuelo no estaba completo y el aeropuerto era manejable, recibió un trato preferente, pasó por seguridad, pagó su billete directamente en la puerta de embarque y fue la última en pasar. El avión de Ryanair ya rodaba por el alimentador de la pista cuando Valentino y su padre entraron corriendo en el edificio del aeropuerto. Se dirigió directamente a la pequeña oficina de la policía aeroportuaria, entró, sacó primero la licencia de piloto y luego la placa con su foto, que le identificaba como director del CIS, del bolsillo interior de la chaqueta de su traje. El nombre de Cipriani International Security, la empresa privada británica con mayor número de aviones, le aseguró que recibiría la información en sesenta segundos.

Pero eso no cambiaba el hecho de que sólo pudieran ver despegar al Ryanair mientras ellos -su padre sin equipaje, él con su bolsa, que alguien le había apretado en la mano al salir de la carpa del circo- corrían hasta el helipuerto del pequeño aeropuerto. Había conseguido remolcar el helicóptero hasta el exterior, pagar las tasas correspondientes, realizar las comprobaciones necesarias antes del despegue y presentar el plan de vuelo en un tiempo récord.

Valentino había perseguido al Maverick durante toda la noche a máxima velocidad, batiendo en varios minutos el tiempo mínimo oficial de vuelo entre Irlanda del Norte y Londres. Había aterrizado en el tejado de la torre DDC, donde Ray Coleman se había hecho cargo del helicóptero sin apagar el motor. Valentino se había puesto en contacto con él por radio durante la comprobación del sistema justo antes del despegue. El alto mando del cuartel general del SIC en Colchester había respondido con un lacónico "Sí, señor" y había hecho que uno de los oficiales de guardia del centro de operaciones lo condujera a Southwark. Había salido del porche acristalado del tejado de la torre del DDC y se había agachado para acercarse al Maverick antes incluso de que ambos patines hubieran tocado el suelo. Valentino había dado las gracias a Ray con una inclinación de cabeza, se había quitado el casco, le había dejado el asiento del piloto, había cogido a su padre por el codo y había caminado con él hasta el ascensor exprés. Pero a pesar del taxi negro que les esperaba fuera de la sede de Cipriani Ltd, del escaso tráfico a esa hora del día y de que el Ryanair procedente de Belfast había aterrizado en Stansted, llegaron demasiado tarde. La velocidad de crucero de un avión era bastante superior al doble de la de un helicóptero, lo que compensaba los largos trámites de un vuelo regular y las formalidades de los pasajeros tras el aterrizaje, y al parecer también la duración mucho mayor del trayecto desde el aeropuerto al norte de Londres hasta Hackney.

La casa de la familia Reyes estaba muy iluminada, la puerta principal estaba abierta y la voz histérica de su madre era inconfundible. Su padre subió corriendo las escaleras exteriores, evitando en el último momento un choque con una mujer a la que Valentino no había visto

nunca. Era la cuidadora que hacía compañía a su abuela cuando papá estaba en el trabajo. Valentino sólo se había enterado cuando su padre la había llamado desde Aldergrove poco antes de la salida y le había dicho que no dejara que su mujer viera a su madre si llegaba a casa antes que él.

"Lo siento, señor. No la oí entrar. De repente estaba en la habitación, encendió la luz, corrió a la cama, sacudió a su madre para despertarla y empezó a hablar."

"¿Qué ha dicho?" Su padre, por lo demás amable, estaba agitado.

La mujer retrocedió, asustada. "No lo sé, señor, ella no hablaba inglés. Y me dejó fuera".

Su padre miró al cuidador y luego salió corriendo.

"Si ya no me necesitan, prefiero irme a casa, señor".

Valentino quería cambiar de lugar con ella y salir de aquí. Se sacudió el pensamiento.

"¿Le pido un taxi?". Cuando formuló la pregunta, la mujer ya había desaparecido y la puerta principal estaba cerrada.

La madera se astilló en el suelo por encima de él. Valentino corrió hacia las escaleras. Lo primero que vio al llegar arriba fue sangre en la puerta blanca astillada. Luego a su padre, arrastrando a su madre fuera de la habitación por la nuca, sujetándola igual que había hecho Dante.

"¡Fuera de mi casa!"

Valentino apoyó la espalda contra la pared. Su padre arrastró a su madre escaleras abajo con él.

"¡Es mi casa!" Chilló y se revolvió.

Valentino estaba a punto de lanzarse sobre ella desde el rellano cuando se encontró con la mirada de su padre. Ahora había rodeado con ambos brazos a su madre por detrás, bloqueándola y negando con la cabeza.

"Cállate, Lucrezia." Su tono gélido hizo más de lo que podría haber hecho un grito.

Se quedó paralizada. "No me hables así, Carlos".

Papá hizo girar a su madre, le levantó los brazos y le bloqueó las manos, apretándolas firmemente contra la pared.

Acercó su rostro al de ella. "Así es exactamente como debería haberte hablado hace años y haberte desterrado de mi casa y de mi vida".

"¿Le estás imitando? ¿A ese mocoso que se tomó la libertad de avergonzarme delante de todos?".

Su padre le escupió a la cara. "Tú eres la que dividió a su familia. La que nunca quiso a su propio hijo y lo trató como basura. Tú, Lucrezia, no tienes la menor idea de respeto y amor. ¿Y ahora tú, de todas las personas, te permites llamar mocoso a Dante Cipriani? Gracias a Dios que no soy como tú".

Valentino respiraba con dificultad. Atónito, miró fijamente a sus padres.

"¿Por qué?", chilló su madre. "¿Cómo soy?"

Papá dio un paso atrás sin desbloquearle las manos.

"Vicioso". Equivocado. Insensible. Codicioso de dinero. Egoísta. Mentiroso".

"¡No estoy mintiendo!" Ella se golpeó la cabeza contra la pared, gritó estridentemente y se le quedó mirando, babeando. "¡Tu madre miente!"

"No, estaba diciendo la verdad, Lucrezia." Su voz era firme y clara. Valentino volvió la cabeza

hacia su abuela. Parecía mucho más pequeña que antes, la piel de su rostro estaba arrugada. Pero en sus ojos seguía habiendo un fuego que correspondía a su fuerte carácter. Se acercó a él con un largo y holgado camisón blanco y los pies descalzos, el pelo blanco como la nieve suelto, y le tendió una mano. Él la cogió y ella la apretó con fuerza. Sólo entonces continuó. "Mi error fue haber guardado silencio todos estos años para cumplir la promesa que le hice a mi marido, Valentino. No queríamos hacer daño a nuestro hijo".

"¿De qué estás hablando, mamá?" La pregunta de su padre subió las escaleras.

"Tu mujer lo sabe, Carlos. Se lo conté el día que mi sobrino me llamó y me dijo que Tommaso se casaba en Belfast dentro de unos días y que iba a ser padre. Ni siquiera sabía que Tommaso tenía novia, le contesté, agradeciéndole la invitación y explicándole que no me sentía con fuerzas para volar a Belfast. Pero no fue hasta que colgamos el teléfono cuando me di cuenta de lo que significaba esta boda, que asistirían nuestras dos familias. Por eso cometí el error de contarle el secreto a tu mujer".

"¡Eres viejo y no estás contigo!" Valentino se estremeció. La voz de su madre se quebró. "¡Loca! Inventando cosas increíbles sólo para justificar el comportamiento pecaminoso de tu amado nieto y de esa golfa antes de morir!".

Su abuela no pudo retenerlo.

Valentino la soltó y bajó las escaleras de un salto. Vio el borde ensangrentado de la mano de su padre, lo que explicaba cómo había destrozado la madera de la puerta del dormitorio de su abuela. Lo empujó a un lado y agarró las muñecas de su madre en su lugar, asiéndolas con una sola mano. Pero en lugar de apretarle los brazos contra la pared, tiró de ella tras de sí por el ancho pasillo hasta la puerta principal.

Plantó los pies en el suelo, ladrando incomprensiblemente. Llegó a la puerta, se detuvo sin soltarla y se volvió para mirarla. Lentamente, inclinó la cabeza hasta que su cara estuvo tan cerca de la de ella que pudo ver cada poro de su piel.

"Dante dijo hoy que ya has hecho suficientes travesuras. Pero no podía saber qué más dirías. No tenías derecho a volar a Belfast para la boda de Tommaso después de insultarle a él y a su familia tan profundamente hace años. Gracias a Dios que nadie llamó a la policía. O a la ambulancia, por la forma en que te comportaste. Estás enferma, madre, y lo demuestras cada día, no sólo con tu comportamiento hacia mi padre, tu marido, que te dio una vida despreocupada y al que has tratado como basura desde que tengo uso de razón. ¿Y ahora también insultas a mi abuela, que siempre te ha defendido a pesar de tu comportamiento voluble y odioso?".

"¡La vieja miente!" La saliva acompañó su odioso grito, salpicándole la cara.

Se pasó la mano por encima y sacudió la cabeza. "Quien se sienta en una casa de cristal no debe tirar piedras, madre. No conozco a nadie que se ajuste mejor al proverbio que tú".

Valentino había olvidado que no estaba solo con la mujer de la mirada loca. Sólo lo recordó cuando sintió la mano de su padre en el brazo... y volvió la cabeza hacia él.

Pero no le miró, habló en un tono que Valentino nunca había oído de su boca. Oscuro, helado, sin emoción.

"Lucrezia, tienes que elegir. O sales de mi casa erguida, te pago una habitación de hotel y mañana firmas la petición de divorcio que te presente mi abogado, o llamo al médico de urgencias y hago que te ingresen a la fuerza. Te sedarán y te fijarán los brazos y las piernas a la camilla. Todos los vecinos a los que hayas despertado con tus gritos verán cómo te llevan".

Sus ojos se movían de un lado a otro. Valentino no sabía si entendía o no. Hasta que habló.

"No te atreverías, Carlos", jadeó, su voz cambió y se volvió chillona. "Eres un mariquita, no tienes pelotas."

"Que puedes juzgar después de no haber tenido sexo conmigo durante más de tres décadas, mujer frígida".

Valentino se quedó sin habla.

No conocía a esas dos personas.

El hecho de que su abuela se estuviera riendo en lo alto del rellano no mejoraba las cosas.

Como su madre no le contestó, Valentino no se libró de enterarse de la inexistente vida sexual de sus padres por culpa de su silencio. Afortunadamente, pronto lo olvidó.

Porque antes de que su madre desapareciera por la puerta principal unos minutos después, corrió hacia las escaleras, se detuvo, se agarró a la barandilla y miró hacia arriba. "Te aconsejo que te guardes tus mentiras y no le cuentes a nadie tu supuesto secreto, suegra. Nadie se creería algo tan descabellado y entonces sí que un Reyes acabará en un psiquiátrico, ¡y serás tú!".

Ninguno de ellos reaccionó hasta que oyeron el ruido del motor del taxi que se marchaba y que se llevó a Lucrecia Reyes lejos de sus vidas.

El silencio llenó la casa. Un silencio desagradable y extraño.

A lo que su abuela se abrió paso. "Carlos, Valentino, por favor, venid a mí. Es hora de que rompa mi silencio".

CAPÍTULO 20

Esa misma noche.

Once-upon-Circus, Belfast, Irlanda del Norte.

Los salvajes insultos de Lucrecia Reyes resonaban en su cabeza como un eco interminable. Tamara no quería pensar en ello, pero era como un accidente en la autopista. No querías mirar, pero lo hacías de todos modos.

Afortunadamente, Dante se había asegurado de que su tía guardara silencio. Y luego estaba Rosaleen, que la había cogido por el codo, la había sacado de la carpa del circo y ahora abría la puerta de la caravana. Empujó a Tamara al interior y a la habitación donde iba a pasar la noche. Rosaleen levantó la maleta de la cama.

"Túmbate unos minutos, Tamara. ¿Te quito los zapatos?"

Sacudió la cabeza lentamente, se quitó las sandalias y se dejó caer hacia atrás. Rosaleen la agarró por los tobillos y tiró de ella hasta que se centró. Le guiñó un ojo, le levantó la cabeza y le puso una almohada debajo.

"Gracias por dejarme practicar. Me da esperanzas de no ser demasiado estúpida cuando nazca el bebé".

Tamara miró primero su vientre plano y luego su rostro. "¿Estás embarazada?"

Rosaleen se rió. "Pero no, yo no. Estoy hablando de Florence, tía Tamara".

No pudo evitar reírse también, lo que fue increíblemente bueno. Sin embargo, se acabó igual de rápido. Alguien llamó a la puerta, Rosaleen la abrió y Marc entró en la habitación.

"¿Te sientes mejor, Tamara?"

Se incorporó y se encogió de hombros. "No me sentía tan mal, Marc. Tuve la premonición de que algo así pasaría si mi tía venía a la boda. Verla aquí fue un shock, la verdad. Sus palabras no lo fueron; no era la primera vez que me insultaba". Su mirada se dirigió a Rosaleen, que la miraba seriamente, y luego de nuevo a Marc. "Pero estoy segura de que lo sabes todo".

"No en detalle, Tamara, pero sabes que soy amigo y socio de Dante y los demás, incluido tu hermano. Y ninguno de los que pertenecemos al círculo íntimo que rodea al Árbitro desconocemos la tensa relación entre la familia de tu padre y la de su primo desde hace años. Pero no quiero hablar de eso".

Tamara no le contestó y no le pidió que continuara.

Marc lo hizo por voluntad propia. "Dante me pidió que te dijera que ha dispuesto que tu tía abandone el circo. Ya no está en las instalaciones".

Sintió alivio y un deseo urgente de hablar con Valentino. ¿Quizá Marc sabía dónde encontrarlo? Le mira y se pregunta si debe preguntarle o ir a buscarle ella misma. Antes de que pudiera tomar una decisión, volvieron a llamar a la puerta y, al mismo tiempo, se abrió la de la caravana.

"¿Tamara? ¿Puedo pasar?"

Su madre asomó la cabeza en la habitación antes de que pudiera contestar. Se acercó a la cama, se sentó en el borde y la abrazó con fuerza. Le acarició el pelo, soltó el abrazo, le cogió las manos, pero lanzó una mirada interrogativa a Marc, que respondió con un movimiento de cabeza, tras lo cual ella suspiró aliviada y volvió a mirar a Tamara.

"Ahora que Lucrecia se ha ido, nada nos impide celebrar a tu hermano y a Florencia. El espectáculo de circo empieza en unos minutos y luego haremos una barbacoa, dijo Héctor".

No preguntó si Tamara estaría allí, supuso que sí. Y con razón. Tommaso era su hermano y ella era la razón por la que su ceremonia de boda había terminado de forma diferente a lo que cualquier novio y novia desearía. No podía deshacer aquello, pero quería asegurarse de que los recuerdos fueran positivos y hermosos. Así que asintió a su madre, se levantó de la cama y poco después la siguió junto a Rosaleen y Marc hasta la carpa del circo.

Tamara había esbozado una sonrisa y se merecía un Oscar por su actuación de aquella noche. Nadie parecía sospechar nada, pero podían ver que estaba hirviendo por dentro. Había una mezcla de rabia, ira y odio hacia su tía, mezclada con el deseo de hablar con Valentino. No lo habían hecho desde que estuvieron juntos en el Hotel Savoy hacía cinco años y medio, pero ella sabía que él se sentía fatal. Que sufría tanto como ella. Pero él y su padre también habían desaparecido y nadie los mencionaba. Era como si nadie de la familia Reyes hubiera estado presente en la ceremonia de boda en la carpa del circo. Tamara no se había atrevido a preguntar a nadie por Valentino. En cuanto terminó el espectáculo, corrió a la caravana y cogió su teléfono móvil. Esperaba que él se pusiera en contacto con ella, lo cual era estúpido. ¿Por qué iba a hacerlo? El mensaje de entonces, el día que se publicó la foto en The Sun, desde un número anónimo, era el único que había recibido de él.

En su lugar, Tamara había encontrado un correo electrónico de Glen Harper. La cancelación, había pensado. Temblando, lo había abierto. Era un correo circular enviado a todo el equipo de rodaje por el asistente de producción de Paramount, responsable de los procesos durante el rodaje de la película. La temporada de lluvias había terminado, el suelo volvía a estar seco y transitable, y las condiciones climáticas en las localizaciones de África eran perfectas. Salida de Los Ángeles en tres días a última hora de la tarde, duración del vuelo algo menos de veinte horas incluida una escala para repostar, destino Abiyán, en la República de Costa de Marfil. Desde allí, les llevarían al primer lugar de rodaje a primera hora de la mañana siguiente, hora local, por supuesto.

Tamara ni siquiera había pensado en la diferencia horaria.

Había suspirado aliviada porque seguía teniendo su trabajo. Nada la retenía aquí. Quería salir de Belfast y de Europa lo antes posible. Había reservado un vuelo desde Dublín y apenas había dormido más de dos horas mientras aguantaba valientemente y esperaba a que los novios subieran a un coche con latas de conserva pegadas al parachoques. Marc había quedado en recogerla a las dos y media. A las seis de la mañana, Tamara había visto salir el sol sobre Irlanda desde la ventanilla del avión y había derramado lágrimas amargas.

CAPÍTULO 21

Poco antes de la una de la madrugada. En la casa de la familia Reyes. Barrio de Hackney, al este de Londres.

Valentino había seguido a su padre escaleras arriba y entró tras él en la habitación de su abuela. Llevaba un camisón holgado, se sentó en el borde de la cama, señaló el pequeño sofá y esperó a que ambos estuvieran sentados. Entonces, juntó las manos sobre el regazo y empezó a hablar.

"Llevo más de seis décadas guardando este secreto. Las dos personas que lo compartieron conmigo hace tiempo que no viven. Y ninguna de ellas era mi hermana". Hizo una pausa, con la mirada fija en la distancia, antes de dirigirla a su hijo. "Fue el día en que naciste, Carlos. El parto se adelantó demasiado. No es que entonces existieran todos esos exámenes y pruebas que existen hoy en día. Pero cada mujer conoce su cuerpo. Así que supe que era demasiado pronto cuando empezaron los dolores. Fuertes y a intervalos cortos. Acabábamos de cenar. Rodrigo me llevó al dormitorio y me preguntó si debía llamar a la comadrona. Pero entonces sentí algo entre las piernas. Era la cabeza de mi hijo".

Su abuela cerró los ojos brevemente, los abrió y miró a su hijo.

"Era un niño. No se movía. No gritaba. No respiraba".

Su padre soltó un suspiro y agarró la mano de Valentino. Tenía los dedos helados. Valentino se quedó helado.

Se quedó sentado unos segundos antes de levantar la vista. "¿Y entonces, Nonna?"

Su abuela suspiró profundamente. "Nos miramos horrorizados cuando nos dimos cuenta de que nuestro hijo había muerto. Rodrigo quería traer a la mujer que nos ayudó a Gipsys con los partos. ¿Pero para qué? Mi hijo estaba muerto. Le dije que trajera agua caliente, paños y un cuchillo. Cortamos el cordón umbilical y me lavó. Envolvió al bebé en una manta y lo acostó a mi lado. Entonces Rodrigo dijo que tenía que dejarme sola. No por mucho tiempo, pero quería pedir consejo al conciliador, que probablemente estaba en su restaurante a pocas casas de distancia a esas horas de la noche. Pasó media hora, que se convirtió en una. Entonces, por fin, oí abrirse la puerta, pasos. No sólo uno, sino dos hombres. Rodrigo no estaba solo. El conciliador entró en nuestro dormitorio detrás de él. Llevaba en brazos a un bebé envuelto en mantas. Sólo tenía unas horas. Su madre era una gitana muy joven y soltera, huérfana, que había trabajado como ayudante de cocina en su restaurante y vivía en un altillo de arriba. Había dado a luz al niño allí la tarde antes de morir. Nadie lo sabía. Sólo el conciliador... y ahora nosotros. El abuelo de Dante era un hombre que nunca hizo daño a nadie, siempre hizo el bien. Puso el fardo con el recién nacido en mis brazos y dijo que este niño huérfano y nosotros, Rodrigo y yo, estábamos destinados a estar juntos."

Su abuela tenía lágrimas en los ojos. Su padre le soltó la mano, se levantó, cayó de rodillas ante ella y apoyó la cabeza en su regazo.

Valentino miraba incrédulo a las dos personas que amaba. Eran madre e hijo, su familia, a pesar de que ella no le había dado a luz. Que no corriera la misma sangre por sus venas...

Valentino jadeó. "¿Tamara no está emparentada conmigo!"

Su abuela asintió lentamente. "Eso es lo que le dije a tu madre hace unos días. Necesitaba saber la verdad antes de la boda de Tommaso. Quería evitar que volviera a ir tras la chica".

No tenía lágrimas. No sollozaba. No era feliz. Valentino se quedó helado. La ira llegó horas más tarde. ¡Todos esos años perdidos!

Lo que su madre había calificado de mentira hacía apenas unas horas era la increíble verdad que podría haber cambiado la vida de Valentino hace mucho tiempo... y la de la mujer a la que amaba.

De madrugada, Valentino salió furioso de su habitación anterior, en la que había vuelto a entrar después de mucho tiempo, y entró en la de su abuela, que estaba tan despierta como él. Si no lo hubiera estado, la habría sacudido.

"¿Por qué? ¿Por qué has esperado tanto?"

Ella negó con la cabeza, impotente. "Le prometí a Rodrigo que no se lo diría a nadie. Jamás. Lo que hicimos fue contra la ley, Valentino".

"¡Pero no has hecho nada malo!"

"No, pero deberíamos haber denunciado la muerte de nuestro hijo. En vez de eso, Rodrigo lo enterró bajo un árbol no lejos de la tumba de la madre de Carlos".

"¿Así que no hay pruebas de que mi padre no sea su hijo biológico?"

"¿Necesitas un poco?"

"No, yo no. Y la mujer que desgraciadamente siempre será mi madre sobre el papel ya no forma parte de nuestras vidas. Pero después de todo lo que ha pasado... ¿No crees que sería correcto que se lo dijéramos a los De Marinos?"

"Mi sobrino y su mujer nunca habrían tenido problemas con el hecho de que vuestros padres sean primos. Y Tommaso no lo haría de todos modos, ya lo sabes. Pero quieres decírselo a Tamara, ¿me equivoco?". Su abuela le puso la mano sobre la suya. "Quería que tu madre lo supiera para que dejara de comportarse de forma absurda y odiosa con Tamara, pero no creo que Tamara deba saberlo. Todos esos años perdidos, la animosidad entre vuestras familias. Si ella todavía te ama tanto como tú a ella ... ¿No crees que sería mejor ... "

"¡No!" Interrumpió a su abuela y le apartó la mano. "Este secreto ha arruinado muchas cosas, es hora de que todos los que han sufrido por su culpa sepan la verdad. Además, ninguno de nosotros puede prever de lo que es capaz tu nuera después de todo lo que le ha pasado desde anoche."

"Dante la ha descartado y Carlos finalmente se divorcia de ella".

"Por desgracia, no puedo hacer lo mismo y separarme legalmente de ella". Valentino apretó los dientes. "Pero utilizaré todos los medios a mi alcance para cerrarle su blasfema boca. Abuela, piénselo. ¿De verdad no hay pruebas?"

Tenía ochenta y ocho años, pero cuando sus ojos brillaban ahora, él veía en ella a la joven gitana que debió de ser hace mucho tiempo. Hermosa y orgullosa, casada con un gitano andaluz que había dejado Granada, su ciudad natal, por ella... y compartía un secreto con ella.

"No en el registro de nacimientos de Roma, donde Rodrigo inscribió el nacimiento de nuestro hijo Carlos, al que di a luz en casa. Pero el conciliador lo anotó".

CAPÍTULO 22

Dos días después.

Dante Cipriani acababa de regresar de Belfast con su mujer y sus hijas cuando Carlos y Valentino Reyes se reunieron con él en su casa de Notting Hill. Le contaron palabra por palabra lo que había dicho la abuela de Valentino.

Como sus predecesores antes que él y su hijo y ahora Dante, el abuelo de Dante, el conciliador de la época, había guardado en un grueso libro un registro manuscrito de todos los acontecimientos importantes que le habían confiado las gentes de su nación. Ni siquiera su padre, que había sido uno de los mejores amigos de Riccardo Cipriani, conocía la existencia de estos libros. Hasta que Dante les mostró la entrada del secreto familiar de Reyes que había anotado su abuelo.

Dante, a quien habían contado lo sucedido después de que él se encargara de que Lucrecia Reyes abandonara el Circo de Once, había sacudido la cabeza y se había vuelto hacia su padre.

"Nunca es agradable cuando un matrimonio llega a su fin, pero me alegro de que hayas tomado la decisión y contratado a un abogado para que se encargue del divorcio, Carlos. Estoy convencida de que tu madre y tú disfrutaréis de la armonía".

Luego se volvió hacia él y le guiñó un ojo. "Ni siquiera tenemos que hablar de tu futuro, Valentino. Sólo hazme saber qué puedo hacer en cuanto quieras hablar con los De Marino y contarles el secreto".

"Sólo después de hablar con Tamara, Dante. Pero papá y yo empezamos ayer a empaquetar la ropa y otras pertenencias de mi madre en cajas. Es increíble lo que ha coleccionado esa mujer, probablemente estaremos ocupados otros dos días sacando todo rastro de ella de la casa. Pero no te preocupes, Dante, ya le dije ayer a Ray Coleman que tengo compromisos privados que me llevarán unos días. Lo que significa que estará en contacto con todas las bases, leyendo los informes y..."

Dante había levantado la mano. "Basta. No quiero saber nada de esto, Valentino. Eres uno de los mejores gerentes de Cipriani Ltd. Cómo diriges tu empresa es asunto tuyo. Tómate todo el tiempo que necesites, pero..."

"¿Pero?"

"¿Me llamarás tan pronto como hayas hablado con Tamara?"

Valentino nunca había hablado tanto con su padre en toda su vida como en los últimos días. Cuando por fin cerraron la última caja de zapatos de su madre que habían encontrado en el sótano, estaban más unidos que nunca; ni siquiera antes de mudarse a los dieciocho años y alistarse en la Real Fuerza Aérea se había sentido Valentino tan hijo.

"¿De verdad vas a comprarle el piso, papá? ¿No has hecho ya bastante por ella?". Valentino se refería a su madre, que condicionó su consentimiento a un divorcio amistoso a mudarse a un condominio que papá compró a su nombre.

"Con mucho gusto, créame. Le he dicho a la inmobiliaria que mañana pagaré la fianza en cuanto Lucrecia firme los papeles del divorcio con mi abogado al lado."

Su padre había cambiado en pocos días. Casi parecía feliz, en paz consigo mismo.

La abuela de Valentino estaba emocionalmente agotada, pero compartir por fin su secreto con su hijo y su nieto le había dado paz interior.

La cuidadora había vuelto después de que su padre le asegurara que sólo él y su madre seguían viviendo en la casa. Le leía a su abuela novelas históricas durante horas todos los días, y siempre tenía una sonrisa en la cara cuando salía de casa.

Era él quien no estaba contento.

Valentino sólo lo sería después de haber hablado con Tamara.

Solos. Sólo ellos dos, cara a cara.

Por lo que él sabía, ella estaba en América. No de ella, por supuesto, ya que no habían intercambiado una palabra en Belfast.

Enviar un mensaje al número que ella le había dado hacía cinco años y medio era imposible. Aparte de que no tenía ni idea de si ella lo había cambiado o no.

Tenía que averiguar dónde vivía exactamente. Luego reservaría un vuelo y esperaría en la puerta hasta que ella llegara.

Preguntar a sus tíos por el paradero de Tamara no era una opción. En cuanto al secreto de su abuela, su padre estaba totalmente de acuerdo con él. Hasta que Valentino no hablara con Tamara, nadie podía enterarse. Por eso no iba a llamar al timbre de la casa de los De Marino para pedirles la dirección de Tamara.

Tommaso y Florence estaban de luna de miel y, después de los acontecimientos de su boda, no se le ocurriría hablar con su amigo hasta que estuviera de vuelta en Londres. Además, ¿cómo quedaría si le pedía la dirección de Tamara y no le contaba el secreto? No, podía olvidarse de eso.

Pero después de que su padre y él hubieran hecho todo lo que había querido para ayudarlo, Valentino estaba inquieto, agitado y nervioso. Por eso, tras otra noche en vela, llamó al número de teléfono que Tamara le había dado entonces.

Pero Tamara era inalcanzable. Ni siquiera con su hermano o sus padres, de lo que se enteró por Dante tras pedirle consejo. Dante había hablado con Tommaso. Sus padres y él sólo sabían que ella llevaba un mes en el extranjero por negocios. Posiblemente en algún lugar donde el teléfono móvil no tuviera cobertura. Así que no había de qué preocuparse.

No para Tommaso, su tía o su tío, sino para él.

Valentino se despidió de su abuela y de su padre antes del desayuno. Entró en su casa, arrancó el portátil y se conectó al sistema CIS interno de la empresa por primera vez en días.

Alrededor de dieciséis mil de los empleados de la mayor organización paramilitar del Reino Unido eran soldados de élite integrados en estrictas estructuras jerárquicas. Dependían de sus superiores, que a su vez dependían de sus superiores, y estaban organizados en equipos, grupos, pelotones, escuadrones y, si se desplegaban más de mil de ellos en el mismo lugar, batallones. Valentino confiaba en los mandos que utilizaban a sus hombres para reforzar las fuerzas armadas en diversos estados y formar soldados. Los describía como autosuficientes, ya que los hombres de la cúpula eran todos veteranos altamente cualificados procedentes de Estados Unidos, Francia, Italia y Gran Bretaña.

La reputación única de Cipriani International Security se basa en las competencias de los demás. Guardaespaldas, informáticos, expertos en ciberdelincuencia y, por último, los equipos especializados en localizar y rescatar a víctimas de secuestros. Le encantaban estas misiones porque podía salvar la vida de personas sin tener que operar con un arma en la mano o a bordo de su helicóptero. Era un piloto con alma y corazón.

¿Pero éste? Leyó el dossier y el comentario que se habían anunciado unas horas antes y llamó a Ray Coleman.

"¿Qué clase de trabajo extraño es este? ¿Ahora hacemos de canguro para algunos tipos de Hollywood?"

Ray se rió. "No es tan evidente. Además, tú mismo comprobaste y firmaste los costes hace unos seis meses, antes de que saliera el presupuesto. Pagan muy bien".

Valentino buscó el cálculo y recordó. "Eso significa que entonces eligieron a otro proveedor en vez de a nosotros, ¿y ahora hemos enviado cuatro helicópteros para llevar y traer a esta gente de Costa de Marfil entre los lugares de rodaje en la selva tropical y el hotel?"

"No, Valentino. Nuestro hombre en Ghana, que habló con este Glen Harper por teléfono antes de que me pidiera el visto bueno para seguir adelante, escribió un memorando. Se puede encontrar en línea. En cualquier caso, esta gente de la película intentó alojarse en varios lodges del Parque Nacional de Tai, y ya sabes cómo son. Mosquiteras en lugar de ventanas, sin aire acondicionado, vida espartana. Incluso los turistas se hartan al cabo de dos días, y se van de vacaciones allí voluntariamente. Estos americanos hacen una película, tardan semanas".

"Vale, lo entiendo. Así que no somos una segunda opción."

"No, en absoluto, y no sólo tenemos el depósito, tenemos el ochenta por ciento en nuestra cuenta. Lo único que falta es el saldo, pero eso no vence hasta dentro de quince días. Sin embargo, tenemos un problema".

"¿De qué tipo?"

"Pudimos enviar los cuatro Super Puma, pero no tenemos un piloto que pueda cubrir el servicio VIP durante todo el periodo".

"¿Servicio VIP?" Valentino buscó el puesto en la oferta que salió en su momento. Luego se echó a reír. "¿Pagan un cincuenta por ciento más por el Maverick, que transporta un máximo de seis personas, que por un Super Puma, en el que caben veinte? ¿Sabes qué, Ray? Ponte en contacto con este tipo y dile que también tendrán su servicio VIP a partir de mañana por la tarde".

"¿Vas a bajar volando?"

"¿Qué te parece?"

Era lo mejor que podía haber hecho, pensó Valentino mientras subía al Airbus de British Airways en Heathrow unas horas más tarde. Aeropuerto de destino Accra. Había impreso el dossier con la información sobre los tres VIP, un director y dos actores. Esta vez pidió un vaso de agua a la azafata. Era demasiado temprano para beber alcohol, y en veinticuatro horas volaría en un Maverick de Kumasi a Djouroutou, en el oeste de Costa de Marfil. Desplegó la hoja con la información. Conocía a los dos hombres. El más joven, apenas mayor de edad, había ganado un Oscar a los dieciocho años. El nombre del director, Oliver Leech, era familiar para todo el mundo, no hacía falta ser un amante del cine para saberlo. Pero no conocía a esta mujer. No importaba. No le interesaba en absoluto a quién llevaba y traía en avión. Estrellas de Hollywood

o no, lo que le importaba era mantenerse ocupado para no volverse loco durante las próximas semanas hasta que Tamara volviera a aparecer, cosa que Dante vigilaba.

Necesitaba distracción y la tuvo. Perfecto.

CAPÍTULO 23

La víspera, en un claro de la selva tropical.

Parque Nacional de Tai. República de Costa de Marfil, África.

Lo que ocurrió desde la salida de Dublín a primera hora de la mañana, tras la boda de su hermano, quedó envuelto en la niebla.

En pocos días, había volado de Los Ángeles a Irlanda del Norte, de vuelta a Los Ángeles y, por último, al África más profunda. Había ganado un día, perdido uno y ganado otro. Lo que significaba, en lenguaje llano, que su cuerpo no sabía si era de día o de noche, pero ella se había levantado cuando aún estaba oscuro como boca de lobo y había trabajado durante muchas horas. Primero con focos, para poder ver todas las arañas y bichos de la densa selva. Más tarde, a la luz del día, los bichos ya no eran tan visibles, pero en cambio hacía cada vez más calor e incluso más humedad cuando Oliver Leech había terminado de rodar por ese día. Se habían distribuido entre los jeeps. El grupo más numeroso había viajado en dirección contraria a donde se encontraba su alojamiento; ellos, el director y los actores principales con su personal, habían sido llevados de vuelta a su alojamiento. Tamara había comido gachas de cereales con especias picantes, seguidas de un mango. Apenas había tenido fuerzas para empuñar el cuchillo.

Le encantaba su trabajo, pero aquí estaba trabajando más duro que nunca, porque la humedad omnipresente de la selva tropical estaba destruyendo sus esfuerzos más rápido de lo que ella podía volver a pulverizar.

Tuvo la suerte de trabajar con Phil Prescott.

Tamara había cogido un taxi hasta los estudios Paramount nada más llegar de Dublín y había entrado en el estudio con la maleta en una mano. Él se había acercado a ella con la sonrisa que hacía honor a su nombre, Sonny, y la había abrazado. "Ya no hablamos de lo que pasó entre nosotros, Tamara De Marino, ni uno ni otro", le había susurrado al oído, enderezándose y preguntándole en voz alta cómo había ido la boda de su hermano.

Que no era necesariamente el tema del que quería hablar, había pensado. Porque entonces volvería a pensar en Valentino... No. No. Se arrepentiría. Sin embargo, había respondido, y en cuanto había dicho que Tommaso se había casado en un circo y que su mujer era acróbata de trapecio, las preguntas del equipo de rodaje habían sido imparables.

Tamara cerró tras de sí la puerta de madera de la pequeña cabaña redonda, asentada sobre gruesos postes cortos y con el techo cubierto de hojas de palmera. La camisa y los pantalones se le pegaban a la piel, empapados de sudor. La humedad era insoportable, incluso por la noche. Desde su llegada al enorme parque nacional, la última gran zona de selva tropical de África Occidental, su pulso había estado constantemente por encima de lo normal, y por eso le dolía la cabeza. Embotada, pero palpitante como una bomba, esta desagradable sensación persistía férreamente detrás de sus sienes. Sin embargo, tenía una cosa buena: la distraía de pensamientos confusos y desenfocados. Su vida normal -si es que podía llamarse normal dada la locura que la tenía firmemente atrapada- estaba afortunadamente muy lejos, y no tenía intención de perder ni un segundo en ella. No hasta que volviera a Los Ángeles y tuviera que decidir qué iba a hacer después del rodaje. Ni siquiera qué haría con el resto de su vida, ahora que no había duda de que

no tenía la más mínima posibilidad de pasar ni un solo minuto con el hombre que...

Tamara se llevó las palmas a los oídos y cantó "La-la-la-la". El dolor de cabeza aumentaba. Por fin. Tenía que concentrarse en eso. En el martilleo. Por eso aún no había tomado ninguno de los analgésicos que el médico del equipo de rodaje repartía como caramelos.

Se quitó los zapatos de los pies, se desnudó, entró en el espartano cuarto de baño y se metió en la ducha con su traqueteante puerta corredera. Permaneció unos minutos bajo el agua tibia antes de coger la toalla húmeda y, al menos, fingir que la absorbencia que le quedaba era suficiente para secarse.

Volvió a la habitación sencilla con el suelo de madera y las paredes encaladas, levantó la mosquitera que la rodeaba, se metió debajo y se tumbó en la cama. Sobre las sábanas húmedas. Extendió el pelo húmedo sobre la almohada húmeda y cerró los ojos.

Le pareció oír el zumbido de los mosquitos, como durante la hora de rodaje en el agua rodeada de altos árboles. Los chillidos y chirridos de los monos hablando entre ellos, como les había explicado el guardabosques. La expresión de desesperación en el rostro de Helen cuando ella y su equipo tuvieron que tapar todas las rojeces causadas por las picaduras de insectos en los secundarios de piel blanca. "Menos mal que los extras son de aquí", había suspirado, a lo que Glen comentó secamente que, aunque tenían la piel casi negra, el blanco de los ojos era amarillento.

El médico, que siempre estaba al alcance de la mano y ya había tenido que curar algunas heridas leves, había oído la interjección del ayudante de producción y había descrito los ojos amarillos como uno de los síntomas de la malaria, a la que no escapa ningún habitante de los trópicos y subtrópicos. Luego había seguido disertando sin darse cuenta de que los espectadores se habían estremecido de asco. Los parásitos unicelulares que causaban esta enfermedad se transmitían por la picadura de mosquitos hembra y provocaban fiebres altas que se repetían periódicamente, razón por la cual el paludismo también se llamaba fiebre de los pantanos. Pero lo que simplemente formaba parte de la vida en los trópicos, como un resfriado en cualquier otro lugar, golpeaba mucho más fuerte a los turistas que no se protegían y causaba algo más que fiebre alta. El paludismo también provocaba escalofríos, sudoración, malestar general y, a veces, diarrea, dolor abdominal, dificultades respiratorias, confusión y convulsiones. Terminó su presentación diciendo que más de un millón de personas mueren de paludismo cada año en todo el mundo.

Por eso Tamara ingería el comprimido profiláctico diario exactamente cada veinticuatro horas, como hacía con la píldora. El medicamento podía provocar dolores de cabeza, náuseas y diarrea, había leído en voz alta Glen Harper en el prospecto unos días antes de su partida de Los Ángeles, tras lo cual él y otros dos hombres habían dejado inmediatamente de tomarlo, cosa que habían empezado a hacer cuando se fijó la fecha del vuelo. ¡Idiotas! Tamara estaba convencida de que el dolor sordo en las sienes se debía al cambio al clima tropical y a aquel calor húmedo, no a la profilaxis. Y si era así, no valía la pena correr el riesgo de contraer la malaria.

Ya había experimentado cosas mucho peores. Un dolor de cabeza no era nada comparado con esto.

Inmediatamente oyó la voz de su tía en su cabeza, las palabras soeces que le había dicho... otra vez. Furiosa, Tamara cerró las manos en un puño.

Apartó los ojos del punto más alto, donde el techo redondo llegaba a un punto. La mosquitera estaba sujeta a una de las vigas de madera un poco más abajo, justo encima de la cama. Miró la

ventana, que consistía sólo en un marco cubierto con una mosquitera. No estaba realmente oscuro, pero aquí en la selva, con todos los árboles altos alrededor, no podía decir desde su posición tumbada si el contorno del sol brillante era visible. Sólo funcionaba si echaba la cabeza muy atrás y miraba hacia arriba entre los altos árboles. En cualquier caso, aquí en el ecuador salía o se ponía el sol cada doce horas, hacia las seis. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde la comida tardía, pero no había dormido. ¿Una hora, dos?

Como no había sido ella misma debido a los acontecimientos de Belfast, los vuelos, el jet lag, el insomnio y el caos en el estudio antes de partir hacia África, se había olvidado el móvil en Los Ángeles. Así que tuvo que recurrir a su reloj de pulsera para saber qué hora era. Y se lo había metido en el bolsillo del pantalón después de la última toma porque la correa del reloj le resultaba insoportable sobre la piel mojada. Así que tuvo que salir de la mosquitera y levantarse de la cama.

Un grito desgarrador la hizo levantarse de un salto. No era un simio, era un humano. Estaba segura. Alguien gritaba algo ininteligible. Otras voces se unieron a los gritos. Ella no entendía nada.

Tamara cogió ropa interior, un par de pantalones y una camisa nueva de la maleta, que volvió a cerrar para mantener la humedad fuera lo mejor que pudo. Un esfuerzo inútil sin aire acondicionado, como había dicho Oliver Leech durante la cena de la noche anterior. Él debería saberlo, porque pasaba los breves descansos entre película y película en Costa Rica, que estaba a sólo seis horas de vuelo de Los Ángeles, pero su amor era para Malasia y Filipinas, donde se quedó durante meses. A Tamara le encantaba cuando contaba anécdotas de sus estancias en esos países lejanos. Las contaba con tanta empatía que todos a su alrededor se callaban y estaban pendientes de cada una de sus palabras. Era un narrador nato. Así que a Tamara no le sorprendió que se le hubiera ocurrido la idea de esta película de aventuras. Hace cinco o seis años, Oliver Leech había dirigido una película rodada en Ghana. Después viajó a la vecina República de Costa de Marfil y pasó unos días en el Parque Nacional de Taï, entre otros lugares. En medio de la selva tropical, de repente le vino a la cabeza esta historia, de la que ahora se daban cuenta. Aquellos cinco mil quinientos metros cuadrados de bosque, con su flora y fauna únicas, eran fantásticos, pero ella nunca entendería el entusiasmo del director por el clima cálido y húmedo.

Intentó no pensar en el hecho de que aún les quedaban por delante la mayor parte de los días de rodaje aquí en la selva tropical y que las temperaturas en la sabana difícilmente serían más agradables, corrió al cuarto de baño, usó el desodorante en barra, se puso las bragas y el sujetador y cogió su camiseta. Se la puso y arrugó la nariz. Apestaba. Oliver lo había predicho. O llevabas ropa húmeda o ropa menos húmeda que olía a humedad. Un grito desgarrador procedente del exterior, como si alguien estuviera sufriendo, la despertó.

Terminó de vestirse a toda prisa, se cepilló el pelo húmedo y se lo recogió en una cola de caballo. Sacó el reloj del bolsillo del otro pantalón, vio que se acercaban las cuatro, se lo puso y salió del albergue. Caminó por el suave suelo cubierto de hierba del claro ganado a la selva tropical hasta el edificio principal y se detuvo al pie de la corta escalera que conducía a la terraza cubierta de madera que servía de restaurante, bar y salón.

La voz airada de Gracy Stone era inconfundible. "Me niego a quedarme aquí. O se asegura de que consiga un alojamiento acorde con mi estatus actual, con aire acondicionado, en un hotel decente donde el personal no sea tan incompetente y no hable ni una palabra de inglés como aquí, o lo hago yo. Mi chófer ya tiene mis maletas en el jeep".

"Ni el conductor ni el jeep son tuyos, Gracy. Los paga la producción". Oliver Leech habló con voz controlada. Sin embargo, Tamara ya le conocía lo suficiente como para oír el ligero temblor que no presagiaba nada bueno. "Así que puede coger a su séquito y partir a pie, el hombre y su vehículo se quedarán aquí. No olvide, sin embargo, que incumplirá el contrato en cuanto interrumpa el rodaje. Quizá sería buena idea consultar a su representante antes de tener que poner un millón sobre la mesa".

Gracy jadeó. Tamara subió al último peldaño de la escalera y luego al segundo. Desde allí podía ver el perfil de la actriz. La cara de Gracy Stone, contorsionada en una mueca de enfado, brillaba con un rojo ardiente y, a pesar de la distancia, Tamara reconoció las profundas arrugas. Era maquilladora. Desde el comienzo del rodaje, había sospechado que la fecha de nacimiento que figuraba en su biografía oficial era mentira. Ahora lo sabía con certeza. La mujer que nunca había sido nominada a un premio en su carrera, y mucho menos ganado uno, y que esperaba exactamente eso de este papel dirigido por el famoso Oliver Leech junto al ganador del Oscar más joven de la historia, nunca tuvo treinta y cinco años, sino seguramente cuarenta. Posiblemente incluso mayor. En ese caso, aguantó bien, pero también tenía una persona que cuidaba cada parte de su cuerpo.

"¿Oliver?" Glen Harper se acercó a él y tocó al director en el brazo. Se volvió hacia el ayudante de producción.

"Dime que tienes una idea de cómo vamos a conseguir que esta histérica no tenga que tirar kilómetros de escenas filmadas a la papelera, Glen".

Asintió con la cabeza. "Deberíamos volver al plan original y alojarnos todos juntos en un único hotel fuera del parque nacional, desde donde nos llevarían y traerían en helicóptero a los lugares de rodaje. Ahora estamos a kilómetros de distancia en estos alojamientos espartanos, los teléfonos móviles normales no tienen cobertura, no hay conexión a Internet. Para ser sincero, en el equipo de producción estamos teniendo muchos problemas para coordinarnos". Glen escrutó la cara del director, que ahora cruzaba los brazos delante del pecho y le miraba con expectación. Siguió hablando. "No estoy sugiriendo esto para apoyar a la Sra. Stone, Oliver, porque su comportamiento es, por decirlo sin rodeos, subestándar".

"¡Soy la actriz principal de la película!" siseó Gracy a Glen, aunque su voz carecía de vigor. Obviamente, le chocaba que Oliver no le hubiera suplicado con uñas y dientes que se quedara, sino que le hubiera recordado la multa de un millón de dólares que tendría que pagar si se retiraba. Y Tamara estaba convencida de que, desde luego, no tenía tanto dinero en el bolsillo. Hacía años que Gracy Stone no tenía un papel importante en una película, y lo que recibía por el papel en esta comedia, que se emitía en un canal privado, probablemente ni siquiera pagaba los sueldos de su séquito de seis personas. A menos que no hubiera dejado todo para trabajar con Oliver Leech. Ergo...

"Eres la única persona del equipo de filmación que siempre se queja de algo". Glen estaba diciendo lo que todos sabían de todos modos. "Oliver y Sonny no pensarían en quejarse en voz alta. Harían una petición o una sugerencia en privado". Glen levantó la mano antes de que Gracy pudiera intervenir, volviéndose hacia Oliver. "Nos llevarían en helicóptero desde el hotel hasta un claro no muy lejos del lugar de rodaje y desde allí recorreríamos el tramo final en jeeps. Tardaríamos un poco más".

"Y haría felices a los guardas del parque", responde el director. "Uno de ellos me ha dicho hoy que nadie se opone a que se ruede aquí una parte de la película, porque es buena publicidad para

el WWF y aporta dinero a la administración del parque nacional, que lo necesita urgentemente. Pero desde que llegamos, nunca ha habido tanto ruido por la noche. De día molestamos a los animales en su hábitat, pero de noche los espantamos con nuestras voces".

"¿Eso significa que sí?" Glen enarcó las cejas interrogativamente.

A Tamara le habrían sudado las manos de emoción mientras esperaba la respuesta de Oliver, si es que no se las habían sudado ya. Subió el resto de la escalera y miró de frente a Sonny, cuyo rostro se torció en una amplia sonrisa cuando Oliver respondió... y ella se mordió la lengua para no vitorear en voz alta.

"Claro que sí. No tengo ni idea de cómo vas a conseguirlo, pero si mañana por la noche estamos sentados en una terraza sobre la piscina de un hotel, te pagaré el mejor whisky o bourbon o lo que prefieras, Glen. Una botella, no sólo un vaso".

Glen guiñó un ojo al director. "¿Y si nos sentamos en esa terraza esta noche?"

Oliver se rió. "Entonces te daré dos".

Unas seis horas más tarde, Oliver Leech se levantó del mullido sillón de mimbre de la terraza del hotel y contempló a las cerca de ochenta personas que habían aterrizado en Abiyán en el vuelo chárter de los estudios Paramount unos días antes. Ninguno parecía malhumorado. El director levantó el brazo y, con un movimiento de muñeca, dibujó un círculo en el aire que los abarcaba a todos. Luego estiró el dedo índice y señaló a Glen.

"Tengo una promesa que cumplir. Sin embargo, dos botellas no serían suficientes, porque has hecho posible lo imposible. Así que coge tres y yo compraré una ronda para todos".

Tamara dejó el vaso medio lleno de zumo de piña recién exprimido sobre la mesa y se levantó. Nadie se dio cuenta de que había abandonado la terraza del hotel.

Subió a su habitación, cerró la puerta inclinada del balcón, se quitó las bragas y se sentó en la cama sin encender la luz. El mero hecho de no tener que arrastrarse bajo una mosquitera era liberador. Su piel se secó y su cuerpo se enfrió. Tan fresco que se puso una maxi camiseta y, tras una rápida visita al baño, se subió la manta hasta el cuello y se quedó mirando la oscuridad con los ojos abiertos.

Ahora que las pulsaciones de su cabeza habían desaparecido por completo, que los tobillos ya no estaban hinchados y que su cuerpo por fin volvía a sentirse normal, el dolor de su corazón era inconmensurable. Quería olvidar. Ya no quería pensar en lo que había pasado. Ya no quería pensar en él.

Pero ahora, en el silencio de la habitación climatizada del hotel, podía ver el rostro de Valentino con tanta claridad, como si estuviera tan cerca de ella como en el ring del circo de Once. Y más inalcanzable que nunca. Tamara se acurrucó de lado, rodeó la almohada con los brazos y lloró hasta quedarse dormida.

CAPÍTULO 24

Al día siguiente. Djouroutou, Parque Nacional de Taï. República de Costa de Marfil, África.

La fluidez de los procesos, la eficacia y la rapidez eran lo que diferenciaba a Cipriani International Security de otras empresas de su sector. Ya fueran hombres o máquinas, los engranajes engranaban como un reloj suizo de precisión. Valentino Reyes hizo aterrizar el Maverick en el suelo apisonado de arcilla roja exactamente a las quince en punto. Los cuatro Super Puma, cada uno de los cuales podía transportar hasta veinticuatro pasajeros, estaban alineados como soldados, con las aletas de cola apuntando exactamente en la misma dirección. En cuanto los rotores de su helicóptero se detuvieron, se quitó el casco y abrió la puerta, Valentino pudo oír las voces excitadas de la gente.

Djouroutou, el pequeño pueblo del oeste de Costa de Marfil desde el que se accede al parque nacional por una pista de grava embarrada, tenía unos tres mil quinientos habitantes. Probablemente la mitad de ellos estaban reunidos aquí. Su vestimenta típica sólo variaba en color, desde el amarillo mostaza hasta tonos verdes y marrones oscuros. Aquí y allá había una salpicadura de naranja, pero el más llamativo era el anciano alto que estaba junto a Matt y que miraba hacia él con expresión amistosa. Llevaba un amplio top blanco sin botones. La tela verde lima le rodeaba las piernas desde el centro hacia abajo, en diagonal hacia arriba por el pecho, y el extremo suelto le caía como una capa sobre los hombros y la espalda, terminando justo por encima del suelo.

Valentino se quitó las gafas de sol, las dobló y se las metió en el bolsillo exterior de la camisa del uniforme. Dio largas zancadas hacia el anciano de la aldea. Se llamaba Yakouba Coulibaly y hablaba el dialecto de su tribu, además de francés, la lengua oficial de Costa de Marfil, e inglés. Este último no era inusual aquí, a sólo doce kilómetros de la frontera con la República de Liberia, cuyos orígenes se remontan al asentamiento de antiguos esclavos americanos. Como también lo era la buena educación de los marfileños, incluso en zonas remotas como ésta. O el hecho de que el hombre ante el que ahora se inclinaba hubiera sido un respetado abogado de derecho internacional, siempre comprometido políticamente con su país.

"Es un honor conocerle".

Coulibaly le dio la mano con un firme apretón. "El sentimiento es mutuo, Sr. Reyes. Su reputación y la de su empresa le preceden".

Por supuesto, el hombre lo sabía todo sobre el CIS. Al igual que Valentino -y todo el equipo desplegado aquí- lo sabía todo sobre Coulibaly, su aldea y el parque nacional. Tenían que saberlo.

Por eso Valentino se ahorró más frases y saludó a Matt con un apretón de manos. El piloto con el que había trabajado durante tantos años se entendía sin necesidad de palabras. Aparte de eso, habían hablado por radio hasta unos minutos antes de que Valentino aterrizara.

Así que se volvió hacia el anciano del pueblo. "La inesperada decisión de la productora le habrá sorprendido tanto como a la administración del parque nacional".

El hombre del pelo crespo y blanco negó con la cabeza. "En realidad no, aunque pensamos que podrían durar unos días más. Pero es bien sabido que la mayoría de los estadounidenses apenas son viables sin aire acondicionado y agua helada. Esta gente del cine tiene más de ochenta años,

era previsible que hubiera alguien entre ellos que no apreciara el alojamiento espartano."

El destello en los ojos del anciano precedió a su risa, a la que se unieron Valentino y Matt. Y entonces el anciano del pueblo le habló de su reunión de la noche anterior con las tres personas más importantes del equipo de rodaje, según el ayudante de producción.

"Créame, señor Reyes, quería sugerirle que Oliver Leech y el joven actor protagonista pasen una tarde aquí en el pueblo uno de los próximos días. Ambos son simpáticos y no son en absoluto lo que cabría esperar de un director de fama mundial y un ganador de un Oscar. Pero también debería haber invitado a Gracy Stone. No te envidio por tener que llevar a esta persona sobreexcitada dos veces al día".

Valentino y Matt respondieron a innumerables preguntas de los niños y adolescentes del pueblo que les acompañaron hasta sus helicópteros. Los otros tres pilotos fingieron no hablar ni una palabra de francés, cosa que Matt comentó una vez que todos estuvieron sentados en sus cabinas y conectados entre sí a través de los auriculares de sus cascos.

"Mañana te toca a ti".

Uno de los otros se rió. "Estoy dispuesto a todo con tal de no tener que volver a volar con esa loca. Mis condolencias, Valentino".

El estallido de risas de sus compañeros debería haber hecho reflexionar al menos a Valentino. Pero ya había tratado tantas veces con clientes que se consideraban el centro del mundo que ni siquiera hizo comentarios y puso en marcha el Maverick.

Despegaron uno tras otro a las cinco menos diez.

Diecisiete minutos después, Matt y él aterrizaron en un claro a la derecha de la pista de arcilla roja que habían seguido desde Djouroutou. Sólo era transitable en jeep y se convertía en un río embravecido en época de lluvias, como demostraban los profundos barrancos y el barro seco entre las hierbas aplastadas a ambos lados. Los otros tres Super Puma aterrizaron a la izquierda de la única carretera dentro del Parque Nacional de Taï. Innumerables personas, muchas de ellas portadoras de equipos necesarios para el rodaje, corrieron hacia los helicópteros antes incluso de que los rotores se hubieran detenido.

Unos minutos más tarde, Valentino se dio cuenta de que ni el anciano del pueblo ni sus colegas habían exagerado. Habían hablado de una loca, y se referían a la actriz protagonista de la película. La mujer fingió un ataque de debilidad con gestos dramáticos, de modo que el hombre en el que se apoyaba tuvo que subirla al helicóptero. Era, con diferencia, el espécimen más horrible de su sexo. Incluso peor que su madre. Por eso se limitó a saludar con la cabeza al director Oliver Leech, al que conocía por las fotos y que se subió a su lado e inmediatamente echó mano de los auriculares insonorizantes, mientras observaba de reojo cómo su acompañante ataba a la gimiente actriz y le colocaba los auriculares. Por eso no se fijó al principio en la otra mujer con gorra de béisbol y gafas de sol, que subió al helicóptero justo delante del rubio Phil Sonny Prescott.

Pero su corazón sí. De repente se aceleró en su pecho.

Valentino se dio la vuelta. Miró al frente. Arrancó el helicóptero. Acercó la palanca de cambios. Agarró la palanca hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Quería quitarse el casco de la cabeza y atraerla a sus brazos. Pero no lo hizo.

En lugar de eso, se encargó mecánicamente de cada movimiento, comunicándose con Matt y los demás, tirando del Maverick hacia arriba antes de que los cuatro Super Puma despegaran.

Aunque había volado la ruta por primera vez en el vuelo de ida, se dirigió al lugar de aterrizaje cerca de Djouroutou sin utilizar los instrumentos. El Maverick aterrizó suavemente. Leech se quitó rutinariamente los auriculares, abrió la puerta de la cabina, le hizo un rápido gesto con la cabeza y ya estaba fuera antes de que los rotores se detuvieran.

"Ahora cállate, Gracy", espetó el hombre que liberó a la actriz del cinturón de seguridad y los auriculares. "Lárgate antes de que me olvide de mí misma".

La mujer parecía tan conmocionada que no emitió sonido alguno. Se levantó con dificultad de su asiento, pasó por delante de él y casi se cae de cabeza del helicóptero.

"Soy Glen Harper", le llamó el hombre antes de correr tras la loca.

Valentino oyó las palabras, pero de lo único que se dio cuenta fue de que Tamara ya no estaba en su asiento. Se arrancó el casco de la cabeza, lo puso en el asiento contiguo, empujó la puerta y saltó al suelo.

Y allí estaba.

Gafas de sol en una mano, gorra de béisbol en la otra.

Una maleta yacía a sus pies.

Ella le miró incrédula.

Vio sus lágrimas.

Se acercó a ella, se quitó las gafas de sol y se las metió en el bolsillo de la camisa.

Sus piernas eran suaves como el caucho.

Le temblaban las manos cuando levantó los brazos y puso las palmas contra sus mejillas, pronunciando su nombre. "Tamara".

Susurró sin voz. "¿Cómo me encontraste?"

Sacudió ligeramente la cabeza. "Coincidencia".

Le temblaron los labios. "¿Eso es bueno o malo?"

"Lo mejor que podría haber pasado. No sé cómo habría pasado todas esas semanas antes de que volvieras a estar disponible".

"¿Cómo sabes...?" Se interrumpió.

"Nadie sabe dónde estás y no contestas al móvil".

"Lo olvidé en Los Ángeles. Pero era mejor así".

"¿Para quién?"

"Para mí". Suspiró. "Y para ti. Esto no es nada bueno".

Las comisuras de su boca se movieron hacia arriba, sus labios se abrieron y sonrió ampliamente. Se inclinó hacia delante hasta que solo pudo ver su rostro... y ella el suyo.

"Sí, es perfecto".

Parpadeó contra la humedad de sus ojos. "Que estemos aquí en África no significa que nada haya cambiado".

"Sí, todo". Valentino asintió enérgicamente. "Mi padre no es hijo biológico de sus padres, no somos parientes, Tamara".

Ella no lo entendía. Él podía verlo en su cara.

"Mi padre no es..."

"He oído lo que has dicho. ¿Por qué haces esto?"

"¿Qué?"

"¿Crees que una mentira cambiará los hechos?"

"Es la verdad. Siempre lo ha sido. Es sólo que mi abuela se aferró a este secreto toda su vida hasta que ... ¡Maldita sea, Tamara!"

No podía esperar más. Apretó los labios contra los suyos, pasó la lengua entre ellos, y ella abrió la boca y lo dejó entrar.

"Creo que es mejor que salgas de aquí antes de que alguien del equipo publique un vídeo en Instagram".

Valentino no supo si ella le apartó primero o si él se separó de ella. Bajó lentamente las manos y giró la cabeza con ella.

Phil Prescott estaba de pie junto a ellos, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones cargo.

Tamara frunció el ceño. "¿Por qué alguien ..."

El actor la interrumpió: "Porque eres mi maquilladora y hace siglos que no tienen noticias de mi vida amorosa".

"¡Merda!"

Prescott respondió con una suave carcajada. "Me gusta cuando dices palabrotas en italiano. Suena mejor que en inglés". Se volvió hacia Valentino, tendiéndole la mano. "Phil Prescott, pero puedes llamarme Sonny. Es lo que hace todo el mundo".

"Valentino Reyes". Le devolvió el firme apretón de manos.

"Gran nombre. Daría mi mano izquierda por eso".

Valentino se rió.

"Fuera de aquí, vosotros dos". Sonny se agachó y cogió la maleta con su nombre impreso. "Me la llevo, Tamara, no la necesitarás hasta mañana".

"Gracias", le gritó Tamara, cogió a Valentino de la mano y salió corriendo.

La había dejado tomar la iniciativa. La había seguido hasta el hotel, había esperado a que cogiera la llave en recepción y había subido las escaleras detrás de ella. Ella había abierto la puerta de la habitación, había entrado y...

Valentino la agarró por los hombros, le dio la vuelta, la inmovilizó contra la pared y olvidó su autocontrol. Apretó la pelvis contra el abdomen de ella, haciéndole sentir su excitación.

"¿Has estado antes? Quiero decir..." Tamara se sonrojó.

"Jesús, no tienes ni idea de cuánto he deseado esto". Le acarició las mejillas, le levantó la barbilla, le mordisqueó el labio inferior.

"Y esto primero". Le metió la lengua en la boca, empujándola contra la suya.

Tamara gimió suavemente. Eso fue lo que derribó las últimas barreras.

"Os quiero a todos".

"Te quiero dentro de mí".

Gimieron las palabras en la boca del otro al mismo tiempo.

Tamara se agachó bajo su brazo, corrió hacia la cama y cayó de espaldas sobre ella. "¿Todavía te acuerdas? Allá en el..."

"Savoy", continuó Valentino la frase. Se quitó los zapatos de los pies. Abrió el cinturón del pantalón cargo, el botón de la cinturilla, la cremallera.

Tamara tiró de su labio inferior entre los dientes mientras él la empujaba hacia abajo sobre sus caderas, cruzó los brazos y se quitó la camisa de un tirón, arrojándola a un lado.

Se arrodilló en la cama junto a sus muslos.

Le temblaba todo el cuerpo.

"Quítate eso, Tamara." Le agarró la camisa por el dobladillo.

"Do. Lo. Hazlo". Su respiración, sus palabras, llegaban entrecortadas.

Ella gimió y se retorció mientras él le quitaba la ropa tan rápidamente que apenas tardó unos segundos, y sin embargo fue una eternidad.

Valentino se inclinó hacia delante. Ella abrió la boca. Chocaron como dos hambrientos.

Como si el beso fuera del helicóptero no hubiera ocurrido.

La penetró aún más profundamente. Bebió de ella. Aspiró su olor, una mezcla de sudor y Tamara. Su olor, que era más fuerte que la intensidad de la selva. Con el que ella le envolvía.

No sabía cómo habían desaparecido sus boxers, sólo que su pene estaba tan increíblemente duro y con las gotas de placer goteando de su glándula, trazó un rastro húmedo desde su ombligo bajando por su monte de Venus hasta su humedad.

Sentí que abría bien los muslos.

Las piernas de ella rodearon las caderas de él.

Le anudó los pies a la espalda y presionó con los talones las nalgas duras como piedras.

Su pene se deslizó a través de su hendidura, fácilmente encontró su camino a su entrada, se hundió en ella ... "¡Mierda!" Valentino lo sacó. "No tengo condones."

"Píldora", balbuceó Tamara. Al mismo tiempo, lo empujó más cerca de ella con la presión de los talones, levantó la pelvis y...

El primer clímax se precipitó hacia ellos y los catapultó juntos por el precipicio.

El segundo al menos les dio tiempo a mirarse a los ojos.

La tercera siguió después de que él hubiera tocado y lamido cada trocito de piel de su cuerpo y la hubiera penetrado con tanta ternura que sintió como si su pene fuera una mariposa y su centro una flor.

"Te quiero, Tamara."

Ella le miró con los párpados entrecerrados. "Lo sabía cuando era pequeña".

Valentino se apoyó en un codo y le golpeó las costillas con el puño. "Eso no puede estar bien".

"Pregúntale a tu madre". La sonrisa de sus labios se desvaneció de repente al darse cuenta de lo que había dicho.

"No puedo hacer eso, Tamara. Pocas horas después de que Dante la expulsara de la comunidad gitana, mi padre la echó de su casa. A la mañana siguiente, su abogado redactó los papeles del divorcio. No volverá a poner los ojos en ninguno de nosotros, créeme".

La incredulidad cruzó su rostro. "Cuéntamelo todo. Por favor".

Y lo hizo. Valentino, que nunca había hablado mucho, habló durante horas. Recordaba cada detalle, no sólo lo que había sucedido en los últimos días. Le confesó cuánto se había arrepentido de haberle escrito el mensaje cinco años y medio atrás, cuando The Sun había publicado la foto de ellos juntos.

"Quería llamarte. Verte. Darte un abrazo y decirte lo mucho que te quiero. Que nada ni nadie podría separarnos. Lo deseaba tanto". No le avergonzaban las lágrimas que corrían por sus mejillas y caían sobre el pecho de Tamara desde su barbilla. "Fui tan cobarde. Tenía miedo. No quería hacerte daño y nos hice daño a los dos en el proceso. Si me hubiera dado cuenta entonces de que mi abuela..."

Tamara le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él hasta que sus narices casi se tocaron. "Basta, Valentino. Olvidemos el pasado. Dejémoslo atrás. No pienses más en ello. Dime si tú y yo tenemos posibilidades de un futuro juntos".

Valentino movió enérgicamente la cabeza en sentido negativo. "No, ni hablar. Absoluta certeza. Nunca más me iré de tu lado. Nunca más te dejaré marchar. Y te demostraré cada día cuánto te quiero".

Y lo hizo.

Valentino Reyes llevaba a Tamara en avión al lugar de rodaje todas las mañanas y la recogía. Pasaba las noches con ella en la habitación del hotel, añorándola durante el día mientras llevaba los asuntos del CIS por radio, ordenador portátil y teléfono por satélite.

Hizo de Ray Coleman su adjunto con amplios poderes. De entre los altos cargos de Kumasi, seleccionó a uno que sólo estaba subordinado a Ray y a él, lo nombró responsable no sólo de la base ghanesa del CIS, sino que puso bajo su autoridad a las demás bases africanas. El jefe de la base italiana del CIS recibió un contrato idéntico para los negocios en el continente europeo y en Oriente Medio.

El hecho de que Carlos Reyes se hubiera separado de su mujer fue tema de conversación poco después de que Lucrecia se mudara, no sólo en Hackney, sino entre todos los miembros del círculo íntimo del conciliador.

Al menos no habían tenido que ocuparse ellos de eso, dijo su padre cuando hablaron por teléfono diez días después de que Valentino hubiera regresado a África. Valentino le pidió que, junto con su madre, se lo contara a los padres de Tamara. Tenían derecho a conocer el secreto, y ¿quién mejor que las dos personas a las que afectaba directamente?

Pero no dijo nada de lo que le había pasado.

"¿Así que de verdad quieres seguir adelante exactamente así?". Oliver Leech miró a Tamara y luego de nuevo a él.

Valentino asintió. "Por supuesto, pero sólo funcionará si me llevas contigo a Los Ángeles".

Los cuatro se sentaron en una mesa del lujoso hotel Noom y disfrutaron de la vista del agua del canal natural de Abiyán, la ciudad que muchos han llamado la Venecia de África. Era la última velada que pasarían en Costa de Marfil. El día anterior habían celebrado el final del rodaje en Djouroutou con todo el equipo de rodaje. Y como Oliver había conseguido terminar las escenas con Gracy Stone cuatro días antes, afortunadamente ella y su séquito hacía tiempo que habían regresado a Los Ángeles. Glen Harper había resumido su marcha con las palabras "Que torture a otras personas a partir de ahora", tras lo cual Yakouba Coulibaly les había dado una festiva despedida con todos los habitantes del pueblo.

Sonny sonrió a Valentino y bajó los ojos a su mano, que estaba enlazada con la de Tamara. "Yo diría que si no quisiéramos llevarte con nosotros, no tendríamos ninguna posibilidad de subir a Tamara a bordo. Ustedes dos son inseparables. Así que o prescindimos de ella o te aceptamos a ti como mal menor".

Tamara se rió. "Valentino no es malo - ¡y yo tampoco!"

Sonny se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en el hombro como si fuera un compañero. Los primeros días, Valentino siempre había tenido que contenerse para no saltar al actor cuando tocaba a Tamara de forma amistosa. Ahora le resultaba indiferente, aunque ahora

sabía que ambos estaban teniendo relaciones sexuales... Se aclaró la garganta. Bueno, quizás no tan impasible después de todo. Pero como bien había dicho Tamara, era un hecho que llevaban años convencidos de que no tenían futuro juntos y que ya no eran niños. Por supuesto, ambos habían tenido alguna que otra... "Pero no quiero pensar en eso. No quiero saber cuántas mujeres hubo, Valentino". Él había estado a punto de responder que eran muchas menos de las que ella probablemente pensaba, pero entonces se había dado cuenta de que ella le respondería algo. Y realmente no quería saber cuántos hombres aparte de Sonny ...

"Sabes muy bien que no hablaba en serio, Tamara. Valentino está bien, pero tú eres simplemente perfecta". Sonny le guiñó un ojo.

"Para ser sincero, preferiría que no fueras tan perfecta, Tamara". Oliver sonaba triste, con expresión seria. "Hay muy pocos maquilladores con cualidades de maquillador como las tuyas. Me encantaría tenerte en mi próxima película... y en todas las siguientes".

Valentino no se sorprendió de que sus mejillas se pusieran rojas. Era tan increíblemente modesta y, a pesar de sus veintiocho años, había conservado tantas cosas de su infancia. Se sentía increíblemente feliz y agradecido de que su madre no hubiera conseguido destruir a Tamara y robarle sus ganas de vivir y sus emociones.

"Hiciste un gran trabajo, Tamara, y a pesar de la alta humedad que lo hacía todo tan difícil, siempre mantuviste la calma y la profesionalidad. Te contrataría como mi MUA personal en un santiamén si no supiera que no tendría ninguna oportunidad contra Valentino". Sonny la miró con admiración.

Valentino le agarró la mano con más fuerza. Ella lo miró y sonrió de esa forma que hacía que su pene deseara que estuvieran juntos en la cama. O al menos solos. No importaba dónde. Cualquier mesa, cualquier pared, incluso un suelo de mármol...

"La respuesta es sí, Valentino". Oliver le sacó de sus peligrosos pensamientos. "Volarás con nosotros, y mientras comprobamos si hay que volver a rodar alguna escena, puedes vaciar el desván y empaquetar lo que Tamara quiera llevarse a casa".

Valentino sólo oyó la palabra casa, bloqueó todo lo demás que se dijo y pensó en lo que quería hacer cuando por fin estuvieran los dos en Londres.

CAPÍTULO 25

Doce días después.

Groombridge Road, Hackney, Londres.

La villa victoriana de dos plantas situada al final de Groombridge Road, en los terrenos que lindan con Wells Street Common, estaba muy iluminada. Varios coches de lujo estaban aparcados bajo los castaños, donde habitualmente aparcaba el Lexus del propietario. Las risas alegres y bulliciosas y el olor a salchichas, que al parecer se estaban asando en la barbacoa de ladrillos del jardín, no encajaban en absoluto con los vehículos. Al menos eso había dicho uno de los dos empleados del restaurante de Cipriani cuando él y su colega habían entregado unas neveras y unas cajas térmicas.

Valentino había abierto la puerta y miró al hombre con el ceño fruncido.

"Con los mejores deseos de nuestro jefe, digamos, el Sr. Reyes. Antipasti y algunas guarniciones. El Sr. Stefano le hará saber que esto no sustituye su presencia, llegará a tiempo. Sólo somos la vanguardia".

Y así fue como ocurrió.

Carina y Lynne les habían traído a él y a Tamara un juego de toallas con sus nombres bordados. "Tienen que estar juntos, no separados". Dante y Damiano, ambos con una de las hijas gemelas de Dante y Carina en brazos, habían sonreído.

Poco después llegó su padre con su abuela, al mismo tiempo que los padres de Tamara. Al parecer, los cuatro habían estado juntos los últimos días, desde que Valentino y Tamara habían llamado a los De Marino desde el aeropuerto nada más llegar de Los Ángeles y les habían pedido que fueran a ver a Carlos inmediatamente. "Quieren recuperar el tiempo perdido", le había dicho Valentino a Tamara. "Creo que están celebrando que Lucrecia Reyes ya no forma parte de la familia". Él había respondido con un "Amén", la única palabra que podía hacer justicia a esa mujer intolerante y falsa que había convertido sus vidas en un infierno.

Valentino dejó vagar su mirada por el jardín.

Stefano y Tiziano se ponen uno al lado del otro y hablan en voz baja.

Tommaso daba constantemente de comer con los dedos a su mujer e ignoraba los recurrentes comentarios de Tamara de que Florence estaba embarazada pero que no necesitaba comer por dos por ese motivo.

"La casa es un sueño, el jardín y la ubicación aquí al lado del parque aún más. Esta velada es un placer. Podrías habernos invitado antes, Valentino". Su tío levantó la botella de cerveza antes de beber.

"Estoy de acuerdo". Al comentario de Tiziano siguieron otros similares de todos los demás.

"Desde luego, no vamos a hablar de por qué mi hijo ha evitado hasta ahora celebrar una fiesta de inauguración". Su padre buscó su mirada y añadió en voz más baja: "Todos sabemos por qué".

La respuesta fue un murmullo general de aprobación.

Valentino sabía que hacía tiempo que había llegado el momento de dejar claro que no se trataba de una fiesta de inauguración. Ojalá no tuviera esa extraña sensación de naufragio en el estómago.

Después de todo, ¿quizás debería esperar a que terminara?

Apretó un poco más la espalda contra el tronco del plátano, no lejos de la barbacoa, cuya parrilla estaba ahora vacía. Igual que los platos que Tamara y su madre habían llevado hacía tiempo.

Tommaso acababa de coger otro trozo de melón envuelto en jamón de Parma de una de las fuentes de plata de Cipriani para metérselo en la boca a Florence, pero esta vez ella apretó los labios y sacudió la cabeza. Estaba claro que ya había tenido bastante.

Así que definitivamente había llegado el momento de hacerlo.

"¿Volverás a trabajar para los Estudios Versa Leeds ahora que tu contrato con los Estudios Paramount ha terminado, Tamara?"

Todos miraron con interés, desde Lynne, la mujer de Damiano, hasta Tamara, y esperaron su respuesta.

"¡Claro que no!" Valentino se le adelantó, y ahora le miraban a él. Por encima de mi cadáver

"¿Qué vas a hacer entonces?"

Lynne dejó que su mirada se desviara de Tamara, que estaba junto a su padre a pocos pasos de Valentino, hacia él. No pretendía ofenderle. Sin embargo, tuvo que reprimir el gruñido que se le escapó. Lynne era fiscal y, como tal, estaba acostumbrada a examinarlo todo. ¿Pero tenía que hacerlo precisamente ahora? Valentino metió la mano izquierda en el bolsillo delantero de los vaqueros y tocó el metal. Parecía brillar.

Ya era hora, con el estómago revuelto o sin él.

"Todos conocéis nuestra historia". Su voz era demasiado baja, sonaba ronca. Se aclaró la garganta. "Sólo han pasado unas siete semanas desde la boda de Tommaso y Florence, y ya sabéis lo que pasó entonces. Y lo que pasó después. Ahora sois vosotros los que conocéis el secreto de mi familia, el que mi abuela nos contó a mi padre y a mí la noche después de la boda en Belfast. Así que podríais suponer que unas semanas más o menos no habrían importado, pero creedme, el tiempo habría sido infinito porque Tamara estaba fuera de mi alcance. Afortunadamente, por una vez el karma decidió a nuestro favor".

Valentino se apartó del tronco del árbol, superando la corta distancia que le separaba de Tamara. Su padre salió de su campo de visión. Valentino le miró los labios y tragó saliva. Levantó una mano y se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja derecha. Cosa que sólo hacía cuando estaba nerviosa. Volvió a tragar saliva. ¿Sospechaba algo?

Sus pensamientos se remontan al momento vivido en Abiyán. El equipo de rodaje había sido trasladado en helicóptero desde Djouroutou a la ciudad lagunar del golfo de Guinea. Oliver, Sonny y Tamara habían tomado un taxi hasta el hotel. Aún tenía que entregar su Maverick a un piloto del CIS, que lo llevaría de vuelta a la sede africana en Kumasi.

Valentino se había registrado en la recepción del hotel, recibió la segunda tarjeta, abrió la puerta de la habitación y se quedó helado. Era evidente que Tamara se había duchado, su pelo negro brillaba húmedo, cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. Estaba de espaldas a él, frente a la puerta de cristal. La luz del sol penetraba en la ligera tela de su vestido claro. Podía ver sus impresionantes curvas y, aunque no sabría decir cuántas veces había tocado cada centímetro de su piel en las últimas semanas, recorriendo sus curvas perfectas, quería hacerlo. Hoy, mañana y todos los días de la eternidad.

"¡No tienes ni idea, mamá!"

Valentino se sorprendió al darse cuenta de que estaba hablando por teléfono. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía el brazo levantado y el móvil en la oreja.

"Le quiero mucho. Él es..." Ella había tartamudeado, él se clavó las uñas en los talones de las manos. "Es hermoso, mamá. Y sí, sé que a los hombres no les gusta que digas eso de ellos. Pero Valentino es hermoso. Es el único al que le cabe ese adjetivo. Era hermoso entonces, es hermoso ahora - y si hay un hecho inamovible en su vida, es que Valentino Reyes siempre será hermoso. Por dentro y por fuera. Le quiero tanto que me duele cuando no puedo olerle, mirarle, tocarle, mamá. Así que sí, no tengo el menor reparo en rechazar el contrato de los estudios Paramount. No puedo, no quiero ni dejaré de estar a su lado el resto de mi vida porque él es mi otra mitad. La parte que echaba tanto de menos que nunca estuve completa. Nada, ni siquiera el trabajo absolutamente soñado, podría superar la sensación que me produce su cercanía. Su voz, su mirada, esa sonrisa increíblemente dulce, tierna y sobrecogedora que sólo yo conozco. Conmigo, Valentino es una persona diferente, alguien a quien nadie conoce salvo yo, igual que con él soy la mujer que sólo él conoce".

Valentino había metido la mano por detrás, había abierto la puerta, había salido de la habitación y se había deslizado hasta el suelo contra la pared del pasillo. Había dejado que las lágrimas fluyeran, rezumando silenciosamente por las comisuras de sus ojos en un torrente interminable. No sabía si había permanecido allí sentado durante cinco, diez o quince minutos mientras intentaba comprender el amor que Tamara y él compartían. No lo había conseguido. Probablemente no le bastaría con toda una vida, pero de una cosa estaba seguro: pasaría cada segundo de ella con ella.

A Tamara le temblaron las fosas nasales. Levantó la mano. Sus dedos temblaron al tocar de nuevo el mechón de pelo. Todo su cuerpo vibró, enviando sus vibraciones en dirección a Valentino.

La sensación de mareo en su estómago se esfumó.

Sus ojos se conectaron.

Sus labios se abrieron.

"Desde el día en que subiste a mi helicóptero en medio de esta selva, supe que no quería pasar otro día de mi vida sin ti".

Se puso de rodillas, sacó la mano del bolsillo de los vaqueros y la levantó.

El metal del anillo brilló entre sus dedos pulgar e índice.

El gran diamante eclipsaba el brillo de los más pequeños que lo rodeaban.

"Quédate conmigo, Tamara, y prométeme que no volveremos a separarnos. Ya soy el hombre más feliz del mundo, pero si dices que sí..."

No le dejó terminar. También se arrodilló, le rodeó el cuello con los brazos y sonrió con lágrimas en los ojos.

"Sí, Valentino, mil veces sí".

Sin apartar los ojos de él, introdujo su dedo en el anillo y posó sus labios en los de él al mismo tiempo.

Y el tiempo se detuvo.

Esos finales felices existen de verdad, pensó Valentino mientras se despertaba en mitad de la

noche, sentía las piernas de Tamara alrededor de sus caderas y se asombraba al darse cuenta de que estaba dentro de ella y que ella le decía al oído que le quería.

"No tanto como te quiero a ti". Le tocó el cuello con los labios, lamiéndole el pulso palpitante.

"Lo dudo". Tamara le acarició el lóbulo de la oreja con los dientes, mordiéndole suavemente.

"¿Qué tengo que hacer para que me creas?"

"Muéstrame, Valentino", exhaló y levantó la pelvis hacia él con un tirón.

Por fin estaba en ese lugar especial que siempre había anhelado, y aquí se quedaría. Porque lo único que le importaba era el amor que podía gritar al mundo y vivir sin desafíos.



Queridos lectores,

Como todas mis novelas, ésta también es producto de mi imaginación y, sin embargo, contiene algo más que una chispa de verdad sobre un tema que aún hoy muchos silencian.

Como las personas de ojos almendrados y piel negra, como los judíos, los budistas y los musulmanes, viven entre nosotros.

Se les llama con el término paraguas de "gitanos" o bien romaníes, sinti, kalé, gitanos, gitanos... lo cual es insignificante si no se sabe nada de ellos.

Su cultura es única, su calidez y hospitalidad provocan cálidos sentimientos de felicidad. Y no todos los gitanos son de pelo negro y ojos brillantes, como no todos los judíos tienen una nariz bulbosa. Por cierto: Gipsy es la grafía inglesa, Gypsy la americana.

Los nazis los persiguieron, como a los judíos y a los disidentes en general. ¿Por qué? Los gitanos eran sus enemigos, como todos los que asustaban a los racistas y (por desgracia) siguen haciéndolo.

Juzgar a otros seres humanos por su ascendencia es prueba de poca inteligencia, estupidez y falta de capacidad de razonamiento. Sobre todo si no se sabe nada de ellos ni de su cultura.

"La mejor manera de combatir el racismo es conocerse", dice el aforista Helmut Glaßl. Yo lo veo de la misma manera.

Atentamente, Monica Bellini

LA SERIE DE LIBROS GIPSY LOVE

Son escandalosamente atractivos, indecentemente ricos, auténticos caballeros – y su autocontrol es legendario. El fuego de sus orígenes arde en su interior y debe ser protegido a toda costa, ya que los Gipsys no son bienvenidos en su entorno profesional. Ni que decir tiene que, por tanto, las relaciones sentimentales están totalmente prohibidas. Pero el amor no sigue las reglas ...

Libro 1: Dante - The Gipsy Gentleman

Libro 2: Damiano - The Gipsy Dancer

Libro 3: Marc - The Gipsy Solitary

Libro 4: Tommaso - The Gipsy Lover

Libro 5: Valentino - The Gipsy Pilot

Todas las novelas son autoconclusivas y pueden leerse sin conocimientos previos. Sin embargo, respetar el orden cronológico aumenta el placer de la lectura.

EL AUTOR

Monica Bellini es un seudónimo de la escritora Elizabeth "Lisa" Torberg.

Lisa Torberg creció siendo políglota, estudió Económicas en París y pasó varias décadas en países de tres continentes antes de decidirse a escribir exclusivamente a partir de entonces. Hoy, la periodista y escritora vive en su Italia natal.

En 2012 publicó su primera novela romántica en alemán. Desde 2015 escribe novelas románticas sensuales como Monica Bellini. Su primera novela bajo el seudónimo de Rieke Rothberg. se publicó en 2023.

